Noam Chomsky
Conocimiento y libertad

El ideario político, filosófico y moral de un pensador clave de nuestro tiempo

ESPA PDF

El ideario político, filosófico y moral de uno de los más importantes pensadores contemporáneos.

En 1971 la Universidad de Cambridge invitó al gran lingüista norteamericano Noam Chomsky a dar unas conferencias en homenaje a Bertrand Russell, cuyo contenido, reproducido en este libro, ofrece no sólo los puntos de vista del autor sobre el filósofo, sino además una lúcida introducción a los aspectos lingüísticos y políticos del pensamiento de Chomsky. Esta obra (dividida en dos partes, con títulos bien significativos: «Acerca de la interpretación del mundo» y «Acerca de la transformación del mundo») produjo, en su día, un impacto mucho mayor que *Los nuevos intelectuales*, el primer libro político de Chomsky.

Noam Chomsky

Conocimiento y libertad

ePub r1.0
Titivillus 23.09.17

Título original: *Problems of knowledge and freedom*
Noam Chomsky, 1971
Traducción: Carlos-Peregrín Otero

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

PRÓLOGO

Sólo para el que tenga subdesarrolladas u obnubiladas las entendederas podrá no ser cosa palmaria o al menos entrevista la singularidad e importancia de este libro, patentizada en buena parte por el conjuro que ejerce un capote sostenido al alimón por Bertrand Russell y Noam Chomsky, no ya dos de las mentes más extraordinarias que han visto los siglos, sino también dos de las personalidades más afines y estrechamente vinculadas de nuestro tiempo. Poder leer este libro es poder compartir lo que un Platón de hoy (sin las taras y marras del Platón helénico) tiene que decir respecto al Sócrates que le desbrozó el camino (rara coyuntura). Porque pensar que Chomsky es, de cierto modo, el continuador de Russell es mucho menos exacto y esclarecedor que ver a Russell como uno de los más importantes predecesores directos de Chomsky en el campo de las ideas y como uno de sus contados predecesores de gran rango intelectual en la palestra de la acción política.

Como Shelley, el poeta a quien tanto admiraba, Russell se veía, en lo esencial, como un ser humano más (cualesquiera que fueran sus dotes individuales), y no podía menos de solidarizarse plenamente con los destinos ajenos y erigirse en defensor impertérrito de todas y cada una de «las inalienables prerrogativas de cada ser humano», derivadas de «los principios de la naturaleza humana aplicados a hombres y mujeres en la sociedad política» (para decirlo con palabras shelleyanas que sin duda suscribiría también Chomsky). De ahí su anti-elitismo y su horror al vacío de la torre de marfil que tan tentadora resulta a los ventajistas y mandarines de una y otra ralea. Ya en la palestra de la lucha cotidiana por un mundo decente, supo batirse contra la sinrazón con la reciedumbre y la perseverancia que exigen los grandes descubrimientos intelectuales y, por supuesto, valiéndose de la

misma catapulta mental que hizo posible *Principia mathematica*. En este sentido, Chomsky es algo así como el relevo de Russell —dos atletas de dispar edad y muy desiguales arrestos pasándose la antorcha del indomable (aunque desgraciadamente no inextinguible) espíritu humano—, y un relevo de no menos energía o estatura intelectual o moral, siendo de notar que uno y otro han llegado a mostrar con el ejemplo (en Rusia o Indochina) que la labor del reportero no es incompatible con las mejores credenciales intelectuales sirio todo lo contrario (justo parece añadir que ni en el acopio de información empírica ni en la penetración del análisis palidece *At war with Asia* (1970) frente a *The practice and theory of bolshevism* (1920), una de las partidas favorables en el saldo de medio siglo). Si el mejor homenaje a Russell es reconstituir el Tribunal para juzgar los horrendos crímenes de la guerra de Indochina (crímenes de lesa humanidad, sin igual en los anales de la depravación humana), no cabe duda de que el honor de reemplazar a Russell corresponde a Chomsky[1].

También es clara la continuidad en el campo de las ideas, como el presente libro pone de manifiesto. Los dos fueron atraídos desde muy temprano por las cuestiones más intrincadas de los fundamentos de la matemática y de la filosofía y por los arcanos del lenguaje. Desde el punto de vista del desarrollo más reciente de la lógica y la matemática, Russell es un eslabón casi inmediato (la teoría de la conmutabilidad está de por medio) en la genealogía intelectual de Chomsky. Al cambiar «el curso del pensamiento moderno con sus monumentales contribuciones a la filosofía y a la lógica», el coautor de *Principia mathematica* (1910-1913) no pudo menos de contribuir a plasmar la monumental obra de Chomsky *The logical structure of linguistic theory* (1955). Por otra parte, el humanismo filosófico de Russell forma parte de una tradición a la que Chomsky ha venido a dar un esplendor sin igual en las «ciencias humanas» actuales. Pero para poner en perspectiva la revolución chomskiana parece aconsejable dar un rodeo. Si el lector dispone de lápiz y papel hasta podrá dar una cierta representación gráfica a la perspectiva.

La evolución del Universo puede ser representada mediante tres círculos de muy desigual tamaño. El más grande representaría la NATURALEZA entera, pero para nuestro propósito nos basta con que represente el sistema solar, del cual el globo terráqueo no es más que una minúscula parte. Inscrito

en ese círculo de la materia a secas aparecería el círculo de la NATURALEZA VIVA, mucho más pequeño y mucho más joven, pues quizá no sobrepase los 2 000 000 000 de años (frente a los cinco mil millones del planeta en que vivimos). Inscrito a su vez en el círculo de la materia viva aparecería el círculo de la NATURALEZA VIVA HUMANA o simplemente NATURALEZA HUMANA, mucho más pequeño y muchísimo más joven, pues parece probable que ande más cerca de los 50 000 años que de los 500 000 (frente a los cincuenta millones de años de la «edad de los mamíferos») [2]. Con la Naturaleza Humana entra en escena un sistema de materia viva (o «materia gris») al que solemos dar el nombre de cerebro humano, que además de tener capacidad conceptual (como el de otros animales) tiene también capacidad de *lenguaje* y de *creatividad libre*[3].

El lenguaje y la libertad hacen posible la *historia* y la *cultura* y, por supuesto, el *conocimiento* cumulative. El acervo de conocimientos puede ser sistematizado y reducido a teoría científica o *ciencia* empírica en sentido estricto: la ciencia de la Naturaleza o «fisis» se llama *física*; la de la Naturaleza Viva o «bios» se llamará *biología*; la de la Naturaleza (Viva) Humana será la *psicología*. La mente humana capaz de construir teorías científicas (entre ellas la de su propia naturaleza o psicología) puede también volver la atención sobre la naturaleza del conocimiento y construir una Teoría del Conocimiento (*epistemología*). Éste es el tema del primer capítulo de este libro, que no puede menos de aparecer entreverado de psicología, lo mismo que el capítulo dominado por la noción de libertad (al fin y al cabo se trata de la mente en uno y otro caso).

Desde esta perspectiva no resulta sorprendente comprobar que, por lo menos hasta mediados de siglo, la historia de la *ciencia* en sentido estricto es esencialmente la historia de la *física* también en sentido estricto. Es más fácil investigar la Naturaleza no viva que la Naturaleza Viva, como es más fácil investigar la Naturaleza Viva que la Naturaleza Humana. La teoría matemática de los autómatas, por ejemplo, a la que Chomsky ha hecho contribuciones de primer orden, nos dice mucho más sobre la Naturaleza Viva de un organismo que sobre la creatividad libre de la Naturaleza Humana. No diré que haya sido fácil ponerle el cascabel teórico a la materia inerte (ahí están los nombres de Galileo, Newton, Einstein y tantos otros

hombres de genio para demostrar lo contrario), pero sí que no parece casualidad que la física se haya adelantado siglos a la biología y a la psicología. No hay que olvidar que la materia de la biología es por lo menos tres mil millones de años más reciente que la materia de la física, y que la materia de la psicología (que es al propio tiempo la materia gris que descubre las teorías científicas) es dos mil millones de años más reciente que la materia de la biología. Hasta la Naturaleza ha tenido que tomarse su tiempo.

Razón de más para celebrar los espectaculares avances hechos a mediados de nuestro siglo (extraña simultaneidad) en una y otra esfera. Los avances en los conocimientos sobre la Naturaleza Viva fueron obra cumulativa de un buen número de investigadores (entre ellos Severo Ochoa, pues por algo dicen que no hay regla sin excepción); el avance en los conocimientos sobre nuestra propia Naturaleza Humana es en lo esencial obra de un solo hombre, y puede ser fechado muy precisa y oportunamente en 1955 (bicentenario del *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*). Como otras veces en la historia de las ideas, la chispa iluminadora que llevó en sólo cuatro años a la síntesis fue producida por el contacto de dos tradiciones intelectuales alejadas: el estudio del lenguaje y la literatura (de antigüedad secular) y el estudio sobre los fundamentos de la matemática (muy de nuestra época). Tras siglos de denodados pero poco granados esfuerzos (a menudo de las inteligencias más extraordinarias del momento) se había logrado ponerle el cascabel teórico al lenguaje, cifra y espejo de la Naturaleza Humana. No es exagerado decir que por obra y gracia de Chomsky en los cuatro años que median entre 1951 y 1955 avanzó el estudio del lenguaje más que en los cuatro (o cuarenta) milenios anteriores. Desde entonces los conocimientos acumulados han aumentado a ritmo creciente, lo cual era de prever, como también era de prever que hasta los especialistas sigan teniendo dificultades para entender las cosas a derechas casi un cuarto de siglo después. Aparte de que los hábitos mentales no son menos difíciles de enderezar que los otros, resulta siempre más cómodo hablar *ex cathedra* de lo que uno encuentra, aunque sea cubierto de polvo, en el desván de su cerebro, que aprender lo que uno no sabe ni ha sabido nunca, y es mucho lo que uno no ha sabido nunca si no ha asimilado al menos la esencia de la obra de Chomsky[4].

Para entrever el alcance de la revolución chomskiana en el estudio del lenguaje basta comparar las ideas lingüísticas del Russell de 1940 y 1948 con las del Chomsky de 1955. En sólo quince años el paisaje resulta poco menos que irreconocible. Aunque en 1940 ya hubiera sido históricamente posible descubrir lo descubierto tres lustros después, los libros de Russell que tratan del lenguaje representan, en más de un sentido, un paso atrás respecto a la concepción de Wilhelm von Humboldt (1767-1835), autor que parece haber entrevisto la noción de gramática generativa (su obra es la culminación de la tradición racionalística clásica). Russell, por el contrario, es demasiado empiricístico y demasiado poco sistemático, cerrando de par en par las puertas a la única solución posible: un sistema de reglas con propiedades recursivas[5].

Ésta y otras diferencias tienen que ser tenidas muy en cuenta al tratar de la vinculación entre la obra de Russell y la de Chomsky, como tiene que ser tenido en cuenta el respaldo total de una y otra obra. La parcialidad del autor de *Conocimiento y libertad* es comprensible y admirable, pero muy bien pudiera resultar engañosa. La discrepancia fundamental entre ambos autores salta a la vista al comparar *A history of Western philosophy* (1945) con un libro de Chomsky publicado sólo veinte años después (que no por nada ha atraído como la miel sobre hojuelas a los que gustan de tomar el rábano por las hojas): *Cartesian linguistics; a chapter in the history of rationalist thought* (1966). Como toda historia de gran calado no puede menos de anticipar la historia escrita mucho después, desde la atalaya de lo más reciente (la historia «a ritroso» del personaje de Papini), a la luz de la obra de Chomsky la selección e interpretación de Russell deja mucho que desear (aunque desde luego mucho menos que la de Marías). El punto de vista de Russell está mucho más cerca del de Locke y Hume, sus ya remotos y todavía afines antepasados, que del de Chomsky. Es significativo que Russell no pueda ocultar su simpatía por filósofos tan anodinos como Francis Bacon, Locke y Hume, ni su antipatía por filósofos tan aquilinos como Descartes (al que trivializa), Leibniz («uno de los intelectos supremos de todos los tiempos», al que dedica un capítulo de lo más cicatero, frente a los tres que consagra a Locke, intelecto ni siquiera supremo en su siglo y país, y «muy poco original») y Kant (al que hasta parece hacer responsable por la

emergencia del nazismo, aun después de observar que a partir de 1933 Kant «no gozó de favor en su tierra»). Como no puede ocultar su simpatía por Voltaire (tan anti-russelliano en muchos sentidos) ni su antipatía por Rousseau (tan dado a abominar la injusticia y la tiranía como Russell). En una palabra, Russell no llegó nunca a superar el «empiricismo» de su educación británica, aunque sí haya logrado más de una vez dar intensidad libertaria al «liberalismo» de su cuna aristocrática. No es, pues, extraño que su filosofía ética aparezca a menudo teñida de un «utilitarismo» o «pragmaticismo» desencarnado muy poco en consonancia con la ética natural de Chomsky, insoslayablemente vinculada a las propiedades esenciales de la mente humana y no a las características históricas de las contingentes sociedades del ayer más remoto y del hoy más «desarrollado».

Todo esto es mucho más significativo de lo que pudiera parecer a primera vista. Descartes, Leibniz, Rousseau y Kant son precisamente cuatro de los eslabones fundamentales en la genealogía filosófica de Chomsky, la genealogía del «racionalismo» (que a partir de Chomsky ya no tendrá que competir con el «empiricismo» como alternativa digna de ser tomada en serio)[6]. La ética de Kant y Chomsky es diametralmente opuesta al «utilitarismo» o «pragmaticismo» de los «empiricistas» o «conductalistas» (*behaviorists*), llámense Locke o Russell o Skinner. Para Chomsky, como para Kant, el valor ético de una acción depende sólo del principio que la fundamenta, no de lo que resulte de la acción (aunque, por supuesto, todo individuo de Naturaleza Humana es responsable por los efectos de lo que hace en lo que tengan de previsibles). La ley natural general de un imperativo categórico de prosapia kantiana puede ser necesaria y suficiente (contra lo que arguye Russell) si refleja propiedades esenciales de la mente humana. La interdependencia entre el «empiricismo» epistemológico y el «utilitarismo» ético queda así de manifiesto: Si se concibe la mente como una tableta en blanco (*tabula rasa*) a la deriva en el mar de los acontecimientos, la ética queda desanclada de su propia razón y a merced del mejor postor. Las consecuencias de este «pragmaticismo» tan anglosajón están quedando bien de manifiesto en las actitudes y reacciones que provocan (o no provocan) las bárbaras y absolutamente inhumanas atrocidades concebidas y perpetradas por locos de atar contra seres humanos tan kantianos (tan poco

«pragmaticísticos») como los indochinos. Sólo tras siglos de «pragmaticismo utilitario» degradante y brutal es posible debatir como una cuestión académica cualquiera los supuestos pros y contras de acciones cuya criminalidad hubiera hecho palidecer a los nazis más desaforados. Aun hoy son muchos los yanquis que se oponen a la barbarie contra Indochina únicamente porque los resultados no guardan proporción con los gastos, y no son pocos los que ni siquiera lamentan demasiado una «inversión» de miles de millones de dólares que hasta ahora no ha dado demasiadas señales de «productividad» inmediata.

La vinculación entre la ética (la razón práctica de Kant) y la epistemología (su razón pura) es, pues, innegable (*pace* Monod). Donde falla la teoría del conocimiento, la teoría de la libertad queda a la intemperie y puede ser convertida en la «teoría de la maleabilidad humana» por el embaucador empiricista o conductalista de turno[7]. Después de todo 1984 está a la vuelta de la esquina, como el que dice. Pero precisamente porque un hombre de ciencia honrado no puede menos de admitir que no entiende virtualmente nada, a un nivel propiamente «científico», en lo que se refiere a la libertad y dignidad del ser humano, cobra especial importancia lo logrado en la investigación de la teoría de la mente, en particular de su facultad de lenguaje. Sólo contando con un análisis del lenguaje lo suficientemente revelador es factible enfrentarse con las peliagudas cuestiones que plantea la investigación de la conducta humana[8].

A esta luz es más fácil hacerse idea de lo que Chomsky representa en un mundo como el nuestro, tan desposeído de valores genuinos. Si es verdad que el intelecto de Bertrand Russell no desmerece entre los de ese puñado de seres excepcionales de los últimos 2500 años que, al ir dando en el hito, han dejado amojonado el curso de la historia de las ideas (cuaderno de bitácora de unos pocos), no es menos verdad que Noam Chomsky ha logrado lo no logrado por Russell y ha llevado a cabo no pequeña parte de lo que Russell había tenido que dejar por hacer. Se dirá, con razón, que la prodigiosa hazaña intelectual de Chomsky no hubiera sido posible si no la hubieran sustentado algunos de sus más egregios predecesores, entre ellos Russell. Sólo en el caso de una criatura sin lenguaje (y, por tanto, sin legado alguno de sus predecesores) sería posible evaluar en términos absolutos dos trayectorias

sucesivas. Con todo, es difícil concebir que aun entre los seres excepcionales que han dejado una huella profunda en el curso de la Humanidad haya habido muchos de dotes y potencias creativas tan multifacéticas y tan extraordinarias, de tan claro soplo genial[9]. Y es de todo punto imposible imaginar que hayan predominado entre ellos los de una grandeza moral y una responsabilidad total comparables a las de Bertrand Russell. Sólo conjugando lo mejor de Leibniz y lo mejor de Spinoza, pongamos por caso, podríamos obtener un regalo parejo del destino.

Habría, pues, que ser poco menos que mentecato para no distinguir las voces de los ecos y no saber elegir entre las voces una cuando su timbre es tan inequívoco, y habría que ser además fatuo y demasiadamente dado a regodearse en el mal propio para no escuchar con toda atención la voz de alerta, vida y esperanza más honda, pura y diáfana. Nuestros males serán irremediables sólo si no sabemos prestar atención a lo crucial, rumiar bien lo atendido, y poner manos a la obra. Querámoslo o no, en cosa de décadas tendremos que decidir POR PRIMERA Y ÚNICA VEZ en la historia de la Naturaleza Humana algunas cuestiones de nueva planta cada vez más insoslayables, sin excluir quizá la cuestión misma de la supervivencia. El efecto cumulativo de la historia, la física y la tecnología nos está acercando peligrosamente al borde del cataclismo. Estamos siendo testigos del nacimiento de una Humanidad totalmente interdependiente en el seno de un mundo en el que todavía perduran los parcelamientos tribales anteriores a la emergencia del lenguaje y en el que los imperativos ecuménicos tienen cada vez más dificultad en abrirse paso en el imperio de la ley de la jungla. Si es una realidad que, gracias a las conquistas de la física, la idea de que el sol no gira alrededor de la tierra (o de que la luna no es la diosa Diana de los mitos antiguos) no nos crea problemas inmediatos con la difusa Inquisición de nuestro tiempo (no menos disparatada y opresiva que la del tiempo de Galileo, aunque sin duda mucho menos desprestigiada), también lo es que todavía tenemos que cuidamos muy mucho de no confesar paladinamente que no seguimos llevando en los entresijos de la mente muchas de las supercherías de nuestros más remotos antepasados. Resulta ahora palmario que al adelantarse tanto a los biólogos y a los psicólogos, los físicos nos han hecho menos favor de lo que tendemos a creer. En menos de lo que canta un

gallo (si se comparan los 200 años de la «edad industrial» con los 2 000 000 000 de la «edad de la Naturaleza Viva»), la tecnología de los físicos ha turbado para siempre el sueño de nuestra complacencia ancestral y nos ha puesto en el brete de tener que decidir en un abrir de ojos entre la enseñanza universal de cuatro verdades que no tienen vuelta de hoja y la catástrofe más espantosa. «Educar e impoblar» es el inexorable lema de nuestro tiempo.

En esta perentoria coyuntura la obra de Noam Chomsky cobra una significación muy difícil de exagerar. Como gustaba de repetir Cervantes, la ciencia del lenguaje es la puerta que lleva a las demás ciencias, puerta especialmente obligada e inevitable para las «ciencias humanas» (que algún día podrán llenar el vacío de las seudociencias «sociales»). Parece lógico pensar que lo descubierto sobre el lenguaje llegará a ser integrado con lo descubrible sobre los otros aspectos de la actividad humana (intelectuales, estéticos, éticos y sociales) en una teoría científica que tenga como principio básico la noción de *creatividad libre*[10]. Pero aun sin una ciencia de la Naturaleza Humana comparable en desarrollo y hondura a la ciencia de la Naturaleza a secas, resulta perfectamente razonable, en el estado de nuestros desconocimientos, suponer que las nociones de *libertad y dignidad* atribuidas desde hace siglos a las criaturas locuentes no son, ni mucho menos, fantasmagorías de nuestros antepasados. Con lo que la *historia* en sentido pleno (como empresa decidida libre y dignamente dentro de los límites de lo composible) no podrá dar comienzo hasta que la sociedad haya alcanzado un cierto grado de decencia, y la decencia comunitaria no pasará de desideratum hasta que la mayoría de los seres humanos puedan distinguir certeramente entre lo fundamentado y lo consuetudinario, que es como decir hasta que los más logren sacudirse el sambenito de los andamiajes y supercherías aborígenes que nos ha subyugado y bestializado milenio tres milenio (*Tantae molis erat, se ipsam cognoscere mentem*).

Conocimiento y libertad es un punto de partida excelente. Algunas partes del capítulo primero no son fáciles, pero no está prohibido espumarlas tan sólo en la primera lectura y seguir adelante (en cualquier caso resultarán más asequibles a la luz de otras publicaciones del autor). Como, de cierto modo, este libro representa respecto a la Naturaleza Humana lo que *El azar y la necesidad* representa respecto a la Naturaleza Viva, es de desear y esperar

que los lectores de habla hispana que saben lo que se pescan se den cuenta en seguida de que son dos libros que «harán juego» en su biblioteca ideal (aunque no lo hagan en los estantes). Pero lo más importante no es verlos convertidos en dos de los libros «más vendidos» (*best sellers*), sino en dos de los más y mejor leídos, cuidando de dar al primero el rango de Constitución en caso de discrepancia o conflicto (por muy admirable que resulte su tesis general, no se puede menos de acoger el segundo con algunas reservas). El Premio Nobel Jacques Monod podrá no ser el «príncipe de los ingenios» de la biología actual, pero Noam Chomsky es sin duda alguna el príncipe de los ingenios de la psicología y la epistemología (el príncipe de los «filósofos naturales» de la «materia gris» que nos caracteriza).

CARLOS-PEREGRÍN OTERO

Santa Mónica (California), 18.de junio de 1972 (Primer Aniversario de la Irrupción de los Documentos del Pentágono)

INTRODUCCIÓN

La tarea de una educación liberal, escribió en cierta ocasión Bertrand Russell, consiste en «dar un sentido del valor de las cosas que no sea el de la dominación, contribuir a formar ciudadanos maduros de una comunidad libre y hacer que los hombres, mediante la combinación de la ciudadanía con la libertad en la creatividad individual, sean capaces de dar a la vida humana ese esplendor que puede alcanzar, según han demostrado unos pocos[11]». Entre esos pocos que han mostrado, en este siglo, el esplendor que la vida humana puede alcanzar en la creatividad individual y en la lucha por la libertad, Bertrand Russell ocupa un lugar de honor. Al reflexionar sobre su vida y sus realizaciones, la tentación de citar las propias palabras de Russell es difícil de resistir.

> Aquellos cuyas vidas son fecundas para ellos mismos, para sus amigos o para el mundo están inspirados por la esperanza y sostenidos por la alegría: ellos perciben con su imaginación las cosas posibles y la manera de ponerlas en práctica. En sus relaciones privadas no sienten ansiedad por temor a perder el afecto y el respeto de que gozan: tratan de dar libremente su afecto y su respeto, y la recompensa les viene por sí misma sin buscarla. En su trabajo no les inquieta la envidia por sus competidores» sino que se preocupan sin más de la tarea que hay que realizar. En política, no consumen su tiempo y su pasión defendiendo privilegios injustos de su clase o nación, sino que aspiran a hacer que el mundo en su conjunto sea más feliz, menos cruel, con menos conflictos entre ambiciones rivales y con un mayor número de seres humanos cuyo crecimiento no se vea empequeñecido y paralizado por la opresión[12].

Cuando escribió esta descripción de cómo habría que vivir la vida, Russell había cambiado ya el curso del pensamiento moderno con sus monumentales contribuciones a la filosofía y la lógica, y estaba sufriendo abusos y encarcelamientos por su decidida oposición a una guerra que él no podía aceptar como justa ni necesaria. Faltaba aún medio siglo de realización creativa, no sólo en el pensamiento y la investigación, sino también en un esfuerzo inacabable y obstinado por hacer el mundo más feliz y menos cruel. Mientras que la producción intelectual de Russell sigue siendo una delicia para toda mente inquisitiva, es lo que Erich Fromm llama agudamente su renovación de la «función prometeica de su propia vida[13]» lo que seguirá inspirando a quienes esperan ser ciudadanos de una comunidad libre.

No necesito recordar aquí el hostigamiento, las burlas y abusos que Russell tuvo que aguantar en el curso de estos esfuerzos, ni el silencio o el falseamiento vergonzosos, ni los reproches hechos por los apologistas de la criminal violencia del estado. Sólo cabe esperar que esto esté más que compensado por el profundo respeto de la gente decente a lo largo y ancho del mundo. Mencionaré tan sólo un par de pequeños ejemplos. Un joven amigo mío, especialista en cuestiones asiáticas, que visitaba hace algunos meses una pequeña isla próxima a Okinawa, paró en casa de un campesino que ahora encabeza la lucha para liberar las tierras de la dominación militar (parte de un movimiento que es una mezcla curiosa de cristianismo y de creencias tradicionales con una marcada vena populista). En una pared advirtió un cartel en japonés que decía: «¿Cuál camino es el correcto, cuál es justo? ¿Es el de Confucio, el de Buda, el de Jesucristo, Gandhi o Bertrand Russell? ¿O es el de Alejandro Magno, Genghis Khan, Hitler, Mussolini, Napoleón, Tojo o el presidente Johnson?»

Otro caso: Heinz Brandt, al ser liberado de una cárcel de Alemania del Este, fue a visitar a Russell, cuya protesta, que incluía entre otras cosas la devolución de una medalla de la paz otorgada por la República Democrática Alemana, había dado por resultado la liberación de Brandt. Mientras se alejaba de su casa, escribe Brandt, Russell, de pie en la puerta, «con un aspecto muy desolado, muy cargado de años, agitaba la mano en despedida con un gesto conmovedor e infinitamente humano[14]». Aunque Brandt tiene un motivo más personal que la mayoría para sentir gratitud por la humanidad

de Russell, su gratitud puede ser compartida por todos aquellos que valoran la razón, la libertad y la justicia, que están cautivados por la visión russelliana del «mundo que debemos buscar»,

> un mundo en el cual el espíritu creativo esté vivo, en el cual la vida sea una aventura llena de gozo y esperanza, fundada más en el impulso a construir que en el deseo de retener lo que poseemos o de apropiarse lo que poseen los demás. Ha de ser un mundo en el que el afecto pueda ser desplegado libremente, en el que el amor esté purgado del instinto de dominación, en el que la crueldad y la envidia hayan sido disipadas por la felicidad y por el desarrollo sin trabas de todos los instintos que constituyen la vida y la llenan de placeres mentales[15].

Russell trató no sólo de interpretar el mundo sino también de transformarlo. Supongo que habría estado de acuerdo con la recomendación de Marx de que transformar el mundo es «la tarea verdadera». Yo no me atrevería a evaluar ni siquiera a tratar de dar cuenta de lo que realizó en lo que se refiere a la interpretación o la transformación del mundo. Para varías generaciones, entre ellas la mía, Russell ha sido una figura inspiradora, por los problemas que planteó y por las causas que defendió, por sus descubrimientos y por lo que quedó sin terminar. En estas conferencias trataré algunos de los problemas que Russell abordó en sus esfuerzos por interpretar y transformar el mundo. La selección de los temas expresa mis intereses personales; otros podrían haber optado, con no menos justicia, por subrayar aspectos diferentes de su obra. Consideraré primordialmente la presentación conjunta final que hizo Russell, en sus escritos de la década de 1940, de sus muchos años de investigación de los problemas del conocimiento, y su pensamiento social y político —expresado asimismo en acción— de la época de la primera guerra mundial y de los últimos años de su vida.

¿Existe algún hilo conductor que atraviese la totalidad de los estudios enormemente variados de Russell, que, tomados en su conjunto, tocan virtualmente todas las cuestiones de vital importancia humana? ¿Existe, en

particular, un lazo de unión entre sus convicciones filosóficas y políticas? No es en modo alguno obvio que los esfuerzos de una persona determinada, en esferas tan separadas, tengan que derivar de una fuente común o estar apretadamente enlazados. Sin embargo, quizás sea posible hallar ciertos elementos comunes en el empeño de Russell por descubrir las condiciones del conocimiento humano y las condiciones de la libertad humana. Examinaré un punto de contacto en los párrafos finales de la primera conferencia y en los primeros de la segunda: la «concepción humanística» de la naturaleza intrínseca y del potencial creativo del hombre que Russell formula, situándose en una tradición de gran riqueza y siempre prometedora.

I. ACERCA DE LA INTERPRETACIÓN DEL MUNDO[16]

Un problema central en la interpretación del mundo es determinar de qué manera proceden a hacerlo, de hecho, los seres humanos. Se trata del estudio de la interacción entre un sistema complejo particular, biológicamente dado —la mente humana— y el mundo físico y social. En la obra en la que sintetiza los resultados de toda una vida de preocupación por este problema, Bertrand Russell se pregunta: «¿cómo es posible que los seres humanos, cuyos contactos con el mundo son breves y personales y limitados, sean sin embargo capaces de llegar a saber tanto como en realidad saben?»[17] Al estudiar la relación entre la experiencia individual y el cuerpo general de conocimientos, tanto comunes como científicos, Russell explora los límites del empiricismo y trata de determinar cómo es posible alcanzar el conocimiento humano; en particular, intenta descubrir los principios de la inferencia no demostrativa que justifican la inferencia científica, «además de la inducción, si no en lugar de ella» y concluye que «parte de la teoría empiricista resulta verdadera sin ninguna otra cualificación», a saber, que «las palabras que yo puedo comprender extraen su significación de mi experiencia… sin que sea preciso admitir ninguna excepción en absoluto», y que otra parte es insostenible. Necesitamos ciertos principios de inferencia que «no pueden ser deducidos lógicamente de hechos de la experiencia. Por tanto, o bien conocemos algo con independencia de la experiencia, o la ciencia es un espejismo». Su investigación sobre el conocimiento precientífico, el conocimiento que precede a la reflexión sistemática sobre los principios de inferencia, conduce a un resultado semejante. Sus conclusiones conservan, sin embargo, «lo que podríamos llamar un ‘aroma’ empiricista»: aunque nuestro conocimiento de los principios subyacentes, «en la medida en que en realidad los conocemos, no puede ser basado en la experiencia», no

obstante «todas sus consecuencias verificables son susceptibles de confirmación por la experiencia[18]».

Podríamos añadir que otros esfuerzos cuidadosos por desarrollar una teoría empiricista del conocimiento común o científico han llevado por lo general a conclusiones de cierto modo parecidas. Por ejemplo, David Hume concluye:

> Pero aunque los animales adquieran muchas partes de su conocimiento a partir de la observación, hay también muchas partes del mismo que proceden del don originario de la naturaleza; que exceden en mucho la porción de capacidad que poseen en las ocasiones ordinarias; y en las que efectúan poco o ningún progreso mediante la práctica y la experiencia. Éstas son las que denominamos Instintos, y son susceptibles de admiración como algo muy extraordinario, e inexplicables por cualquier disquisición del entendimiento humano. Pero nuestra estupefacción quizá desaparezca o disminuya si consideramos que el razonamiento experimental mismo, que poseemos en común con las bestias, y del que depende toda la conducta de la vida, no es sino una especie de instinto o capacidad mecánica, que actúa en nosotros sin que lo sepamos; y en sus operaciones principales no es dirigido por ninguna de las relaciones o comparaciones de ideas, como lo son los objetos propios de nuestras facultades intelectuales. Aunque el instinto sea diferente, es sin embargo un instinto lo que enseña a un hombre a evitar el fuego, tanto como el que enseña a un ave, con toda exactitud, el arte de la incubación y toda la economía y orden en su cuidado de los pequeñuelos[19].

Esfuerzos más recientes para desarrollar una teoría empiricista de la adquisición del conocimiento llegan también a conclusiones parecidas a las de Russell. Así, Willard V. O. Quine, aunque empieza con conceptos que parecen muy estrictos y restringidos, acaba por concluir que el innato sistema de propiedades (el «espacio cualitativo») que subyace a la inducción puede tener un carácter abstracto, y que hay, además, «estructuras innatas hasta

ahora desconocidas, aparte del mero espacio cualitativo, que son necesarias para el aprendizaje del lenguaje [y, es de suponer, en otras formas de aprendizaje]… para hacer que el niño supere ese gran obstáculo que yace más allá de la ostensión o la inducción[20]». Cuando Quine añade, además, que por «conductalismo» [«behaviorism»] entiende sólo «la insistencia en basar todos los criterios en términos de observación» y eventualmente dar sentido a todas las conjeturas «en términos de observación externa», no sólo abandona el conductalismo como doctrina sustantiva sino que además se acerca a la conclusión de Russell según la cual lo que puede ser retenido del empiricismo es sólo la condición de que las consecuencias verificables de los principios que constituyen nuestro conocimiento «sean susceptibles de ser confirmadas por la experiencia».

Quizás el más austero representante contemporáneo de la tradición empiricista sea Nelson Goodman. En su importante análisis de la inferencia inductiva, muestra Goodman que el enfoque empiricista tradicional dejaba sin resolver «el problema de diferenciar entre las regularidades que ponen y las que no ponen… la mente en movimiento», y sugiere que «consideremos la mente en movimiento desde el principio, explorando con predicciones espontáneas en decenas de direcciones distintas, y rectificando y canalizando gradualmente sus procesos predictivos[21]». Igual que Hume, apela Goodman

> a recurrencias pasadas, pero tanto a recurrencias en el uso explícito de términos como a rasgos recurrentes de lo que es observado. Como Kant (hasta cierto punto), estamos diciendo que la validez inductiva depende no sólo de lo presentado, sino también de cómo está organizado; pero la organización a la que aludimos es producida por el uso del lenguaje y no es atribuida a nada que sea inevitable o inmutable en la naturaleza de la cognición humana.

Las «raíces de la validez inductiva», sugiere, «han de ser encontradas en nuestro uso del lenguaje[22]».

Pero creo que Goodman rechaza demasiado deprisa la objeción de que «confía demasiado ciegamente en un Hado caprichoso con el fin de que sólo los predicados adecuados se atrincheren cómodamente», en el caso del

«problema genético». Es demasiado fácil limitarse a decir que «en el caso de nuestra principal reserva de predicados de uso cotidiano, yo considero que el juicio de proyectabilidad ha derivado de la proyección habitual, más bien que la proyección habitual, del juicio de proyectabilidad[23]». Esta sugerencia es totalmente incapaz de explicar las uniformidades entre individuos (o entre diversas especies, aun dejando a un lado el problema de explicar la inducción cuando no hay uso explícito del lenguaje). Si la mente tuviera que explorar al azar desde el comienzo, literalmente, no habría razón alguna para esperar más que semejanzas fortuitas en el juicio, incluso dentro del limitado abarque de predicados comunes que Goodman considera, tales como los términos que denotan colores, por ejemplo. De hecho, Goodman parece aceptar esta consecuencia. Así, parece creer que mientras algunos angloparlantes usan la palabra «*green*» 'verde' de la misma manera en que supongo lo hace todo el mundo en este auditorio, hay otros que usan «*green*» en el sentido del siguiente predicado complejo (para nosotros): examinado antes del momento *t* y *green* 'verde' o examinado después de *t* y *blue* 'azul'[24], donde *t* puede ser, pongamos por caso, las 12 de la noche de hoy. Estos infortunados se sorprenderán mañana al descubrir que las cosas que contemplan y llaman «*green*» 'verde' tendrán igual color que algunas de las cosas que examinaron ayer y llamaron «*blue*» 'azules'[25]. La conclusión de Goodman tiene el mérito de ser consistente. Un empiricista austero, que cree que la mente está en movimiento desde el principio, explorando con predicciones espontáneas sin restricciones, tiene que llegar a esta conclusion, y a muchas otras igualmente extrañas. El análisis de Goodman sustenta directamente la observación de Russell de que o bien conocemos algo independientemente de la experiencia, o la ciencia es un espejismo (igual que las creencias del sentido común). Sus especulaciones ulteriores acerca de cómo, dado un sistema de hipótesis, se podría proceder para aducir otras, que son interesantes y sugestivas, me parece que dejan como estaban los problemas centrales de la adquisición del conocimiento. Parece claro que si el empiricismo ha de ser tomado en serio, tiene que ser el «empiricismo exteriorizado» de Quine, que «no ve nada que vaya a contrapelo en la invocación de disposiciones innatas para la conducta manifiesta [o en la] predisposición innata para el aprendizaje del lenguaje», y exige tan sólo que

«las conjeturas o conclusiones… sean eventualmente expresadas en términos de observación externa[26]».

Recuérdese que en su crítica del *Essay Concerning Human Understanding [Ensayo sobre el entendimiento humano]* de Locke, Leibniz conjeturó que al admitir la reflexión como fuente del conocimiento, Locke deja la puerta abierta a la reconstrucción de una teoría racionalista en otra terminología. De modo análogo, cabría preguntar hasta qué punto retiene aún el «aroma» del empiricismo una teoría de la adquisición del conocimiento que admite un espacio cualitativo de carácter desconocido, estructuras innatas de una especie arbitraria que permiten el salto a hipótesis quizá sumamente abstractas, principios de inferencia no demostrativa que Leibniz podría haber llamado los principios generales innatos que «entran en nuestros pensamientos, constituyendo su alma y su articulación», principios que «pueden ser descubiertos en nosotros a fuerza de atención, para los cuales los sentidos aportan ocasiones y la experiencia favorable sirve para confirmar a la razón».

De hecho, sería razonable depurar aún más los conceptos tradicionales de la adquisición del conocimiento. ¿Por qué tenemos que suponer que los principios generales innatos, o los principios que integran y organizan nuestros sistemas de creencias maduros, pueden ser descubribles «a fuerza de atención»? Se diría que se trata de una cuestión empírica (dejando aparte el debate terminológico sobre los conceptos de «conocimiento» y «creencia», debate probablemente infructuoso, puesto que, como indica Russell, los conceptos no son claros ni determinados). Sin duda es una cuestión pendiente la de si la «especie de instinto» que determina «el razonamiento experimental mismo» realmente «actúa en nosotros sin que lo sepamos», como sostenían tanto Hume como Leibniz, o quizás está incluso más allá de la introspección. De hecho, es posible que la intuición o la comprensión de estas cuestiones caiga más allá del alcance del conocimiento humano consciente. No se sigue ninguna contradicción del supuesto de que esto sea así, aunque cabe esperar que no lo sea. Los mismos principios innatos de la mente que posibilitan la adquisición del conocimiento y de sistemas de creencias, pueden también poner límites a la comprensión científica que excluyan el conocimiento científico acerca de cómo el conocimiento y la creencia son adquiridos o

usados, aunque esta comprensión pueda ser alcanzada por algún organismo de distintas o más ricas dotes. Podría ser que, en palabras de Kant, el «esquematismo de nuestro entendimiento, en su aplicación a las apariencias y a su mera forma, es un arte oculto en las profundidades del alma humana, cuyos modos reales de actividad no es probable que la naturaleza nos permita descubrir jamás ni tener abiertos a nuestra mirada[27]». No hay razón alguna para suposiciones dogmáticas en lo que a esto respecta.

La noción de que puede haber principios innatos de la mente que, por una parte, hacen posible la adquisición de conocimiento y creencia y, por otra, determinan y limitan su alcance, no implica, a mi entender, nada que pueda sorprender a un biólogo. Tratando del caso específico de los principios innatos postulados para la estructura lingüística característica de la especie, Jacques Monod observa:

> Esta concepción ha escandalizado a ciertos filósofos o antropólogos que ven en ella un retorno a la metafísica cartesiana. Pero si aceptamos su contenido biológico implícito, a mí tal concepción no me choca en absoluto.

Es perfectamente razonable suponer que los principios específicos de la estructura del lenguaje son algo biológico dado, en el estadio presente de la evolución humana. Además, sigue diciendo Monod, es probable que la evolución de las estructuras corticales del hombre fuese influida por la temprana adquisición de una capacidad lingüística, de tal manera que el lenguaje articulado «no sólo haya permitido la evolución de la cultura, sino que haya contribuido también de manera decisiva a la evolución *física* del hombre»; y no hay ninguna paradoja en suponer que «la capacidad lingüística que se manifiesta en el curso del desarrollo epigenético del cerebro forma parte ahora de la ‘naturaleza humana’», a su vez íntimamente asociada a otros aspectos de la función cognoscitiva que pueden de hecho haber evolucionado de un modo específico en virtud del uso temprano del lenguaje articulado[28].

Admitido esto, cabe muy bien preguntarse si lo que queda de la especulación empiricista tradicional sobre el origen y desarrollo del conocimiento no es más una rémora que una ayuda para un estudio fecundo

del problema. Considérese, por ejemplo, la cuestión de la «definición ostensiva», que Russell, junto con muchos otros, considera como un estadio primitivo o en cierto modo básico en la adquisición del conocimiento. Se supone que un ruido vocal es asociado con alguna característica notable del entorno y con una «idea» o «pensamiento» de ella. La palabra entonces «significa» esta característica en el sentido de que «su pronunciación puede ser causada por la característica de que se trata, y su audición puede suscitar la 'idea' de tal característica. Ésta es la especie más simple de 'significación', a partir de la cual se derivan otras». Al reflexionar sobre tales asociaciones y similaridades de estímulos, «el niño, convertido ya en filósofo, concluye que hay una palabra, 'madre', y una persona, la Madre». «Con el tiempo, mediante el uso de los cánones de Mili, el niño, si sobrevive, aprenderá a hablar correctamente», identificando adecuadamente las características pertinentes del entorno y de las expresiones vocales. Es este proceso, arguye Russell, el que en teoría lleva a la creencia en la existencia de personas y cosas más o menos permanentes, la creencia de sentido común que hace tan difícil cualquier filosofía que prescinda de la noción de substancia[29]. (Russell añade que él cree que «este primer paso de la filosofía está equivocado», pero ésta es otra cuestión.) Quine sugiere un proceso algo similar. Para el niño, «madre, rojo y agua son… todas [realidades] de un mismo tipo; cada una no es más que una historia de un encuentro esporádico, una dispersa porción de lo que transcurre». El niño «ha llegado a dominar el esquema de objetos físicos durables y recurrentes» sólo cuando «llega a dominar la dividida referencia de los términos generales». Después de esto, reevalúa el término «mamá», retroactivamente, como término singular, «el nombre de un objeto amplio y recurrente pero al mismo tiempo individual[30]».

La credibilidad de tales especulaciones me parece escasa, a la luz de lo poco que se conoce. No hay razón alguna para creer que el concepto que el niño se hace de objetos físicos durables y recurrentes derive de su reflexión sobre el uso del lenguaje o de generalizaciones de más alto nivel que son construidas sobre intuiciones acerca del uso del lenguaje, ni que los cánones de Mili tengan nada que ver con la interpretación del mundo de la experiencia en términos de personas y cosas permanentes. Los escasos resultados

experimentales con que se cuenta sobre la materia hacen pensar que el concepto de objetos permanentes y durables opera mucho antes de que sobrevenga el uso del lenguaje. Así, se observa que un niño de pocos meses interpreta el mundo en términos de constancias perceptuales, y muestra sorpresa si los estímulos no manifiestan el comportamiento esperado de «objetos físicos durables y recurrentes». Si el sentido de nuestras conjeturas ha de basarse en la observación, parece que las mencionadas observaciones apoyan la conjetura de que el «esquema de objetos individuales durables y recurrentes» es primitivo y no adquirido en el curso del aprendizaje del lenguaje.

Lo mismo es en gran medida válido si consideramos los estímulos y las «ideas» asociadas con ellos. Al pasar revista a algunas investigaciones experimentales recientes, Monod señala que no puede haber duda alguna de que los animales son capaces de clasificar objetos y relaciones de acuerdo con categorías abstractas, específicamente categorías geométricas tales como «triángulo» y «círculo»; hasta cierto punto, las investigaciones experimentales han identificado incluso la base neural de este análisis. Estas investigaciones sugieren que hay un sistema analítico primitivo, neurológicamente dado, que puede degenerar si no es estimulado en un período crítico apropiado, pero que, en otro caso, ofrece una interpretación específica de la experiencia, que varía hasta cierto punto con el organismo. Creo que Monod está en lo cierto cuando comenta que «estos descubrimientos modernos sustentan así, en un sentido nuevo, a Descartes y Kant, en contra del empiricismo radical que ha dominado la ciencia durante dos siglos, proyectando suspicacia sobre toda hipótesis que postula la ‘innatidad’ de las formas del conocimiento». En lo que se nos alcanza, los animales aprenden de acuerdo con un programa genéticamente determinado. No hay ninguna razón para dudar de que esto también es verdad respecto a «las categorías fundamentales del conocimiento humano, y quizás también de otros aspectos de la conducta humana, menos fundamentales pero de gran significación para el individuo y para la sociedad[31]». En particular esto puede ser verdad respecto a las facultades lingüísticas a lo que parece exclusivas del ser humano, y de sus capacidades de pensamiento imaginativo, tal como se manifiesta en el lenguaje, en las imágenes visuales, en los planes

de acción o en la creación artística o científica genuina.

Otro residuo de especulación empíricista aparece en el análisis que hace Russell de los nombres propios. Para empezar, sugiere que «un nombre propio es un vocablo que designa cualquier porción continua de espacio-tiempo que nos interesa suficientemente[32]», pero luego añade que la continuidad espaciotemporal no es un requisito. Una vez más es un problema empírico el determinar cuáles son los criterios para la «nombrabilidad», no por un organismo arbitrario, o lo que Russell a veces llama un «santo lógico», sino por una mente humana biológicamente dada. La continuidad espacio-temporal es sin duda un factor, como lo son ciertas propiedades relativas a figura y plano y otras propiedades configuracionales [gestalt properties], o la función de un objeto en un espacio de la acción humana. Pero la cuestión parece aún más compleja. Por ejemplo, si un concierto físico de objetos es creado por un artista como un ejemplo de forma artística particular, resulta nombrable —digamos un «móbil», que no necesita satisfacer el requisito de la continuidad espacial. En cambio una disposición arbitraria obtenida al azar no sería tenida por «cosa» nombrable. Si esto es así, entonces nuestro concepto de «cosa nombrable» lleva consigo la consideración de las intenciones de la persona que haya producido la «cosa». Un análisis más desarrollado pondría de manifiesto, sin duda alguna, otras condiciones igualmente abstractas que subyacen al proceso de nombración. Es difícil imaginar que estas condiciones sean aprendidas, ya sea mediante los cánones de Mill o por cualquier otro esquema, aunque sin duda la experiencia desempeña un papel en el afinamiento del esquematismo (innatamente dado) para la interpretación del mundo de la experiencia humana. El alcance de su contribución es algo que la investigación científica debe determinar. Pero tampoco a este respecto deberemos sorprendernos si hay una dosis de verdad en la sentencia de Henry More, uno de los platónicos de Cambridge, según la cual «el Alma canta la Canción entera al primer indicio, como si la conociera muy bien antes».

Se ha argüido alguna vez que la nombración es en última instancia inexplicable, y que el deseo de explicar la nombración yendo más allá del simple registro de los hechos del uso del lenguaje o de la aportación de «pruebas de la buena construcción de una serie» no es sino «el resultado del

proteico impulso metafísico a trascender el lenguaje[33]». Ésta parece una conclusión innecesaria. Sobre la base de los datos del uso y las pruebas experimentales, se puede intentar formular una explicación teorética sistemática del sistema de conceptos que un individuo ha internalizado y que emplea, y, además, elaborar el sistema de principios, de condiciones y de supuestos a priori que le han llevado a construir este sistema a partir de su limitada experiencia. Es difícil ver por qué razón una empresa como ésta, sean cuales sean sus probabilidades de éxito, refleja un «proteico impulso metafísico». Parece un programa perfectamente inteligible. Ninguna teoría de los conceptos internalizados o de la base para la adquisición de un sistema de conceptos estará nunca totalmente determinada por los datos; la tarea no es, pues, una trivialidad. Más aún, no hay ninguna razón previa para suponer que la inducción o «generalización», tomando estas nociones en un sentido claro, tengan mucho que ver con el asunto.

Russell da por supuesto, lo mismo que Wittgenstein y muchos otros autores, que hay «dos maneras de llegar a saber lo que una palabra significa»: la definición verbal, por medio de otras palabras, o la definición ostensiva directa[34]. Como caracterización de la situación de hecho, esto resulta dudoso. La definición verbal genuina es probablemente cosa más bien rara. Es bien conocida la dificultad de dar una definición verbal de los conceptos ordinarios. Piénsese en los intentos, de éxito sin duda aún sólo parcial, de definir conceptos tales como «juego» [game] o «promesa», por ejemplo. Lo que por lo general llamamos «definiciones verbales» son meros indicios, que pueden ser interpretados adecuadamente por quien posee ya una teoría del lenguaje y del mundo rica y altamente articulada. Pero sin duda cabe decir lo mismo de la «definición ostensiva». Una vez más, ni los cánones de Mill ni cualquier otro esquema conocido dará razón de la uniformidad y especificidad con que un niño o un adulto comprende lo que una palabra nueva significa o denota, bajo las condiciones de la definición ostensiva. Esto resultará más bien obvio a cualquiera que intente programar una computadora, pongamos por caso, para que haga lo mismo. En condiciones normales, aprendemos las palabras mediante una exposición limitada a su uso. En cierto modo, nuestros contactos con el mundo, breves y personales y limitados, nos bastan para determinar lo que las palabras significan. Cuando

tratamos de analizar cualquier ejemplo específico —por ejemplo, palabras tan fácilmente aprendidas como ‘error’ [mistake], ‘intentar’ [try], ‘esperar’ [expect], ‘comparar’ o ‘morir’ o incluso nombres comunes—, vemos que supuestos más bien ricos acerca del mundo real y acerca de las interconexiones de los conceptos contribuyen a situar el término adecuadamente en el sistema del lenguaje. Ésta es a estas alturas una observación corriente, y no necesito insistir en ella. Pero parece que ayuda a disipar la recalcitrante atracción de un enfoque del problema de la adquisición de conocimiento que toma los supuestos empiricistas como punto de partida para los que se supone ser los casos más simples.

De hecho, ¿qué contenido hay en la tesis de que una parte de la teoría empiricista parece verdadera sin reserva alguna, a saber, que las palabras que yo entiendo derivan su significación de mi experiencia? Que la experiencia es necesaria para poner en acción las estructuras innatas, para activar un sistema de ideas innatas, es algo que suponen muy explícitamente Descartes, Leibniz y otros autores, como parte integrante de teorías que no pueden ser consideradas «empiricistas» si queremos que el término retenga alguna significación. Además de esto, diferencias como las que existen entre individuos y entre las diversas lenguas por lo que respecta a los sistemas de conceptos empleados, tienen que ser atribuidas a la experiencia, sí damos por supuesto, como parece razonable, que no hay adaptación genética específica a una u otra lengua, y si abstraemos [o prescindimos] de las variaciones individuales en cuanto a capacidad mental. ¿Qué amplitud tienen estas diferencias? Es obvio que se trata de una cuestión empírica, pero lo poco que sabemos sobre la especificidad y complejidad de las creencias en comparación con la pobreza de la experiencia invita a sospechar que es en el mejor de los casos falaz afirmar que las palabras que yo comprendo derivan su significación de mi experiencia.

Wittgenstein arguyó que «una palabra no tiene una significación dada, por decirlo así, por un poder independiente de nosotros, de modo que quepa investigar científicamente lo que la palabra realmente significa. Una palabra tiene la significación que alguien le ha dado[35]». Si se refiere a explicaciones conscientes y explícitas de las significaciones (o a la posibilidad inmediata de darlas, como Wittgenstein implica a veces), la aserción es difícilmente

aceptable. Por otra parte, podemos imaginar fácilmente cómo un organismo inicialmente dotado de condiciones sobre la forma y la organización del lenguaje podría construir un sistema específico de interrelaciones entre conceptos, y de sus condiciones de uso y referencia, sobre la base de escasos datos. No hay ningún misterio inherente en esto. Para un organismo así, podríamos ciertamente llevar a cabo una investigación científica de estas estructuras y condiciones sistemáticas, y no se ve por qué esto no podría ser descrito como parte de una investigación científica acerca de lo que las palabras realmente significan. Por supuesto, las palabras tendrían la significación que les atribuyese el organismo en cuestión, si bien no habría ninguna necesidad de suponer que esto de «dar significación» sea consciente o accesible a la introspección, o que el organismo es en absoluto capaz de explicar el sistema de conceptos que usa o de describir las características de términos particulares con ninguna exactitud. En el caso de los seres humanos, todo lleva a suponer que el sistema semántico del lenguaje está dado en gran medida por una capacidad independiente de la elección consciente; es de suponer que los principios operativos de la organización mental son inaccesibles a la introspección, pero no hay razón alguna por la que tengan que ser en principio más inmunes a la investigación que los principios que determinan la disposición física de los miembros y órganos [del cuerpo].

Al tratar de desarrollar un análisis «conductal» [«behavioral»] de las expresiones lingüísticas y de sus significaciones, Russell toma en consideración las causas ambientales de la utilización de una expresión, los efectos de su audición y los efectos que el hablante espera o pretende que tenga sobre el oyente[36]. La última consideración nos conduce a una investigación de las razones, distinguiéndolas de las causas, y nos introduce en el dominio de los «actos mentales». No examinaré si el análisis que Russell presenta es muy convincente (no creo que lo sea), pero aquí insiste también, con toda justeza, en que un estudio de estímulos y respuestas, o estructuras habituales, no nos llevará demasiado lejos. Aunque la consideración de los efectos intentados evita algunos problemas, me parece que, por muy detallado que sea, nos proporcionará a lo sumo un análisis de la comunicación lograda, pero no de la significación ni del uso del lenguaje, que no tiene por qué llevar consigo comunicación ni siquiera el intento de

comunicar. Si yo uso el lenguaje para expresar o aclarar mis pensamientos, con la intención de engañar, de romper un silencio embarazoso, o de otras diez o doce maneras, mis palabras tienen siempre un sentido estricto y yo puedo muy bien querer decir lo que digo, pero la comprensión plena de lo que intento hacer creer o hacer hacer a mi auditorio (si tengo uno) puede dar poca o ninguna indicación del significado de mi discurso.

Russell sugiere que la existencia de «especies naturales» —la tendencia que muestran las propiedades a agruparse en un número limitado de variedades en el mundo empírico— facilita las inferencias del sentido común, y que el conocimiento científico está basado en una serie de principios que él desarrolla en un análisis interesante y detallado. Como ejemplo, considérese este principio:

> El mundo físico consta de unidades de un pequeño número de especies diferentes, y hay leyes causales que gobiernan las más simples estructuras que pueden ser construidas con estas unidades, haciendo que estas estructuras queden subsumidas bajo un número más bien reducido de especies que difieren entre sí de un modo discreto. Hay también complejos de sucesos que actúan como unidades causales, que son precedidas y seguidas a lo largo de un tiempo finito por una serie de complejos de sucesos que tienen todos aproximadamente la misma estructura y están interrelacionados por la contigüidad espacio-temporal.

El mundo físico, escribe Russell, «tiene lo que cabría denominar ‘hábitos’, es decir, leyes causales; la conducta de los animales tiene hábitos, en parte innatos, en parte adquiridos», generados por «inferencia animal». «Por ser el mundo tal como es, ciertos tipos de inducción están justificados y otros no.» Por reflexión sobre estos procesos, llegamos a cánones de inferencia que «son válidos si el mundo tiene ciertas características que todos creemos que tiene[37]».

Parafraseando estas observaciones, podríamos decir que nuestra constitución mental nos permite alcanzar el conocimiento del mundo en la medida en que nuestra capacidad innata para crear teorías viene a

corresponder a algún aspecto de la estructura del mundo. Explorando las diversas facultades de la mente, podríamos, en principio, llegar a entender qué teorías nos son más fácilmente accesibles que otras, o qué teorías potenciales nos son accesibles en absoluto, qué formas de conocimiento científico pueden ser alcanzadas, si el mundo tiene la amabilidad de tener las propiedades requeridas. Donde no la tenga, quizá seamos capaces de desarrollar una especie de «tecnología intelectual» —digamos, alguna técnica de predicción que, por alguna razón, dé resultados dentro de ciertos límites—, pero no de alcanzar algo que merezca el nombre de comprensión científica o de conocimiento común. Otro organismo, siguiendo principios diferentes, podría desarrollar otras ciencias o carecer de algunas de las nuestras. ¿Llegaremos algún día a comprender los aspectos de la existencia humana o de la realidad física algunas de cuyas características nos intrigan? No lo sabemos, aunque sería posible contestar a esta pregunta si pudiéramos determinar con éxito los principios del entendimiento humano. Ésta es la tarea que nos presenta la teoría del conocimiento madura de Russell, en un esbozo que es sugestivo pero que, como él mismo subraya, no pasa de ahí.

Para proseguir esta tarea, debemos investigar dominios específicos del conocimiento o de los sistemas de creencias humanos, determinar su carácter y estudiar su relación con la experiencia breve y personal sobre la que son erigidos. Un sistema de conocimientos y creencias es resultado de la acción combinada de mecanismos innatos, de procesos de maduración genéticamente determinados y de interacción con el entorno social y físico. El problema es dar razón del sistema construido por la mente en el curso de esta interacción. El sistema particular de conocimiento humano que hasta ahora mejor se ha prestado a este enfoque es el sistema del lenguaje humano. En el estudio del lenguaje no necesitamos (por lo menos en una primera aproximación) distinguir entre conocimiento y creencia. No existe ninguna pauta objetiva y externa con la que se pueda contrastar el sistema de reglas y de principios que relacionan el sonido y el significado —la gramática— construido por la mente. Por definición, una persona conoce su lengua (o varios dialectos y lenguas) perfectamente, aunque podemos preguntarnos cómo se corresponde el sistema creado por un hablante con el de otro. No parece tener mucho sentido decir que un hablante maduro no conoce su

propio dialecto, digamos, del inglés; aunque pudiera ser que haya características idiosincrásicas que distingan su gramática de la de las comunidades lingüísticas en las que vive. Al menos esto es válido en la medida —no desdeñable— en que podemos separar el estudio-de-la-lengua-y-de-su-estructura de las cuestiones de la creencia empírica y del conocimiento de hecho. En cierto sentido, el conocimiento que una persona tiene del lenguaje refleja su capacidad para adquirir conocimiento en una forma relativamente «pura». Se podría argüir, por esta razón, que no se trata de un «caso central» del conocimiento humano, y quizá no de un caso demasiado esclarecedor[38]. A mi ver toda precaución está justificada. Podemos suscitar seriamente el problema de la adquisición del conocimiento sólo si tenemos una caracterización razonablemente convincente de lo que ha sido aprendido. En el caso de los ejemplos típicos del conocimiento o de la creencia comunes carecemos de tal caracterización: por ejemplo, con respecto al comportamiento de los objetos físicos, o a la conducta social humana o a las relaciones entre la acción y los motivos, y así sucesivamente.

Algunos han razonado de modo bastante diferente, insinuando que la adquisición del lenguaje se basa en principios más generales que subyacen también otras formas de aprendizaje. Estas opiniones cobrarán solidez en la medida en que sus sustentadores puedan mostrar de qué manera es posible explicar aspectos específicos del conocimiento del lenguaje —algunos de los cuales examinaré en seguida— en términos de «estrategias del aprendizaje» o de principios del desarrollo más generales. Como sólo contamos con sugerencias muy vagas, es imposible, por el momento, evaluar estas propuestas.

El conocimiento del lenguaje es el resultado de la acción combinada de estructuras de la mente inicialmente dadas, de procesos de maduración y de interacción con el entorno. Así, pues, no hay razón alguna para esperar que tendrá propiedades invariantes el conocimiento que se adquiere —las gramáticas construidas por la mente—, aun si la determinación innata de las estructuras iniciales y de los procesos de maduración es muy restrictiva. Supongamos, sin embargo, que descubrimos ciertas propiedades invariantes del lenguaje humano. En tal caso es siempre plausible (aunque no necesariamente correcta) la hipótesis de que estas invariantes reflejan

propiedades de la mente, al igual que, si tuviéramos que descubrir · propiedades invariantes del canto de alguna especie de ave, sería plausible sugerir que éstas vienen determinadas genéticamente. Ésta es una hipótesis empírica, faisable por contrastación con los hechos. La única alternativa sería la hipótesis de que las invariantes en cuestión son el efecto de ciertas «estrategias del aprendizaje» bien definidas aplicadas a un entorno suficientemente uniforme. En los casos que voy a examinar, y en muchos otros, esta alternativa me parece sumamente implausible. En cualquier caso, las condiciones empíricas de la investigación son claras.

La invariancia puede aparecer a diversos niveles de abstracción y significación. Por ejemplo, al investigar un dialecto particular del inglés, descubrimos semejanzas de uso entre hablantes de experiencia personal muy varia. Además, la investigación de una amplia gama de lenguas pone de manifiesto propiedades invariantes que no son en modo alguno necesarias para un sistema de pensamiento y de comunicación. Por ejemplo, es concecible que el principio de «nombrabilidad» en algún lenguaje pueda ser la simple condición que Russell investiga: que una porción continua de espacio-tiempo sea una «cosa nombrable» posible. Pero en las lenguas humanas parece que otras condiciones entran en la determinación de lo que son cosas «nombrables», como queda dicho. A medida que investigamos otros aspectos de la representación del significado, van saliendo a la luz otras propiedades del lenguaje. Considérese el significado de las oraciones. Algunos aspectos del significado de las oraciones son determinados por la ordenación de las palabras y su combinación en frases, mientras que otros están relacionados con estructuras de tipo mucho más abstracto. Para tomar un ejemplo muy simple: Considérese las oraciones *John appealed to Bill to like himself* ‘Juan suplicó a Guillermo que se gustase’ y *John appeared to Bill to like himself* ‘A Guillermo le parecía que Juan se gustaba (a sí mismo)’[39]. Las dos oraciones son virtualmente idénticas en forma patente, pero es obvio que muy diferentes en interpretación. Cuando digo *John appealed to Bill to like himself*, quiero decir que Guillermo debe gustarse; pero cuando digo *John appeared to Bill to like himself*, es Juan el que se gusta a sí mismo. Sólo en el nivel que yo llamaría «estructura latente» [deep structure] son expresadas directamente, en este caso, las relaciones gramaticales

semánticamente significativas[40].

El ejemplo ilustra las relaciones de significación entre palabras, pero la representación semántica comprende también relaciones entre frases. Supóngase que digo *I would speak about such matters with enthusiasm* '*yo* hablaría de esas cosas con entusiasmo'. La expresión es ambigua: puede querer decir que mi manera de hablar sería entusiástica o que tendría mucho gusto en hablar de esas cosas. La frase *with enthusiasm* puede ser asociada tanto con el verbo *speak* como con la frase *speak about such matters*. Investigando cuestiones de esta naturaleza, creo que podemos desarrollar algunas hipótesis razonables, aunque todavía sólo parciales y provisionales, acerca de cómo debe ser representado el significado de las oraciones en el lenguaje humano, y de cómo se relacionan estas representaciones con diversos aspectos de la forma lingüística: orden, formación de frases, y estructuras abstractas que se relacionan de manera no simple con la locución física [fónica].

Respecto al aspecto físico del lenguaje, llegamos a conclusiones similares. Hay muchas dimensiones físicas imaginables que podrían ser usadas, en principio, para determinar los sonidos del habla, pero de hecho la variedad de lenguas humanas emplea sólo un conjunto [range] restricto de propiedades. Además, según ha revelado el estudio del lenguaje después de la obra de pionero de Ferdinand de Saussure, los sonidos del lenguaje entran en relaciones sistemáticas de acuerdo con principios restrictivos. Más notable aún es el hecho de que la estructura sistemática de las pautas fónicas se revela de la manera más sorprendente cuando consideramos, no los sonidos mismos en su aspecto físico, sino más bien una pauta fonológica abstracta que es proyectada en [mapped into] una representación física por reglas ordenadas de un tipo apuradamente restricto, reglas que, aplicadas en secuencia, convierten una representación subyacente abstracta del sonido en una estructura física que puede no corresponder exactamente en cada uno de sus detalles con la representación mental que la subyace. Es en este dominio, a mi parecer, donde recientes estudios sobre el lenguaje han obtenido algunas de sus vislumbres más importantes[41].

Estudiando la representación del sonido y la representación del significado en el lenguaje natural, podemos obtener cierta comprensión de las

propiedades invariantes que pueden ser razonablemente atribuidas al propio organismo como contribución suya a la tarea de adquisición del conocimiento, el esquematismo que él aplica a los datos de los sentidos en su esfuerzo por organizar la experiencia y construir sistemas cognoscitivos. Pero algunos de los resultados más interesantes y sorprendentes conciernen más bien el sistema de reglas que pone en relación el sonido y el significado en el lenguaje natural. Estas reglas pueden ser divididas en varias categorías y exhiben propiedades invariantes que no son en modo alguno necesarias para un sistema de pensamiento o comunicación, hecho que, una vez más, tiene interesantes implicaciones para el estudio de la inteligencia humana.

Considérese, por ejemplo, la manera de formar interrogaciones en inglés. Considérese la oración *the dog in the corner is hungry* 'el perro que está en la esquina está hambriento'. A partir de ella podemos formar la interrogación *is the dog in the corner hungry?* '¿está el perro que está en la esquina hambriento?' mediante una simple operación formal: mover el elemento *is* 'está' al frente de la oración. Dada una variedad de ejemplos de formación de interrogaciones, un lingüista que estudiara el inglés podría proponer posibles reglas de formación de interrogaciones. Imaginemos dos de tales propuestas. La primera establece que para formar una interrogación, primero identificamos la frase nominal que hace de sujeto de la oración, y luego movemos al comienzo de la oración el caso de *is* que sigue a esa frase nominal. Así, en el ejemplo citado, la frase nominal sujeto es *the dog in the corner* 'el perro que está en la esquina'; formamos la interrogación moviendo el caso de *is* que la sigue al frente de la oración. Llamemos a esta operación una «operación dependiente de la estructura», entendiendo por ello que la operación tiene en cuenta no sólo la secuencia de elementos que constituyen la oración sino también su estructura; en este caso concreto, el hecho de que la secuencia *the dog in the corner* es una frase, más exactamente una frase nominal. Para el caso que venimos considerando, podríamos asimismo haber propuesto una «operación independiente de la estructura», a saber: tómese el caso más a la izquierda de *is* y muévaselo al frente de la oración. Es fácil de ver que la regla correcta es la operación dependiente-de-la-estructura. Así, por ejemplo, en la oración *the dog that is in the corner is hungry*, no aplicamos la operacíón-independiente-de-la-estructura propuesta, formando

la interrogación *is the dog that— in the corner is hungry?* ‘¿está el perro que — en la esquina está hambriento?’. Lo que hacemos es aplicar la operación dependiente-de-la-estructura, localizando primero la frase nominal sujeto *the dog that is in the corner* ‘el perro que está en la esquina’, invirtiendo luego el caso de is que la sigue, para formar *is the dog that is in the corner — hungry?* ‘¿está el perro que está en la esquina — hambriento?’[42].

Aunque el ejemplo es trivial, el resultado es sin embargo sorprendente, desde un determinado punto de vista. Adviértase que la operación dependiente-de-la-estructura no tiene ventaja alguna desde el punto de vista de la eficiencia comunicativa o de la «simplicidad». Si estuviéramos diseñando, digamos, un lenguaje para las manipulaciones formales de una computadora, preferiríamos sin duda operaciones independientes de la estructura. Éstas son mucho más fáciles de realizar, puesto que sólo hace falta escandir las palabras de la oración, sin prestar ninguna atención a las estructuras que éstas forman, estructuras que no están señalizadas físicamente de manera alguna en la oración. Los matemáticos han estudiado operaciones-independientes-de-la-estructura sobre cadenas (inversión, baraje [shuffling], etc.), pero a nadie se le ha ocurrido investigar la curiosa y compleja noción de «operación dependiente de la estructura», en el sentido pertinente. Adviértase además que tenemos muy pocos testimonios, en nuestra experiencia normal, de que la operación dependiente-de-la-estructura es la correcta. Es perfectamente posible para una persona no haber oído en toda su vida ningún ejemplo pertinente que decida a favor de uno de los dos principios. Sin embargo, no es aventurado predecir que un niño que no haya tenido nunca el menor testimonio de este tipo aplicará sin error la operación dependiente-de-la-estructura la primera vez que intente formar la interrogación correspondiente a *the dog that is in the corner is hungry*. Aunque los niños cometen errores de cierto tipo durante su aprendizaje de la lengua, estoy seguro de que ninguno comete el error de formar la interrogación *is the dog that in the corner is hungry?*, pese a los escasos testimonios que la experiencia proporciona y a la simplicidad de la regla independiente-de-la-estructura. Más aún, todas las operaciones formales conocidas de la gramática del inglés, o de cualquier otra lengua, son dependientes-de-la-estructura. Éste es, pues, un ejemplo muy simple de un principio invariante del lenguaje, lo

que cabría llamar un universal lingüístico formal o un principio de la gramática universal.

Dados tales hechos, es natural postular que la idea de operaciones dependientes-de-la-estructura forma parte del esquematismo innato aplicado por la mente a los datos de la experiencia. La idea es «innata a la mente» en el sentido en que Descartes argüía que «la idea de un verdadero triángulo» es innata: «porque ya poseemos en nuestro interior la idea de un verdadero triángulo y ésta puede ser concebida más fácilmente por nuestra mente que la figura más compleja del triángulo dibujado sobre el papel, nosotros, por ello, cuando vemos esta figura compuesta, no la aprehendemos como tal, sino que aprehendemos el auténtico triángulo[43]». Como queda dicho, contamos ya con ciertas vislumbres de comprensión de las estructuras neurofisiológicas que proporcionan estos esquemas para la interpretación de la experiencia en el caso de las figuras y los objetos, si bien la neurofisiología del lenguaje sigue siendo un misterio casi absoluto. Sin embargo, parece perfectamente razonable proponer que las desconocidas estructuras del cerebro que proporcionan conocimiento del lenguaje sobre la base de los limitados datos que nos son asequibles «poseen en su interior» la idea de operaciones dependientes-de-la-estructura.

Estudiando el lenguaje más cuidadosamente, encontramos muchos otros ejemplos de propiedades muy notables que resultan inexplicables sobre la base de sólo la experiencia. Para tomar otro caso muy simple, considérese la oración *I believe the dog to be hungry* ‘creo que el perro está hambriento’. Existe la pasiva correspondiente: *the dog is believed to be hungry*[44].[03] Podríamos proponer, como primera aproximación, que la pasiva se forma mediante la operación dependiente-de-la-estructura que localiza el verbo principal y la frase nominal que lo sigue, invierte su orden, y añade varias modificaciones que no nos interesan.

Considérese ahora la oración *I believe the dogs owner to be hungry* ‘creo que el dueño del perro está hambriento’. Aplicando la operación postulada, localizamos el verbo principal *believe* y la frase nominal *the dog* ‘el perro’ que la sigue, como antes, y formamos *the dog is believed’s owner to be hungry*. Es obvio que esto es incorrecto. Lo que tenemos que hacer es tomar, no la frase nominal *the dog*, sino la frase nominal de la que forma parte, *the*

dog's owner 'el dueño del perro', con lo que obtenemos *the dog's owner is believed to be hungry*. La instrucción para formar pasivas era ambigua; la ambigüedad es resuelta por el prevaleciente principio de que debemos aplicar la operación a la frase nominal más amplia que sigue inmediatamente al verbo. Una vez más, ésta es una propiedad bastante general de las operaciones formales de la sintaxis. Se han llevado a cabo investigaciones bastante intensivas de tales condiciones sobre las operaciones formales durante la pasada década, y aunque estamos lejos de una formulación definitiva, se ha averiguado algunas cosas interesantes. Parece bastante claro que estas condiciones tienen que formar parte también del esquematismo aplicado por la mente en el aprendizaje del lenguaje. Una vez más, las condiciones parecen ser invariantes, en la medida en que son entendidas en absoluto, y son pocos los datos asequibles al que aprende una lengua que muestran que son aplicables.

Una interesante propiedad de las operaciones formales del lenguaje es que, si bien son dependientes-de-la-estructura, son en cambio, en un importante sentido, independientes-de-la-significación. Compárese las oraciones *I believed your testimony* 'creí tu testimonio', *1 believed your testimony to be false* 'creí tu testimonio [ser] falso', y *I believed your testimony to have been given under duress*[45]. Las pasivas correspondientes son *your testimony was believed* 'tu testimonio fue creído', *your testimony was believed to be false* 'tu testimonio fue creído [cf. considerado] (ser) falso', y *your testimony was believed to hace been given under duress*. En todos los casos, la pasiva se forma mediante la regla descrita informalmente hace un momento. La regla no atiende para nada a las relaciones gramaticales y semánticas del verbo principal con la frase nominal que lo sigue[46]. Así, en *I believed your testimony*, la frase nominal es el objeto gramatical de *believe*. En *I believed your testimony to be false*, no guarda relación alguna con *believe* y es el sujeto de *be false*. En I *believed your testimony to have been given under duress*, no guarda relación alguna con *believe* y es el objeto gramatical del verbo incrustado *give*. Sin embargo, la regla se aplica ciegamente en todos los casos, sin tener en cuenta para nada esas diferencias[47]. Así, pues, en un importante sentido, las reglas son dependientes-de-la-estructura y sólo dependientes-de-la-estructura.

Técnicamente, se trata de reglas aplicables al encorchetamiento rotulado abstracto de las oraciones (abstracto en el sentido de que no está indicado físicamente), no a sistemas de relaciones gramaticales o semánticas[48]. Una vez más, no hay ninguna necesidad a priori de que esto sea cierto. Estas características del lenguaje, de ser ciertas, son hechos empíricos. Es razonable suponer que son «a priori» para el organismo, en el sentido de que definen, para él, lo que cuenta como lengua humana, y determinan el carácter general de su conocimiento adquirido del lenguaje. Pero es fácil imaginar sistemas de lenguaje que se apartarían de estos principios. Si nuestras hipótesis son correctas, estos sistemas serían imposibles de aprender de la manera normal para las criaturas humanas, aunque quizá podrían ser aprendidos como una especie de rompecabezas o de ejercicio intelectual.

Tal vez convenga señalar aquí que esta presentación es extremadamente desorientadora en el sentido de que he hablado de operaciones formales sobre oraciones. De hecho, el estudio cuidadoso del lenguaje muestra que estas operaciones son aplicables a las formas abstractas que subyacen a las oraciones, a estructuras que pueden estar muy alejadas de los sucesos físicos que constituyen el lenguaje hablado o escrito. (Como queda dicho, lo mismo vale en el caso de la estructura fonológica.) Estas estructuras y las operaciones que les son aplicables son postuladas como entidades mentales en nuestro esfuerzo por comprender lo que uno ha aprendido cuando ha llegado a saber una lengua humana y explicar cómo son formadas y entendidas las oraciones. Me gustaría subrayar que no hay nada extraño u oculto en esta posición, como no lo hay en la postulación de genes o electrones. Por simplicidad de la exposición, seguiré empleando la desorientadora noción de «operaciones sobre oraciones», pero conviene tener presente la extrasimplificación que supone.

La presentación es asimismo desorientadora en otro respecto. Las reglas en cuestión no son leyes de la naturaleza, ni, por supuesto, están legisladas o establecidas por ninguna autoridad. Si nuestra teorización es correcta, son reglas construidas por la mente en el curso de la adquisición del conocimiento. Pueden muy bien ser violadas y, de hecho, su violación puede ser a menudo un artificio literario muy efectivo. Para tomar un ejemplo particularmente simple: Rebecca West, criticando la concepción según la cual

el arte refleja la naturaleza, escribió: *A copy of the universe is not what is required of art; one of the damned thing is ample* ‘una copia del universo no es lo que se le pide al arte; con una de la maldita cosa basta’[49]. La expresión viola la regla gramatical que exige un nombre plural en frases como *one of the books is here* ‘uno de los libros está aquí’ o *one of the damn things is enough* ‘una de las malditas cosas es bastante’. No obstante, la expresión no podía venir mejor al caso. A menudo podemos explotar los recursos expresivos del lenguaje más cabalmente quebrantando sus principios. El «grado de desorden lógico o gramatical» es una de las dimensiones-de-la-ambigüedad postuladas por William Empson: la desviación respecto a la regularidad gramatical estricta es un medio de forzar al lector a «inventar una variedad de razones y a ordenarlas en su propia mente» tratando de determinar el significado de lo dicho —«el hecho esencial respecto al uso poético del lenguaje», sugiere Empson, pero asimismo una característica de su uso normal, por razones similares[50]. También esto debe ser tenido en cuenta cuando hablo, sin afán de precisión, de lo que se puede y no se puede decir, gramaticalmente.

Los ejemplos que he utilizado en lo que precede han sido examinados en publicaciones recientes[51]. Para elucidar más todo esto, me gustaría volver ahora la atención hacia un territorio aún inexplorado. Decía hace un momento que formamos la pasiva invirtiendo el verbo principal de una oración y la frase nominal que lo sigue. A veces, sin embargo, esta operación no está permitida. Considérese la oración *I believe the dog is hungry* ‘creo que el perro está hambriento’. No es posible formar *the dog is believed is hungry*, aunque de la oración *I believe the dog to be hungry* podemos formar *the dog is believed to be hungry*[52]. ¿Cómo podemos dar razón de esta diferencia? Pudiera ser, por supuesto, que se tratase simplemente de una idiosincrasia del inglés, aprendida por experiencia. Exploremos la posibilidad (más interesante) de que no sea así, y preguntémonos qué tipos de principios podrían dar razón de la diferencia.

Para empezar, nótese que las dos oraciones (*I believe the dog is hungry*, *I believe the dog to be hungry*) constan del sujeto *I* ‘yo’, el verbo principal *believe* ‘creer’, y una estructura incrustada que tiene la forma de una oración: *the dog is hungry* ‘el perro está hambriento’, *the dog to be hungry* ‘el perro

estar hambriento’. Distingamos dos tipos de oraciones incrustadas: oraciones con «tiempo» [tensed sentences] tales como *the dog is hungry* y oraciones sin «tiempo» tales como *the dog to be hungry*. Sólo el primer tipo, por supuesto, puede aparecer como una oración no incrustada. Como primera aproximación, propongamos el principio de que nada puede ser extraído de una oración con «tiempo[53]».

Otros ejemplos sugieren que este principio puede ser generalizado. Considérese la oración *the candidates each hated the other* ‘cada uno de los candidatos odiaba al otro/a los otros’. Una variante es *the candidates hated each other* ‘los candidatos se odiaban uno al otro/unos a los otros’. Hay argumentos persuasivos, que no reexaminaré aquí, según los cuales la última oración es formada a partir de la anterior mediante una regla que mueve la palabra *each* ‘cada’ sobre el verbo principal, reemplazando la palabra *the* de la frase objeto [complemento directo] *the other*. Considérese ahora la oración *the candidates each expected the other to win* ‘cada uno de los candidatos esperaba que ganase el otro’. Aplicando la regla, podemos formar *the candidates expected each other to win*. Considérese ahora la oración *the candidates each expected that the other would win* ‘cada uno de los candidatos esperaba que ganaría el otro’ o *the candidates each believed the other would win* ‘cada uno de los candidatos creía que ganaría el otro’. No podemos aplicar la regla, en ninguno de los dos casos, para formar *the candidates expected that each other would win* o *the candidates believed each other would win*[54]. Para dar razón de esta diferencia, generalicemos nuestro citado principio y propongamos que nada puede ser extraído de una oración-con-‘tiempo’-incrustada o introducido en ella. Más generalmente, propongamos que ninguna regla puede incluir la frase X y la frase Y, donde Y está contenida en una oración con «tiempo» a la derecha de X: i.e., ninguna regla puede incluir X e Y en la estructura […X…[…Y…]…], donde […Y…] es una oración con «tiempo».

Antes de investigar algunos ejemplos que en apariencia quebrantan este principio, consideremos algunos casos que sugieren todavía otra condición que relaciona las estructuras incrustadas y las frases fuera de ellas. Considérese la oración *John expected to win* ‘Juan esperaba ganar’. En general se ha dado por supuesto, en recientes estudios de gramática inglesa,

que esta oración deriva de una estructura subyacente que contiene una oración incrustada de la forma FRASE NOMINAL-*wim*, donde una regla asigna una relación anafórica, una relación de co-referencia en este caso, a la frase nominal y al sujeto de la oración entera. La frase nominal incrustada es delida luego. Así pues, si las relaciones gramaticales son asignadas antes de la deleción, resultará que se entenderá que *John* es el sujeto de *win* y al propio tiempo el sujeto de *expect* en *John expected to win*, como por supuesto ocurre. Hay razones sintácticas para este supuesto, que no reexaminaré. Aceptémoslo, pues, entendiendo que la frase nominal de la oración incrustada es un pronombre que es delido después de haber sido asignado una relación anafórica con su antecedente.

Considérese ahora la oración *the candidates each expected to defeat the other* 'cada uno de los candidatos esperaba derrotar al otro/a los otros'. Según nuestro supuesto, esta oración deriva de la forma subyacente *the candidates each expected* [PRONOMBRE-*to defeat the other]*, donde los corchetes encierran la oración-sin-'tiempo' incrustada. Según la regla de «movimiento de *each*», seguida de la deleción del pronombre, derivamos *the candidates expected to defeat each other* 'los candidatos esperaban derrotarse uno al otro/unos a los otros', en conformidad con los hechos.

Considérese ahora la oración *the men each expected the soldier to shoot the other* 'cada uno de los hombres esperaba que el soldado fusilase al otro/a los otros'. La regla de «movimiento de *each*» debiera de ser aplicable, como en el caso anterior, dando *the men expected the soldier to shoot each other* 'los hombres esperaban que el soldado fusilase uno al otro'. Evidentemente esto es incorrecto. Una condición impide en este caso mover *each* dentro de la oración-sin-'tiempo' incrustada.

El principio que salta a la vista en seguida es éste: Si la oración incrustada contiene un sujeto pleno, ninguna regla puede incluir un elemento X situado a la izquierda de esta oración y un elemento Y de su predicado. Más formalmente, ninguna regla puede incluir X e Y en la estructura…X…[Z… Y…], donde Z es el sujeto, léxicamente especificado, de…Y… Con menos precisión: Ninguna regla puede relacionar elementos separados por el sujeto de una frase incrustada. En apoyo de este principio cabe dar muchos otros ejemplos. Considérese la oración *the candidates each heard denunciations of*

the other ‘cada uno de los candidatos oyó denuncias del otro/de los otros’. El objeto gramatical de *heard* es la frase nominal compleja *denunciations of the other*. El principio de «movimiento de *each*» es aplicable, dando *the candidates heard denunciations of each other* ‘los candidatos oyeron denuncias uno del otro/unos de los otros’. Pero supóngase que la frase nominal compleja contiene un sujeto, como en *the candidates each heard Johns denunciations of the other* ‘cada uno de los candidatos oyó las denuncias que hizo Juan del otro/de los otros’, donde *John* es el sujeto de *denunciation*[55]. En este caso no podemos aplicar la regla de «movimiento de *each*» para obtener *the candidates heard Johns denunciations of each other* ‘cada uno de los candidatos oyó las denuncias que Juan hizo del otro/de los otros’. Esto, aunque por supuesto inteligible, es disonante al oído de un modo en que *the candidates heard denunciations of each other* no lo es. El principio sugerido explica la distinción. Nótese que en este caso el principio se aplica, no a una oración incrustada, sino a una Frase Nominal-compleja incrustada que tiene la forma de una oración. La misma distinción aparece en el par *the men saw pictures of each other* ‘cada uno de los hombres vio fotos del otro/de los otros’, *the men saw Johns pictures of each other* ‘cada uno de los hombres vio las fotos que Juan hizo del otro/de los otros’. Lo mismo cabe decir de muchos otros casos[56].

Estos ejemplos ilustran un caso del principio sugerido, a saber, que una restricción general impide la inserción de un elemento bajo las condiciones especificadas. De manera similar, la extracción de un elemento es impedida bajo las mismas condiciones. Considérese la oración *you saw pictures of someone* ‘tu viste fotos de alguien’. En inglés coloquial podemos formar la interrogación correspondiente *who did you see pictures of?* ‘¿de quién viste tú fotos?’ Pero la interrogación *who did you see Johns pictures of?* ‘¿de quién viste las fotos que Juan hizo?’ de *you saw Johns pictures of someone* ‘tú viste las fotos que hizo Juan de alguien’ es mucho menos natural, por razón del principio citado. Una vez más, hay casos similares con otras construcciones.

Considérese una regla de tipo muy diferente. Se ha observado que oraciones tales como *I saw us* ‘yo nos vi’ o *toe saw me* ‘nosotros me vimos’ tienen algo extraño, comparadas con *they saw us* ‘ellos/ellas nos vieron’ o *I saw them* ‘yo los/las vi’. Supóngase, pues, que una regla de interpretación

asigna la propiedad «extrañeza» a una oración de la forma FRASE NOMINAL-VERBO-FRASE NOMINAL-X, donde las dos frases nominales se interseccionan en referencia[57]. Éste es, sin duda, un caso especial de un principio-de-interpretación más general que nos lleva a asignar una diferencia de referencia a las frases nominales bajo una variedad de condiciones formales. De manera que si digo *the soldiers detested the officers* 'los soldados detestaban a los oficiales', se entendería naturalmente que me refiero a un conjunto de soldados disyunto del conjunto de oficiales, aunque no hay nada absurdo en considerar que los dos conjuntos se interseccionan—e.g., si los soldados odiaban a los oficiales que había entre ellos, quizás incluso a sí mismos. En el caso de los pronombres de primera persona, es imposible asignar referencia disyunta; de ahí la extrañeza de las oraciones.

Pero considérese ahora las dos oraciones *1 expected them to hate us* '*yo* esperaba que ellos/ellas nos odiasen' y *I expected us to hate them* '*yo* esperaba que nosotros/nosotras los/las odiásemos'. Es claro que la segunda oración (pero no la primera) tiene la propiedad de extrañeza de *I saw us*. El principio en cuestión explica la diferencia. La regla de interpretación no se aplica, asignando extrañeza, cuando los dos pronombres personales *I* y *us* están separados por el sujeto de la oración incrustada.

Finalmente, volvamos la atención hacia un ejemplo algo más complejo. Considérese la oración *I didn't see many of the pictures* 'yo no vi muchas de las fotos'. En el uso coloquial, esta oración sería normalmente interpretada en el sentido de *I saw few of the pictures* '*yo* vi pocas de las fotos', i. e. no muchas de las fotos son tales que yo las vi. Hay una interpretación secundaria, a saber, muchas de las fotos son tales que yo no las vi. Bajo esta interpretación, yo podría decir verazmente *I didn't see many of the pictures* si había cien fotos y yo había visto sólo cincuenta. Es decir, yo no vi cincuenta, pero vi las otras cincuenta. Bajo la primera interpretación, a mi modo de ver más normal, yo no podría decir verazmente *I didn't see many of the pictures* bajo estas condiciones, aunque podría decirlo verazmente si había visto sólo tres de las cien fotos.

Considérese ahora la oración *I didn't see pictures of many of the children* 'yo no vi fotos de muchos de los niños'. Una vez más, hay dos interpretaciones. Bajo la que llamo interpretación 'normal' significa que yo vi

fotos de pocos de los niños. Bajo la interpretación secundaria significa *pictures of many of the children are such that I didn't see them* 'fotos de muchos de los niños son tales que yo no las vi' (aunque quizá también yo vi realmente fotos de muchos de los niños).

La interpretación «normal» en ambos casos asocia *not* con *many* 'muchas'. La interpretación secundaria asocia *not* con el verbo principal *see* 'ver'[58].

Considérese ahora la oración *I didn't see Johns pictures of many of the children* 'yo no vi las fotos de Juan de muchos de los niños'. Aquí, en mi opinión, la interpretación «normal» es excluida. La oración no puede ser interpretada, sin extrema artificialidad, en el sentido de *I saw Johns pictures of (only) few of the children* 'yo vi las fotos de Juan de (sólo) pocos de los niños'. Para los hablantes que encuentran la interpretación secundaria inaceptable en los casos anteriores, no existirá ninguna interpretación natural de esta oración. En mi opinión, otros hablantes la interpretarán naturalmente sólo en el sentido de *Johns pictures of many of the children are such that I didn't see them* 'las fotos de Juan de muchos de los niños son tales que yo no las vi' (aunque quizá yo vi realmente fotos de muchos de los niños). Aunque los ejemplos son un tanto sutiles, creo que esta presentación de los hechos es correcta. En tal caso, nótese que se sigue del principio en cuestión. La asociación de *not* con *many* es impedida por el principio de que los elementos no pueden ser relacionados cuando están separados por el sujeto de una oración incrustada.

Nótese algunas interesantes propiedades de los principios en cuestión. En primer lugar, son extraordinariamente generales, siendo aplicables tanto a las operaciones formales que modifican la forma de las oraciones como a las reglas de interpretación de las oraciones. En segundo lugar, no parecen tener ninguna motivación obvia con base en consideraciones semánticas u otras consideraciones relativas a la utilidad comunicativa. Parejamente, la violación de los principios a menudo da formas inteligibles si bien un tanto disonantes. Estas características son típicas de muchas de las condiciones generales que han sido propuestas provisionalmente como universales lingüísticos, invariantes formales del lenguaje.

Volvamos la atención por un momento a algunas de las violaciones

aparentes de los principios. Considérese la oración *did. you tell me that Bill was there?* ‘¿me dijiste que Guillermo estaba allí?’ Similarmente, podemos formar la interrogación *where did you tell me that Bill was?* ‘¿dónde me dijiste que estaba Guillermo?’ Esta operación viola las dos condiciones que he propuesto. La palabra interrogante *where* ‘dónde’ es extraída de la oración-con-‘tiempo’-incrustada *Bill was there* y además es movida sobre el sujeto de esta oración. ¿Cómo podemos dar razón de estas violaciones, de la diferencia entre esta operación y las otras que hemos examinado?

Hay testimonios convincentes de que la forma subyacente de las oraciones consta no simplemente de un sujeto y un predicado, sino de la estructura COMPLEMENTANTE - SUJETO - PREDICADO, donde el complementante puede ser nulo en el educto [output], pero puede ser asimismo realizado como *that* ‘que’, *for*, o una palabra interrogante, e. gr. that the dog was HUNGBY *surprised me* ‘que el perro estuviese hambriento me sorprendió’, for the dog τo be hungry *is odd* ‘que el perro esté hambriento es extraño’, what the dog ate *is unknown* ‘lo que el perro comió no se sabe’[59]. Propongamos que para formar interrogaciones las palabras interrogantes son movidas a la posición del complementante. Modifiquemos ahora nuestros principios en el sentido de permitir-escapar-a-un-elemento de-una-oración-con-‘tiempo’ si (y sólo si) está en la posición del complementante. Invocaré también aquí otro principio bien confirmado, a saber, que las operaciones se aplican de manera cíclica, primero a las estructuras incrustadas más profundamente, luego a las estructuras que las contienen, y así sucesivamente.

Reconsidérese ahora la oración que nos plantea el problema, *where did you tell me that Bill was?* La estructura subyacente es COMPLEMENTANTE */you tell me* [COMPLEMENTANTE /*Bill/was somewhere*]. En el primer ciclo, formamos *where* a partir de *somewhere* ‘en alguna parte’ y movemos la palabra interrogante a la posición del complementante incrustado, sin violar ningún principio. Esto da COMPLEMENTANTE */you tell me [where Bill was]*. En el segundo ciclo, reaplicamos la regla, moviendo *where* a la posición del complementante de la oración principal, lo cual es permitido ahora por la modificación de los principios. Esto da *where did you tell me (that) Bill was*[60]*?* De acuerdo con

propiedades semánticas del verbo principal, la regla se puede aplicar o no en el segundo ciclo. Si no se aplica, derivamos oraciones como *I wonder where Bill was* ‘me pregunto dónde estaba Guillermo’.

Estas propuestas tienen varias consecuencias empíricas. No seguiré el razonamiento en detalle, pero el lector puede determinar por sí mismo que impiden oraciones tales como *where do you wonder whom Bill saw?* de la forma abstracta *you wonder [Bill saw someone somewhere]* ‘tú te preguntas [si] Guillermo vio a alguien en alguna parte’. Las mismas consideraciones impiden *whom, do you wonder whether Bill saw o what does Bill know how we do?* si bien permitirán *whom do you think (that) Bill saw?* ‘¿a quién crees que vio Guillermo?’ o *what does Bill know how to do?* ‘¿qué sabe Guillermo [cómo] hacer?’, por ejemplo. Estos principios predicen que será posible que un elemento escape de una oración incrustada, en aparente violación de los principios, sólo en caso de que, por razones independientes, haya una regla que mueva ese elemento a la posición-del-complementante de la oración. De manera que las palabras interrogantes pueden escapar, pero no hay escape posible de la frase nominal compleja *Johns picture of Bill* ‘la foto-de-Juan de Guillermo’, ya que las frases nominales no contienen ningún complementante (por tanto *whom did you see Johns picture of?* no es posible). Similarmente, no hay escape posible si se trata de aplicar la regla de pasivización a *I believe John was here* ‘creo que Juan estaba aquí’ (lo cual impide *John is believed is here)*, ya que no hay una regla independiente que mueva el sujeto de la oración incrustada a la posición del complementante.

Limitaciones de espacio imposibilitan proseguir esta discusión, pero no es difícil mostrar que si estos principios son formulados cuidadosamente, dan razón también de muchas otras distinciones bien conocidas: por ejemplo, la distinción entre *whom do you believe that John saw?* ‘¿a quién crees que vio Juan?’ (de *you believe that John saw someone* ‘tú crees que Juan vio a alguien’) y la interrogación imposible *whom do you believe the claim that John saw?* (de *you believe the claim that John saw someone* ‘tú crees la aserción de que Juan vio a alguien’). El resultado se sigue de una definición cuidadosa del principio de aplicación cíclica: la regla que forma interrogaciones se aplica a estructuras adyacentes, o sea una estructura y otra en que la primera está incrustada directamente. Varias otras consecuencias

interesantes se siguen de ello, si nos adentramos en la materia.

El punto capital que quiero mostrar, en esta discusión breve e informal, es que hay, a lo que parece, principios hondamente arraigados y muy abstractos, de naturaleza muy general, que determinan la forma e interpretación de las oraciones. Es razonable formular la hipótesis empírica de que tales principios son universales del lenguaje. Probablemente esta hipótesis tendrá que ser cualificada a medida que avanza la investigación sobre las diversas lenguas. En la medida en que tales hipótesis son sostenibles, es plausible atribuir las invariantes del lenguaje propuestas a la innata facultad de lenguaje que es, a su vez, un componente de la estructura de la mente. Insisto en que estas son hipótesis empíricas. Alternativas son concebibles. Por ejemplo, cabría argüir que los niños son adiestrados específicamente a seguir estos principios, o, más plausiblemente, que estos principios son casos especiales de principios de la mente más generales. Como queda dicho, es imposible evaluar tales sugerencias mientras no se les da una formulación razonable.

A lo largo de estas páginas he insistido en que, en los casos examinados, no parece haber explicación general en términos de eficiencia comunicativa o «simplicidad» para los fenómenos observados. En otras palabras, no parece haber «explicación funcional» alguna para las observaciones en cuestión. En algunos casos los principios pueden servir para reducir la ambigüedad, pero a lo sumo marginalmente. Fácilmente se puede imaginar sistemas de comunicación o expresión del pensamiento que tienen operaciones independientes-de-la-estructura, operaciones sobre redes de relaciones semánticas, operaciones que violan los principios formales sugeridos, o condiciones que eliminen la posibilidad de ambigüedades como las que encontramos usualmente en las lenguas naturales (e.g. considérese *she is too old-fashioned to marry* ‘ella es demasiado chapada a la antigua para casar(se)’, donde *she* ‘ella’ puede ser interpretado como sujeto o como objeto de *marry* ‘casar(se)’; es fácil de imaginar condiciones que eliminen tales ambigüedades, pero tales condiciones no operan, en lo que se nos alcanza, en las lenguas naturales). No hay razón alguna, a mi modo de ver, por la que una lengua usada para los fines de una lengua natural no pudiese apartarse de los principios formales examinados y propuestos aquí. Este hecho, si en realidad se trata de un hecho, es importante. Una concepción tradicional sostiene que

el lenguaje es «un espejo de la mente». Esto es verdad, en un sentido interesante, en la medida en que las propiedades del lenguaje son «específicas de la especie» —y no explicables por razones generales de utilidad funcional o simplicidad que serían aplicables a sistemas arbitrarios que sirviesen para los fines del lenguaje. Donde las propiedades del lenguaje pueden ser explicadas por tales razones «funcionales», no proporcionan ningún esclarecimiento revelador respecto a la naturaleza de la mente. Precisamente porque las explicaciones propuestas aquí son «explicaciones formales», precisamente porque los principios propuestos no son propiedades esenciales o incluso naturales de ninguna [hipotética] lengua imaginable, proporcionan un revelador espejo de la mente (si son correctos). Tales principios, podemos especular, son a priori para la especie —proporcionan el encuadre para la interpretación de la experiencia y la construcción de formas del conocimiento específicas sobre la base de la experiencia— pero no son propiedades necesarias, ni siquiera naturales, de todos los sistemas imaginables que podrían desempeñar las funciones del lenguaje humano. Es precisamente por esto por lo que estos principios son de interés para el estudio de la naturaleza de la mente humana.

En contraste con esto, considérese el hecho de que no es probable que las oraciones excedan una cierta longitud. No hay dificultad alguna en sugerir una «explicación funcional» para este hecho; precisamente por esta razón, no tiene interés alguno para el estudio de la mente. Es del todo legítimo, evidentemente, prescindir de esta propiedad del uso del lenguaje en nuestro esfuerzo por entender la naturaleza del lenguaje humano. O considérese la observación conocida como «ley de Zipf[61]», a saber: si las palabras de un texto de cierta extensión son jerarquizadas en el orden de su frecuencia, descubrimos que la frecuencia es expresable como una función de jerarquía según una «ley» fija (con unos pocos parámetros), que no tengo por qué detallar aquí. Como Benoit Mandelbrot probó, otro tanto cabe decir de textos producidos mediante una vasta gama de procesos imaginables. Específicamente, si tenemos una fuente [source] finita que produce símbolos en secuencia (bajo una amplia gama de condiciones estadísticas) y designamos uno de estos símbolos «espacio», definiendo las «palabras» como la secuencia de símbolos entre casos sucesivos de «espacios», estas

«palabras» satisfarán la ley de Zipf en su distribución respecto a la jerarquía y a la frecuencia. Si, por ejemplo, tomamos un texto inglés y tomamos la letra *e* como espacio, definiendo las «palabras» como secuencias limitadas por casos sucesivos de la letra *e*, estas palabras satisfarán la ley de Zipf. De manera que el hecho de que las palabras reales se aproximen a esta distribución predicha no tiene virtualmente interés alguno. Es un hecho que puede ser explicado por razones muy generales, en términos de supuestos que difícilmente podrían dejar de ser verdaderos. O considérese un tercer caso. Se ha observado que los oyentes tienen gran dificultad en interpretar oraciones en las que una cláusula de relativo está completamente incrustada en otra cláusula de relativo: por ejemplo, la oración *the book that the man read is interesting* 'el libro que el hombre leyó es interesante' es fácilmente interpretable, pero la oración *the book that the man the girl married read is interesting* 'el libro que el hombre con el que la chica se casó leyó es interesante' lo es mucho menos. Esta observación es fácil de explicar sobre el supuesto de que al procesar [processing] una oración, el oyente aplica un «procedimiento de análisis-de-las-cláusulas-de-relativo», y de que es difícil acudir a un procedimiento analítico en el curso de la aplicación de aquel procedimiento mismo (volviendo una vez más a la aplicación original después de haber completado la aplicación interna). Éste es un principio natural para una amplia gama de sistemas procesantes [processing] temporales, y en tanto da razón de la dificultad de interpretar las llamadas construcciones autoincrustadas [self-embedded], el resultado es de poco interés. No quiero ir demasiado lejos en este punto, o sugerir que hay una linde precisa entre dos tipos de explicación y principio, pero en general creo que es correcto decir que las «explicaciones formales» basadas en propiedades del lenguaje que no son en modo alguno esenciales o incluso naturales para sistemas arbitrarios con las funciones del lenguaje natural son particularmente significativas para el estudio del lenguaje como espejo de la mente. Es muy sorprendente que a pesar de esfuerzos considerables, pocos ejemplos plausibles de «explicaciones funcionales» de fenómenos lingüísticos generales han sido sugeridos; y cuando han sido propuestos plausiblemente, parece que no son expresables en el encuadre de la gramática formal —conclusión que refuerza la creencia de que los principios de la

gramática formal expresan, en efecto, las propiedades de un componente básico de la mente humana, no directamente observado, por supuesto, pero sujeto a investigación bajo una idealización que es del todo legítima.

Esta discusión toca apenas unas pocas de las áreas en las que invariantes lingüísticos han sido identificados provisionalmente, pero creo que muy plausiblemente. Un paso ulterior natural sería investigar los principios del uso del lenguaje. También aquí han sido exploradas algunas ideas interesantes. No veo razón alguna por la que otros dominios de la inteligencia humana no pudieran ser susceptibles de una investigación similar. Quizá de esta manera podamos caracterizar la estructura de diferentes sistemas de actuación [performance] e interacción. En la medida en que tales esfuerzos resultan logrados, es posible plantear de modo serio el problema central de lo que cabría razonablemente llamar «teoría del aprender» [learning theory], a saber, la pregunta de Russell «¿cómo es posible que los seres humanos, cuyos contactos con el mundo son breves y personales y limitados, sean sin embargo capaces de llegar a saber tanto como en realidad saben?». Creo que el estudio de la psicología humana ha sido desviado hacia canales laterales por la renuncia a plantear el problema de cómo la experiencia es relacionada con el conocimiento y la creencia, problema que naturalmente presupone una investigación lógicamente (aunque no por fuerza temporalmente) previa de la estructura de los sistemas de conocimiento y creencia. Por mucho éxito que se tenga en el estudio de conexiones entre el estímulo y la respuesta, estructuras del hábito, y demás, siempre dejará sin tocar estas cuestiones centrales. Los sistemas de conocimiento y creencia que subyacen la conducta humana normal simplemente no pueden ser descritos en términos de redes de asociación, texturas de disposiciones a responder, estructuras del hábito, etc. Por lo menos esto parece ser verdad en el caso del lenguaje y otros ejemplos conocidos de «procesos cognoscitivos» humanos.

En lo que respecta a la especificidad de la facultad del lenguaje, poco hay que decir, por el momento. No se conoce nada que tenga demasiada similaridad con los principios descubiertos en el curso del estudio del lenguaje —por ejemplo, los que he mencionado. Quizás esto signifique que el esquematismo innato que el niño aplica en el aprendizaje del lenguaje es único y privativo del lenguaje. Si es así, el neurólogo confronta el problema

de descubrir los mecanismos que determinan este esquematismo, y el biólogo el problema de explicar cómo se desarrollaron esos mecanismos en el curso de la evolución humana. Si, por el contrario, descubrimos que otras aptitudes [skills] y competencias [competences] afectan a los mismos esquemas o a esquemas relacionados, el resultado es asimismo interesante, e igualmente provocativo [and poses the same challenges]. Muchos consideran la primera conclusion más implausible. Es difícil ver las razones que apoyan este juicio. Considérese un hombre de ciencia marciano haciendo investigaciones sobre los humanos que observó que un cierto individuo conoce a la vez el inglés y la física moderna. Desde su punto de vista, habría poco motivo para esperar, por razones generales, que el aprendizaje de la física era un logro intelectual de un Orden incomparablemente más alto y que requirió generaciones y generaciones de genio, mientras que el niño normal descubre sin dificultad la estructura del inglés. Observando esto, concluiría que un sistema se ajusta a la mente humana de manera muy distinta a la del otro. ¿Y qué decir del sistema de creencias respecto a la estructura de la personalidad, el mundo social, la acción y motivos humanos, el comportamiento de los objetos físicos? Es cuestión enteramente pendiente la de si estos sistemas son construidos sobre la base de esquemas innatos distintos o si hay más elevadas características de la mente que integran y subyacen estos sistemas.

Principios intrínsecos de organización mental permiten la construcción de ricos sistemas de conocimiento y creencia sobre la base de testimonios dispersos. Tales principios, que constituyen una parte esencial de la naturaleza humana, determinan asimismo qué sistemas serán más accesibles a la mente inquiriente, y pueden, ciertamente, imponer límites absolutos sobre lo que puede ser conocido. Un transcendentalista norteamericano especuló que «fue designio de la Providencia que la mente infantil poseyera el germen de todas las ciencias. Si esto no fuera así, difícilmente podrían ser aprendidas[62]». Charles Sanders Peirce arguyó que «la mente del hombre tiene una adaptación natural a imaginar teorías correctas de ciertos tipos… Si el hombre no hubiera tenido el don… de una mente adaptada a estos requisitos…, no podría haber adquirido conocimiento alguno[63]». Los límites del conocimiento humano, propuso Peirce, son determinados por las reglas que limitan las hipótesis admisibles, que pueden muy bien ser muy

restrictivas. Ésta es una idea perfectamente inteligible.

La imagen de una mente, inicialmente irrestricta, que explora libremente en direcciones arbitrarias, sugiere a primera vista una concepción más rica y esperanzadora de la libertad y creatividad humanas, pero creo que esta conclusión es errónea. Tuvo razón Russell al titular su estudio *El conocimiento humano: Su alcance y límites*. Los principios de la mente proporcionan tanto el alcance como los límites de la creatividad humana. Sin tales principios, el entendimiento científico y los actos creativos no serían posibles. Si todas las hipótesis estuviesen inicialmente a la par, no sería posible lograr conocimiento científico alguno, ya que no habría manera de elegir entre la vasta gama de teorías compatibles con nuestros limitados testimonios y, por hipótesis, igualmente accesibles a la mente. El que abandona todas las formas, todas las condiciones y restricciones, y simplemente actúa de manera azarosa y totalmente desaforada ciertamente no está en el trance de la creación artística, cualquiera que sea lo que está haciendo. «El espíritu de la poesía, como todos los poderes vivientes, debe de necesidad circunscribirse a sí mismo mediante reglas», escribió Coleridge, quizá «bajo leyes de su propia originación» [of its own origination]. Si, como Russell lo expresó con frecuencia, la «verdadera vida» del hombre consiste «en el arte y el pensamiento y el amor, en la creación y contemplación de la belleza y en el entendimiento científico del mundo[64]», si ésta es «la verdadera gloria del hombre», entonces son los principios intrínsecos de la mente los que deben ser objeto de nuestro pasmo y, si es posible, de nuestra investigación. Al investigar algunos de los más usuales logros deja inteligencia humana —el uso ordinario del lenguaje, por ejemplo— nos llama la atención en seguida su carácter creativo, el carácter de creación libre dentro de un sistema de regularidad. Russell escribió que «la concepción humanística ve el niño como un jardinero ve un tierno arbolillo, a saber, como algo con una cierta naturaleza intrínseca, que se convertirá en una forma admirable, con tal que se le dé un terreno apropiado y aire y luz[65]». Creo que es justo decir que es la concepción humanística del hombre la que se perfila y cobra sustancia a medida que descubrimos los ricos sistemas de invariantes estructuras y principios que subyacen el más ordinario y humilde de los logros humanos.

II. ACERCA DE LA TRANSFORMACIÓN DEL MUNDO[66]

Al término de mi primera conferencia citaba la observación de Bertrand Russell según la cual «la concepción humanística ve el niño como un jardinero ve un tierno arbolillo, a saber, como algo con una cierta naturaleza intrínseca, que se convertirá en una forma admirable, con tal que se le dé un terreno apropiado y aire y luz». En alguna otra parte desarrolló esta imagen, señalando que «el terreno y la libertad requeridos para el crecimiento de un hombre son incomparablemente más difíciles de descubrir y obtener… Y el crecimiento total que cabe esperar no puede ser definido ni demostrado; es sutil y complejo, y sólo puede ser captado por una intuición delicada y vagamente aprehendido por la imaginación y el respeto[67]».

Igual que otros muchos que han intentado desarrollar una concepción humanística del hombre, con el debido respeto por la naturaleza intrínseca del hombre y por la forma admirable a la que puede dar lugar, Russell se inclinaba hacia los conceptos libertarios de la educación y de la organización social. La educación, según él subrayaba, «no debería apuntar a una toma de conciencia pasiva de hechos muertos, sino a una actividad orientada hacia el mundo que nuestros esfuerzos están llamados a crear». Debería estar guiada por el «espíritu de reverencia» hacia «algo sagrado, indefinible, ilimitado, algo individual e insólitamente lleno de gran valor, el principio ascensional de la vida, fragmento materializado del mudo ímpetu de las cosas del mundo». Su meta debería ser la de «explicitar y fortalecer… todo impulso creativo que pueda poseer un hombre». Nuestra actitud hacia las instituciones sociales debiera obedecer al mismo espíritu. «En el mundo moderno el principio de crecimiento, para la mayoría de los hombres y mujeres, es obstaculizado por instituciones heredadas de una época más primitiva.» La reconstrucción radical de la sociedad ha de buscar caminos para liberar el

impulso creativo y no para establecer nuevas formas de autoridad.

Estoy seguro de que Russell se habría mostrado de acuerdo con Wilhelm von Humboldt en que «investigar y crear son los puntos centrales en torno a los cuales giran más o menos directamente todas las aspiraciones humanas»:

> … la cultura moral surge toda ella única e inmediatamente de la vida interna del alma, y sólo puede ser estimulada en la naturaleza humana, y jamás producida mediante coerciones externas y artificiales… Lo que no brota de la elección libre de un hombre o es sólo el resultado de la instrucción y el ejemplo, no se incorpora a su mismo ser, sino que sigue ajeno a su verdadera naturaleza; no lo ejecuta con energías verdaderamente humanas, sino sólo con exactitud mecánica[68].

Considerando la naturaleza humana bajo esta luz, se puede avanzar hasta la concepción de formas sociales que fomenten las acciones verdaderamente humanas que brotan de los impulsos interiores. Entonces

> todos los campesinos y artesanos podrían ser elevados a la categoría de artistas; es decir, de hombres que aman su trabajo por sí mismo, que lo mejoran en virtud de su mero genio plástico y de su habilidad inventiva y que, por consiguiente, ennoblecen su carácter y exaltan y depuran sus placeres. Y así la humanidad se vería ennoblecida por las mismas cosas que ahora, aunque sean en sí mismas hermosas, sirven tantas veces para degradarla[69].

En este mismo espíritu, Piotr Kropotkin, expresando ideas a las que Russell frecuentemente se refirió, escribió que

> lo repulsivo para la naturaleza humana es el exceso de trabajo, no el trabajo. El exceso de trabajo para proporcionar lujo a unos pocos, no el trabajo para el bienestar de todos. El trabajo es una necesidad fisiológica, la necesidad de gastar la energía corporal acumulada, necesidad que es la salud y la vida misma[70].

Desarrollando esta idea, Russell añade que «si los hombres trabajaran por incitación en lugar de hacerlo por obligación, el interés obvio de la comunidad estribaría en hacer placentero el trabajo», y las instituciones sociales se ordenarían a este fin. Quien conciba la «naturaleza de la especie» humana como «libre actividad consciente» y «vida productiva», para decirlo con palabras del Marx, joven, tratará también de crear la forma superior de sociedad que Marx preveía, en la cual «el trabajo no es sólo un medio de vida, sino también la más alta necesidad de la vida». Russell cita aprobándolo un panfleto de la National Guilds League que reconoce que «existe una mojigatería medievalizante, una mojigatería de 'la alegría en el trabajo'», pero declara no obstante que «quizá sería mejor arriesgarse a tal mojigatería» que aceptar una filosofía que hace «del trabajo una actividad puramente comercial, una realidad desalmada y triste».

Juntamente con Humboldt y otros partidarios posteriores de las ideas libertarias relativas a la naturaleza humana y la organización social que proporcione el suelo nutricio y la libertad para un crecimiento libre y saludable, Russell se oponía a la intervención en la vida diaria de toda autoridad exterior, como el estado, que tiende a «convertir al hombre en instrumento para sus fines arbitrarios, dejando a un lado los propósitos individuales de éste[71]». Pero Russell, que iba más allá del pensamiento libertario del período preindustrial, sabía que el estado no es en modo alguno el único enemigo de la libertad.

La oposición de Russell a las prácticas coercitivas en educación estaba ligada a su deseo de una reconstrucción radical de la sociedad, «de una supresión de todas las fuentes de opresión, una liberación de todas las energías constructivas del hombre y una manera totalmente nueva de concebir y regular la producción y las relaciones económicas». Confiaba, con un optimismo básico, en que la educación podría superar la ignorancia, que «garantiza el apoyo popular hacia lo malo». Al concluir su alocución con motivo de la concesión del premio Nobel en 1950, dijo:

> … lo principal que se necesita para hacer feliz el mundo es inteligencia. Y ésta es, al fin y al cabo, una conclusión optimista, porque la inteligencia es algo que puede fomentarse por conocidos

métodos de educación[72].

Estas palabras reiteraban una fe alimentada a lo largo de toda una vida. Treinta años antes había escrito:

> En medio de los mitos e histerias de odios contrapuestos, es difícil hacer que la verdad alcance a la gran masa de la gente, o generalizar el hábito de formar las opiniones en base a pruebas más que en base a pasiones. Y sin embargo las esperanzas del mundo han de fundarse, en última instancia, en esto y no en panaceas políticas.

La civilización industrial lleva a la concentración de poder y a la mengua de la libertad individual, pero al mismo tiempo libera al hombre de las peores formas de la servidumbre, y de la carga del trabajo embrutecedor, haciendo que sea posible imaginar un mundo de hombres libres que lleven a término la «liberación del impulso creativo» que es el fin propio de la reconstrucción social. Al elevar los niveles de bienestar y al aumentar el acceso a la información, crea condiciones favorables para una impugnación radical de «los viejos límites de la autoridad».

> … los hombres ya no siguen sometiéndose sólo porque sus antepasados lo hicieron antes que ellos; se exige una razón para abstenerse de reclamar los derechos propios, y las razones que se dan son razones falsas, que sólo convencen a los que tienen un interés egoísta en ser convencidos. Esta condición de la rebelión se da en la mujer frente al hombre, en las naciones oprimidas frente a sus opresores y, sobre todo, en el trabajo frente al capital. Es una situación repleta de peligros, como lo muestra toda la historia pasada, pero también llena de esperanza, con tal que la rebelión de los oprimidos desemboque en una victoria sin necesidad de recurrir a una lucha demasiado terrible, y que su victoria dé lugar al establecimiento de un orden social estable.

En 1923 Russell predijo que los imperativos de la sociedad industrial

pueden imponer una forma de socialismo de estado en todos los grandes estados. El curso mismo de la evolución social puede llevar al trabajador a comprender que él puede asumir el control de las instituciones de la sociedad moderna y «depender sólo de la comunidad de trabajadores y no de la voluntad arbitraria de una capa especial de seres privilegiados, los capitalistas», o de la «casta oficial» de una burocracia de estado socialista. Lo que Russell consideraba necesario era un esfuerzo extensivo de persuasión y educación: «es en los Estados Unidos, como nación capitalista rectora, donde esta propaganda razonada de la idea socialista es más necesaria».

Russell creía que «el socialismo, como todo lo que es vital, es más una tendencia que un cuerpo de doctrina estrictamente definible». Por esta razón, debiera sufrir una constante transformación a medida que la sociedad evoluciona. Además, se realizará, si se realiza algún día, por pasos graduales. El socialismo presupone las estructuras institucionales de una sociedad industrial avanzada, en el que el sentimiento democrático sea ya firme y generalizado. Las reformas deberían orientarse hacia el establecimiento de una «democracia federal industrial», en la que el poder centralizado del estado estuviera supeditado a unidades autogobernadas más pequeñas, en parte territoriales, en parte industriales, junto con otras formas de asociación. Russell veía en el movimiento en pro del control obrero en la industria el mejor medio para avanzar hacia el comunismo. Si se prepara el terreno mediante una educación técnica y administrativa generalizada, el autogobierno en la industria preservará y extenderá la democracia, evitando un colapso técnico de la producción. Preparándonos para este tiempo, «si tenemos valor y paciencia, podremos concebir los pensamientos y abrigar las esperanzas que tarde o temprano inspirarán a los seres humanos».

Para implantar con éxito el comunismo, «los hombres han de ser movidos hacia tal intento por la esperanza y no por la desesperación». Han de estar convencidos de que es preciso superar los impulsos irracionales del nacionalismo y la fe ciega en la mitología del capitalismo y otras formas autoritarias. Deben abandonar «la fe en la importancia de la producción» en sí misma, una «manía» que «supone irracionalidad fanática y crueldad», que está destruyendo los recursos de la tierra «con una prodigalidad irresponsable que supone la certeza casi indudable de penalidades para las generaciones

futuras» y que ha hecho que el espíritu de los hombres no tenga interés en la consecución del bien que podría derivarse del «crecimiento de la ciencia y el arte, del aumento de la difusión del conocimiento y del cultivo del espíritu, de un mayor ocio para los trabajadores y una mayor capacidad para placeres inteligentes». Si los hombres pueden convencerse del valor propio del autogobierno y de la vida creativa, podrán avanzar hacia una sociedad más humana sin la violencia revolucionaria que «en una democracia es infinitamente peligrosa» y puede destruir el tejido delicado de la vida civilizada.

El anarquismo es «el ideal final al que la sociedad debería aproximarse». Para la época presente, Russell consideraba como perspectiva razonable para las sociedades industriales avanzadas alguna variante de socialismo sindicalista, con control obrero de la industria, un parlamento democrático representativo de la comunidad, algunas formas restringidas de gestión estatal, una garantía para todos de que sean satisfechas las necesidades materiales de una existencia decente y «la organización de los ciudadanos que tengan intereses especiales en grupos decididos a defender su autonomía en sus asuntos internos, dispuestos a resistir a las intromisiones por la huelga si es preciso y suficientemente poderosos (ya sea por sí mismos o por su posibilidad de apelar a la simpatía pública) para poder resistir con éxito a las fuerzas organizadas del gobierno cuando su causa sea justa a los ojos de muchos».

Estas ideas contrastan fuertemente con una opinión bastante generalizada según la cual «todos los ideales socialdemocráticos se refieren fundamentalmente a la manera de distribuir nuestra riqueza y de asignar nuestros recursos: el socialismo gira en torno a esto[73]». Para Russell aquello en torno a lo cual gira el socialismo es la liberación del impulso creativo y la reconstrucción de la sociedad con vistas a este fin. La riqueza podría ser distribuida equitativamente en una cárcel, y los recursos asignados racionalmente por una dictadura o una oligarquía. Los ideales socialdemocráticos tienen que ver con la libertad, y como dijo R. H. Tawney durante la primera guerra mundial:

> la libertad, para ser completa, debe incluir no sólo la ausencia de

> represión sino también la oportunidad de la autoorganización. Debe reconocer el derecho a asociarse con otros para la instauración de una organización social dotada de una consciencia y de una vida colectiva propias. La libertad económica, en suma, ha de desarrollarse mediante las aplicaciones de las instituciones representativas a la industria[74].

«No puede haber verdadera libertad o democracia», escribió Russell, «mientras los hombres que hacen el trabajo en una empresa no controlen también su gestión». El socialismo sólo será realizado en la medida en que todas las instituciones sociales, en particular las instituciones centrales de la industria, el comercio y las finanzas de una sociedad moderna, sean puestas bajo control democrático en una república industrial federal del tipo que Russell y otros han previsto, con consejos obreros que funcionen activamente y otras unidades de autogobierno en las que cada ciudadano, para decirlo con palabras de Thomas Jefferson, será «un participante directo en la gestión de los negocios». La organización de la producción y la distribución, la planificación económica y social, ha de estar bajo control democrático directo en el lugar de trabajo y en la comunidad para que los ideales socialistas puedan considerarse realizados. De acuerdo con esto, los movimientos revolucionarios han dado lugar, casi siempre, espontáneamente a una u otra forma de sistema de consejos, que emprende la tarea de poner la producción bajo el control directo de los trabajadores y crear «un nuevo espacio público para la libertad, que se constituye y se organiza en el curso de la propia revolución[75]». La destrucción de estos esfuerzos por la fuerza exterior o por el poder del estado centralizado ha significado, en cada caso, el fin de la revolución socialista, por lo menos en el sentido en que Russell y otros pensadores libertarios concebían el socialismo.

La aproximación general de Russell a esta serie de cuestiones me parece altamente razonable y, tras medio siglo de tragedia, tan alejada como siempre de toda probabilidad de realización. «Los obstáculos reales», pensaba Russell, «residen en el corazón del hombre, y la cura de éstos es una firme esperanza, informada y fortalecida por el pensamiento.» Quizás esto sea cierto en algún sentido. Pero los obstáculos son inmensos y los medios para superarlos son aún débiles y frágiles.

En las ciencias sociales de la universidad, por lo menos en los Estados Unidos, estas cuestiones apenas se plantean. Cuando el ganador de este año del premio Nobel de economía examina el conjunto de los sistemas económicos posibles, lo describe como un espectro que tiene en uno de sus extremos el *laissez faire* más completo y en el otro extremo la «dictadura totalitaria de la producción». Partiendo de este encuadre, «la opción pertinente para nuestra política en la actualidad» consiste en determinar en qué lugar de este espectro debe ser situada nuestra economía[76]. No hay duda de que se pueden situar los sistemas económicos a lo largo de esta escala. Sin embargo, hay otras dimensiones, a lo largo de las cuales los opuestos polares de Samuelson se sitúan en el mismo extremo: por ejemplo, el espectro que sitúa el control democrático directo de la producción en un polo y el control autocrático en el otro, ya sea éste ejercido por el estado o por el capital privado. En este caso, como en tantos otros, la formulación de la serie de alternativas condiciona estrechamente «la opción pertinente para la política».

La convergencia de los grandes sistemas industriales hacia una forma de capitalismo estatal o socialismo estatal —forma particular de control autocrático de la producción— se ha producido en cierta manera según la línea que Russell previo. Medio siglo después, puede verse aún más claramente la «extrema semejanza entre el comisario bolchevique y el magnate del trust norteamericano… ambos… imbuidos de la importancia del mecanismo en sí, y de su propia posición como detentadores de la llave que regula el aparato». Incluso a nivel ideológico la semejanza de las doctrinas es impresionante. El partido de vanguardia se declara depositario de toda la verdad, el representante auténtico del interés de las masas. Sus pretensiones podrían expresarse mediante las palabras de George W. Perkins, socio de «J. P. Morgan and Company», que explicaba, hace sesenta años, que «los empleados de la gran compañía pierden instintivamente de vista los intereses de cualquiera de los individuos y laboran en pro del interés más amplio y duradero de la mayoría»; desde las «cumbres rectoras» de la vida industrial, pueden adoptar «el punto de vista de un árbitro inteligente, bien situado y que juega limpio», transformándose en verdaderos estadistas y no meramente en hombres de negocios[77]. Carl Kaysen describe la gran compañía moderna en estos términos:

> La dirección, que ha dejado ya de ser el agente de la propiedad que busca la maximización del beneficio sobre la inversión, se considera responsable ante los accionistas, los empleados, los clientes, el público en general y —quizás esto sea lo más importante— ante la propia firma como institución… no hay ninguna muestra de codicia ni de afán de lucro; no hay ningún intento de hacer pesar sobre los trabajadores ni sobre la comunidad una parte importante de los costos sociales de la empresa. La gran compañía moderna es una compañía con alma[78].

Análogamente, el partido de vanguardia es un partido con alma. En ambos casos, los que exigen que los hombres se sometan al gobierno de estas autocracias benevolentes «pueden caer justificadamente bajo la sospecha de no comprender la naturaleza humana y de querer transformar los seres humanos en máquinas» —según las palabras de Humboldt— si es cierto que la concepción humanista de la naturaleza humana es correcta, y que la naturaleza propia del hombre consiste en «investigar y crear» bajo las condiciones de «la libertad que despierta la actividad espontánea[79]».

En 1922 Lenin subrayaba esta «verdad elemental del marxismo según la cual la victoria del socialismo exige el esfuerzo mancomunado de los trabajadores de una serie de países avanzados[80]». No pudo haber estado más en lo cierto. No ha habido nada en ninguna parte que pueda con optimismo ser caracterizado como una victoria del socialismo, por lo menos en el sentido libertario. En algunas partes del mundo subdesarrollado, donde la mayor parte de la población vive a lo que un poeta chino llamó «el grado cero de la vida[81]», se están produciendo cambios dramáticos y apasionantes bajo un liderazgo que tanto en el Este como en el Oeste se califica de «comunista». Los esfuerzos por despertar la consciencia y las fuerzas creativas de las masas campesinas del Tercer Mundo y orientar sus energías hacia la modernización y el desarrollo merecen calurosa simpatía y respeto, así como apoyo material de las potencias industriales, si fuera posible imaginarlo. Sólo podemos especular acerca de lo que estos esfuerzos pueden dar como resultado, con el tiempo. No obstante, es obvio que no han conducido a una sociedad de productores libres, que organicen la producción

y la distribución sin autoridad externa y controlen democráticamente todas las instituciones sociales. Esto no es sorprendente, dadas las condiciones objetivas que han de aguantar las revoluciones del Tercer Mundo, condiciones impuestas en parte por la malevolencia occidental. La réplica de las sociedades industriales occidentales a la revolución en los países subdesarrollados ha sido despreciable. Aun reconociendo esto, es un serio error pensar que el comunismo asiático, por ejemplo, pueda ofrecer un modelo para una sociedad industrial avanzada, por mucho que uno deba, a mi parecer, simpatizar con muchas de sus aspiraciones, y por mucho que haya que admirar la heroica resistencia a la violencia y al terror imperialistas.

En las sociedades industriales, las perspectivas del socialismo libertario apenas han avanzado desde que Russell escribió sobre ellas. No hay razón alguna para dudar de la «verdad elemental» de que la victoria del socialismo, en una forma realmente esperanzadora, exige lös esfuerzos mancomunados de los trabajadores de una serie de países adelantados. Se puede discutir en qué medida la tiranía del estado ruso deriva de la doctrina bolchevique o de las circunstancias de su desarrollo. Caracterizarlo como «socialista» es una broma cruel. Las advertencias expresadas desde una posición de apoyo por Russell, Rosa Luxemburg y otros pocos han resultado ser demasiado exactas. Un anarcosindicalista ruso observaba en 1918 que

> el proletariado va siendo gradualmente sometido por el estado. Está siendo transformado en una clase de empleados por encima de los cuales se ha alzado una nueva clase de administradores, una nueva clase nacida principalmente del seno de la llamada «intelligentsia»… No queremos decir que… el partido bolchevique tenía por objetivo la instauración de un nuevo sistema de clases. Lo que decimos es que incluso las mejores intenciones y aspiraciones han de quedar aplastadas bajo los males inherentes a todo sistema de poder centralizado… La Revolución… se echó ella misma en brazos del viejo tirano, el poder centralizado, que está ahogando su hálito vital. Estábamos demasiado desorganizados, éramos demasiado débiles, y hemos permitido que esto sucediera[82].

El autor se hace eco de una clarividente crítica anarquista de las tendencias autoritarias en el socialismo que tiene sus orígenes en Bakunin. Sean cuales sean los factores a los que se quiera atribuir las causas, la exactitud de la previsión no ofrece dudas; actualmente la «nueva clase» es un hecho admitido hasta el extremo de llegar al cliché.

En los Estados Unidos, el sistema del Pentágono, que está profundamente enrraizado en la sociedad norteamericana, ha sido caracterizado con exactitud como el segundo sistema de gestión estatal del mundo por sus dimensiones. Aunque quepa discutir los detalles, no cabe la menor duda de que el poder económico privado está fuertemente concentrado y que sus representantes dominan el poder ejecutivo del estado, cuya fuerza ha crecido substancialmente en los años de la postguerra. El fenómeno ha sido ampliamente advertido y lamentado. Los conservadores del Congreso llaman la atención sobre una «dictadura electiva», repitiendo con otras palabras los tempranos temores de Jefferson por un «despotismo electivo», y hablan de la tendencia hacia «la tiranía o el desastre[83]». Recientemente han aparecido artículos con títulos como «El fascismo benevolente: un modelo para Norteamérica» y «La democracia fascista en los Estados Unidos», cuyos autores no pueden ser dejados a un lado como si se tratara de jóvenes radicales exaltados[84]. El ex senador Joseph Clark teme que Toynbee «tenga bastante razón» cuando se refiere a «la progresiva germanización del pueblo norteamericano» a medida que el Pentágono extiende sus tentáculos «llegando a tener bajo su dominio una parte muy grande y cada vez mayor de la población activa empleada[85]». Un politicólogo liberal escribe:

> Para decirlo sin remilgos, los estados democráticos —y el estado-nación no ha sido nunca sino una mera aproximación a la democracia — se han vuelto menos democráticos en su actividad política. En Norteamérica siempre se ha empleado en tiempos de guerra el recurso de convertir la república en una «dictadura constitucional», por no decir un estado totalitario, atribuyendo masivamente poderes extraconstitucionales al ejecutivo. Esta necesidad se ha hecho hoy permanente, aunque el Congreso ha luchado más de una vez contra dicha tendencia, y todavía lanza escaramuzas continuas y

frecuentemente infructuosas[86].

Un profesor de derecho de la universidad de Columbia ve la posibilidad de gobierno mediante «una coalición de militares, científicos, tecnócratas, políticos e intelectuales ‘realistas’ que combinen una ideología anticomunista virulenta con una primacía ilimitada de las necesidades militares y estratégicas. Esto llevaría a la supresión gradual de la oposición y acercaría los Estados Unidos a la sociedad de 1984[87]». Para corregir un defecto importante de estas observaciones, hay que subrayar que la coalición de gobernantes está de hecho dominada por representantes de los intereses de las grandes compañías, aspecto que a menudo se ignora. Para completar el cuadro, hay que destacar que estos intereses de las grandes compañías son de alcance internacional. K. W. Wedderburn escribe: «La organización dominante de la próxima década será la compañía multinacional o internacional», y cita a un ministro británico que decía, en 1968, que los gobiernos nacionales, «incluyendo el gobierno británico, quedarán reducidos al nivel de un consejo parroquial en su trato con las grandes compañías internacionales que van extendiéndose por el mundo[88]».

Es escasa la información de que se dispone acerca de este sistema de control centralizado. David Horowitz señalaba recientemente que no había podido encontrar ningún estudio académico independiente del impacto sobre la vida social, política o económica norteamericana de la Standard Oil Company of New Jersey, organización que controla los recursos económicos vitales de media docena de países estratégicos, que es una fuerza política doméstica de primera magnitud, que tiene sus propias redes de espionaje y paramilitares, y que proporciona regularmente personal para ocupar los más altos puestos ejecutivos del gobierno. Robert Heilbronner ha enumerado algunos problemas de la sociedad norteamericana e internacional de evidente importancia que reciben escasa atención en la universidad: el análisis de las consecuencias político-económicas de la hegemonía norteamericana en las inversiones extranjeras, la distribución de los beneficios de la economía de guerra, los medios por los que son protegidos la riqueza y los ingresos privados y así sucesivamente[89]. Comentándolo, Robert Solow atribuye estas lagunas a la «dificultad insuperable» más que a su «posible carácter

subversivo». Tal vez. Pero sin duda hay motivos para ser escépticos.

Es interesante comparar la amplitud de la investigación universitaria en estos terrenos con la investigación universitaria sobre Tailandia, pongamos por caso. Escribiendo acerca de este asunto, después de que algunos documentos confidenciales y archivados fueran «desenterrados» por estudiantes norteamericanos, Jacques Decornoy observa que los Estados Unidos «han emprendido estudios amplios destinados a adquirir un conocimiento completo de las obras de la sociedad tailandesa, con el propósito (no explícito) de controlarlas más fácilmente[90]». Una gran parte de este trabajo se efectúa, según palabras de un informe universitario, «para apoyar y fortalecer las operaciones del programa de ayuda de los Estados Unidos en Tailandia»; la USAID, que administra el programa, tiene a su vez la misión oficial de «apoyar el Gobierno real tailandés en sus esfuerzos por contener, controlar y suprimir la insurgencia comunista en las zonas rurales», misión que es una componente esencial de la política norteamericana en el Sudeste asiático. Decornoy sugiere que el objeto de los distintos proyectos de investigación efectuados en Tailandia es el «sentar las bases para mantener Tailandia dentro de la esfera de influencia nipo-norteamericana», opinión que se ajusta a la realidad a juzgar por los datos de que disponemos.

Las conclusiones que pueden sacarse de esta comparación son lo bastante evidentes para que baste con muy pocos comentarios. La comparación ilustra la intensa politización de las universidades norteamericanas, durante los años de la postguerra. Los ejemplos son abundantes. Los laboratorios universitarios —en mi propia universidad, por citar un caso— se han dedicado entusiásticamente a la tecnología antiinsurreccional. Los Estudios de Intercambios Culturales de la Universidad de Yale, creados inicialmente con fines científicos, han proporcionado «información ya elaborada para objetivos gubernamentales militares y de espionaje[91]». La Universidad de Stanford cobija y contribuye a sostener la Institución Hoover sobre la Guerra, la Revolución y la Paz, cuyo programa de estudios, según inspiración de su benefactor privado, es el siguiente: «El fin de esta Institución ha de ser el de poner de manifiesto, mediante sus investigaciones y publicaciones, los males de las doctrinas de Karl Marx —ya sea el Comunismo, el Socialismo, el materialismo económico o el ateísmo—, y proteger así el modo de vida

americano de estas ideologías y sus conspiraciones, y reafirmar la validez del sistema americano». Aproximadamente al mismo tiempo que se establecía este programa, la misma universidad —una de las mejores de los Estados Unidos— suprimía un destacado instituto independiente, el Instituto de Estudios Latinoamericanos; hay datos que hacen pensar que un importante factor determinante de tal medida fue la presión de la Fundación Ford. El director del Instituto, el profesor Ronald Hilton, parece haber ofendido a poderosos donantes de fondos por las controvertibles opiniones expresadas en el informe del Instituto, informe que, por ejemplo, era tan antiacadémico que llegaba a revelar que la CIA estaba preparando una invasion de Cuba. Un estudio financiado por la Ford y destinado a reexaminar todo el asunto afirma que una de las fuentes principales de problemas era el tratamiento dado al régimen castrista de Cuba: «puso a la administración de Stanford en una situación incómoda» porque «ponía en juego la reputación de esta universidad[92]». Yo no tengo noticia de que la ideología de la Institución Hoover haya causado una situación incómoda parecida.

La politización de las universidades norteamericanas durante los años de la postguerra ha sido fuertemente impugnada —con corrección y con un cierto retraso— por el movimiento estudiantil norteamericano. Éste es un síntoma de la erosión del consenso postbélico que había sido impuesto a la sociedad norteamericana por una casta conservadora después de la segunda guerra mundial. Pero el intento de convertir las universidades en instituciones liberales y abiertas choca con numerosos obstáculos. El pasado año ha habido una oleada de expulsiones, principalmente en *colleges* y universidades pequeñas, sobre bases que parecen ser estrictamente políticas. Por citar un solo *caso*, tomado al azar, el contrato de un profesor de filosofía en la Universidad Meridional de Illinois quedó cancelado al parecer por su oposición a un Centro de Estudios y Programas Vietnamitas de características altamente discutibles[93]. El presidente de la junta rectora dijo a este respecto: «El Sr. Allen ha criticado la universidad y el público lo sabe. La junta consideró que la universidad tenía interés en no tener gente de este calibre en la facultad. Si el Sr. Allen no se siente a gusto en la universidad, no vemos que haya razón alguna por la que desee quedarse y enseñar aquí[94]». Ha habido muchos casos de este estilo en los últimos años. La depuración del

profesorado joven de ideas radicales —creo que el término es adecuado— en las instituciones «no elitistas» es un elemento de la campaña general para restablecer la unidad ideológica y el conformismo de los años de la postguerra.

Dicho sea de paso, es interesante y algo irónico que precisamente en el momento en que la supeditación del mundo universitario a instituciones externas está siendo impugnada, se ponga el grito en el cielo para decir que las universidades están siendo «politizadas». Estoy de acuerdo con los observadores que advierten sobre los peligros que entraña la politización de las universidades, que, en la medida de lo posible, deberían mantenerse independientes de la influencia de los poderes externos, estatales o privados, o de las facciones militantes en su interior mismo. Sin embargo, puede notarse con singular interés cuán pocas veces se manifestaba este temor durante la época en que el mundo universitario se dedicaba a apoyar y fortalecer las operaciones del programa de ayuda de los Estados Unidos en Tailandia o en desarrollar las técnicas antiinsurreccionales y los sistemas más avanzados de teleconducción para nuevas generaciones de proyectiles, mientras se eludían problemas como el del impacto de la Standard Oil Company sobre la política norteamericana.

No hace muchos años, el presidente de la *American Historical Association*, en su discurso presidencial, afirmaba que el «comportamiento desapasionado» y «la actitud liberal neutral» en la investigación violaba las «responsabilidades del historiador». «La guerra total, sea caliente o fría, incorpora a todo el mundo al combate y llama a cada uno a que asuma su papel. El historiador no está más libre de esta obligación que el físico[95]». Estos sentimientos, aunque no se expresaran siempre tan abiertamente, eran muy frecuentes y raramente se ponían en tela de juicio hasta hace unos pocos años. Tanto el físico como el historiador han aceptado, en una gran proporción, el deber de ponerse al servicio de la política y del poder del estado.

Peter Berger observaba que «mientras los físicos están activamente planeando la aniquilación del mundo, los cultivadores de las ciencias sociales pueden recibir el encargo más modesto de planear el consenso del mundo[96]». Esta observación es una verdad nada despreciable. Es

significativo que los estudiantes hayan empezado a preguntarse si han de aceptar voluntariamente la tarea de planear el consenso de la gente para con el orden internacional elaborado por los círculos gobernantes de las grandes potencias. ¿Tiene, por ejemplo, alguna justificación desarrollar una investigación sobre Tailandia si ésta ha de emplearse —como indudablemente se empleará— para sostener una élite gobernante particular que, además de su corrupción y violencia, sirve también para asegurar la base territorial para el objetivo estratégico de los Estados Unidos de dominar el Sudeste asiático? ¿No es lícito, en realidad, preguntarse por qué el peso de la investigación sobre una determinada sociedad ha de escapar a su control, y ha de ser asequible no a sus miembros y a sus estructuras democráticas (en caso de que existan) sino a aquellos que en la sociedad global, ya sea la del propio país o la internacional, poseen el poder de emplear esta investigación para sus propios fines? Estas preguntas no son triviales, y es una lástima que se haya diferido tanto su planteamiento y que aun ahora sean tan marginales en las preocupaciones de muchos intelectuales universitarios. El movimiento estudiantil tiene el gran mérito de haber llevado insistentemente estas cuestiones a la consideración general.

La supeditación voluntaria de la comunidad universitaria al poder del estado y su debilitamiento a medida que progresaba la guerra del Vietnam son hechos de cierta importancia. En una sociedad industrial avanzada tiene mucha significación que lo que John Kenneth Galbraith llama «el estamento científico y educativo» se convierta en una fuerza independiente (y por ello a menudo oposicionista o incluso revolucionaria) o que, al contrario, acepte su papel en la gestión social. Si la «intelectualidad técnica» llega a considerarse a sí misma como parte de la fuerza de trabajo de una sociedad avanzada y se aplica a la realización de «reformas de estructura» —para emplear la expresión de André Gorz— que «creen nuevos centros de poder democrático», el impacto social puede ser significativo. La transformación radical de cualquier sociedad es impensable sin la participación activa de los que efectúan el trabajo creador y productivo. En una sociedad industrial avanzada, el «estamento científico y educativo» puede ser un elemento decisivo del progreso social. Uno de los factores del incumplimiento de la promesa de la revolución socialista ha sido la disponibilidad de la

intelectualidad técnica para asimilarse a una nueva clase gobernante, proceso que es comparable a la ávida aceptación de un papel cualquiera en la gestión creciente del estado en las democracias occidentales. Ahora bien, la civilización industrial crea una intelectualidad técnica que no sólo es amplia en cuanto a número, sino también, cada vez más, un elemento central de la fuerza de trabajo. Cabe imaginarse que esta «proletarización de los intelectuales» elimine el papel del intelectual convertido en revolucionario profesional, con su partido de vanguardia que expresa los intereses de las masas inarticuladas carentes de consciencia. Puede concebirse que este proceso haga posible un nuevo movimiento revolucionario tal que, al ser absorbida la masa de la fuerza de trabajo por el trabajo cualificado, el empleo estatal, los servicios y las tareas administrativas, la tecnología y la ciencia, los trabajadores manuales y los intelectuales no aparezcan tan separados como en otras épocas, y la necesidad cada vez menor de que los hombres sirvan como apéndices instrumentales de la producción difumine las distinciones que han hecho abortar los intentos anteriores de colocar las instituciones centrales de una sociedad industrial bajo control democrático[97]. En el peor de los casos, esta tendencia puede contribuir a la constitución de un movimiento de reforma social según las directrices examinadas por John Kenneth Galbraith y Michael Harrington, por ejemplo. En los Estados Unidos esto podría constituir un avance de cierta significación, por mucho que no estuviera a la altura de lo que en principio podría realizarse en favor de la liberación humana en las condiciones materiales de la sociedad industrial avanzada.

Impera un gran escepticismo acerca de las posibilidades de una reforma significativa en los Estados Unidos, y no sólo entre los radicales. Hans Morgenthau, por citar un caso, ha formulado recientemente un análisis de la crisis de la sociedad norteamericana que casi podría interpretarse como un llamamiento a la revolución, aunque sin duda pretendía ser una expresión de desesperanza:

> … a estas alturas debiera ser ya evidente que las grandes cuestiones de nuestros días —la militarización de la vida norteamericana, la guerra del Vietnam, los conflictos raciales, la pobreza, la decadencia de las ciudades, la destrucción de la naturaleza— no son susceptibles

> de soluciones racionales en el marco del sistema existente de relaciones de poder… La pobreza en gran escala, igual que la decadencia de las ciudades y la ruina de la naturaleza, no son el resultado de desgracias accidentales sino de medidas sociales y económicas en cuya continuidad tienen un marcado interés ciertos grupos sociales poderosos… En suma, la única salida global, de la que todas las demás no son sino manifestaciones particulares, es la distribución del poder en la sociedad norteamericana…

La distribución del poder ha sobrevivido, sin cambios esenciales, a todos los movimientos de reforma, movimientos que «aparecen a una mirada retrospectiva como intentos vanos de realizar, mediante reformas racionales y moderadas, lo que sólo puede llevarse a cabo por un cambio radical de poder y de prioridades, ya sea mediante la desintegración de la estructura de poder existente o mediante la revolución». La sociedad norteamericana ha optado por prescindir de su referencia retórica a la igualdad en la libertad y por emplear todos los medios a su alcance para conservar el vigente sistema de injusticias, dentro y fuera de sus fronteras, como su «objetivo último»; así es como concluye Morgenthau. Nuestro miedo del Comunismo y «nuestra supeditación conformista a los que están en el poder» son la causa del incumplimiento de la promesa de la sociedad norteamericana[98].

Cabe llegar aún más lejos. Puede probarse que estos movimientos por la reforma no apuntaban primordialmente a la distribución del poder, sino que han representado históricamente más bien «la ideología política de los grupos capitalistas ascendentes y luego dominantes», y que «pocas son las reformas que hayan sido adoptadas sin la aprobación tácita de los intereses de las grandes compañías, cuando no bajo su directa influencia[99]».

Sin embargo, incluso valoraciones tan terribles como las de Morgenthau no deben interpretarse, en el sentido de que un movimiento masivo de reformas no tendría cabida alguna en la política norteamericana. Al contrario, podría obstaculizar el crecimiento del capitalismo de estado militarizado y algunas de las peores atrocidades, como la guerra de Indochina, y quizás empezar a efectuar la «propaganda razonable de la idea socialista» que, como señalaba Russell, es una necesidad tan urgente en los Estados Unidos.

Existe la posibilidad de que un movimiento masivo de reforma absorba algunas de las energías que podrían dedicarse a un cambio social más radical: es el peligro de «integración», del que no se libra ni siquiera el más radical de los programas. El problema ha sido objeto de un animado debate en relación con el reciente renacimiento del interés por el control obrero en la industria[100]; es natural que así sea, como comprobamos cuando leemos, en el único libro sobre la materia publicado en los Estados Unidos, que la organización en consejos tiene gran importancia para quienes «se ocupan de los métodos para obtener un esfuerzo y unos resultados acrecidos», «exploran nuevas maneras de formar y supervisar la mano de obra» y buscan «nuevos procedimientos para aumentar la disciplina y para resolver los motivos de queja o acallar las protestas»: para estos fines «la suma de experiencia reunida en torno a los consejos obreros ofrece un gran interés para los que se preocupan por la configuración o modificación de las relaciones industriales y las instituciones económicas[101]». En realidad se ha llegado a decir también que el marxismo ha servido principalmente para «socializar» al proletariado e integrarlo con más eficacia en la sociedad industrial, de manera que el movimiento revolucionario habría contribuido a crear una «raza de obreros pacientes y disciplinados[102]». Los que se oponen a un programa de acción social meramente sobre la base de que puede ser «integrado», se condenan a sí mismos a la parálisis, puesto que entonces deben oponerse a todo lo imaginable.

Los Estados Unidos han ido despertando lentamente del sueño dogmático de los años de la postguerra en gran medida bajo el impacto de los movimientos de liberación de los estudiantes y los negros. Sería difícil hallar actualmente un solo sociólogo serio que anunciara que «los problemas políticos fundamentales de la revolución industrial han sido resueltos[103]»; y la apreciación general del papel de los Estados Unidos en los asuntos internacionales se ha modificado también drásticamente. De hecho, la opinión liberal ha adoptado muchas de las posiciones del «revisionismo de la Nueva Izquierda» de hace sólo unos pocos años[104]. Queda por ver en qué medida quedarán a salvo y serán aprovechadas estas nuevas oportunidades de discusión racional de los problemas de la sociedad industrial y del papel mundial de los Estados Unidos.

Las razones para el optimismo son escasas a este respecto, pese a los cambios reales acaecidos en los últimos años. La ideología de la guerra fría, al fin y al cabo, había cumplido una función real en la sociedad norteamericana de la postguerra. No era una mera paranoia de masas, inexplicable y aberrante. William A. Williams esbozó sucintamente esta función escribiendo que, tras la segunda guerra mundial, la potencia norteamericana

> fue hábilmente desplegada tras la bandera del anticomunismo, estrategia psicológica y política que obtuvo un éxito proporcional a su misma vulgaridad. La mayoría imperial de los dirigentes norteamericanos se dio cuenta de que el populacho tenía que ser de nuevo enardecido para que estuviera dispuesto a apoyar el tipo de actividad (y sus costos correspondientes) que había estado soportando duramente la guerra. El senador Arthur Vandenberg era sólo más cándido que la mayoría de sus pares cuando observaba que sería necesario 'aterrorizar al pueblo norteamericano'. El espectro del comunismo servía para este fin[105].

Servía para este fin no sólo respecto al pueblo norteamericano, sino también respecto a sus dirigentes. Como cuenta el que fue Subsecretario de las Fuerzas Aéreas, Townsend Hoopes, los cerebros políticos de la administración Kennedy actuaban con «la suposición implícita de que en adelante Washington estaría predispuesto a considerar todo esfuerzo tendente al derrocamiento del orden existente *en cualquier parte* como una guerra de liberación nacional fomentada por Rusia o China y en beneficio de uno de estos dos países», y los consejeros de Johnson (nombrados por Kennedy) «llevaban todos en sus venas el empeño implícitamente ilimitado de llevar a cabo una guerra global contra el Comunismo Revolucionario». El presupuesto que prevalecía era que «el 'bloque comunista' seguía siendo una conspiración internacional esencialmente compacta que se manifestaba principalmente mediante asaltos militares y paramilitares contra esta otra entidad de naturaleza perfectamente obvia que recibe el nombre de 'Mundo Libre'»[106]. Así, vemos cómo Walt Rostow y Dean Acheson pretenden que

la revolución vietnamita, la guerra contra el colonialismo francés, estuvo fomentada por Stalin, y hasta el día de hoy sigue siendo artículo de fe que Stalin fue responsable de la guerra civil griega y que los partidos comunistas de todo el mundo, inmediatamente después de la segunda guerra mundial, «fueron empujados a una subversión generalizada». Además, según explica Hoopes, aquellos «que todavía justiprecian la razón y creen que el razonamiento factual y proporcionado es el camino más seguro para alcanzar una verdad aproximada», rechazarán sin más discusión la idea de que el liderazgo norteamericano «actúa bajo la compulsión de un sistema imperialista[107]». Es muy interesante que estos sentimientos se expresen en un ensayo que pretende libramos de las fantasías de los años de la postguerra. De hecho se acepta ampliamente como principio que los Estados Unidos son un país fundamentalmente distinto de todas las demás grandes potencias de la historia. Muchos intelectuales norteamericanos no verían nada extraño en la tesis de Sidney Hook según la cual «allí donde las acciones de los Estados Unidos pueden ser objeto de recriminación, es que son producto de apreciaciones equivocadas de parte de las fuerzas militares y paramilitares extranjeras actuantes[108]».

Pero cuando los Estados Unidos atacan Indochina con una cantidad de bombas equivalente (por ahora) a casi el triple de las usadas por las Fuerzas Aéreas norteamericanas en todos los teatros de la segunda guerra mundial, o cuando invade la República Dominicana o apoya el derrocamiento del gobierno de Guatemala, tales acciones, en la medida en que son censurables, han de atribuirse a análisis errados de la realidad.

O considérese también lo que dice Eugene Rostow, otro consejero de Kennedy. Este personaje explica, con aparente seriedad, que si los Estados Unidos no mantienen su posición dominante en el Sudeste asiático mediante la victoria en la guerra del Vietnam, se iniciará un proceso inexorable que puede en última instancia reducir el país a un estatuto semejante al que tiene Finlandia, que está sometida a la voluntad rusa. Admite que los Estados Unidos no se convertirían en una Polonia, «pero empezaríamos a evolucionar en esta dirección». Sigue explicando que si no controlamos Vietnam del Sur, hay el peligro de que desencadenemos una guerra nuclear por miedo a la hegemonía rusa, lo cual representa seguramente el argumento más insólito

que haya sido empleado jamás por un apologista del imperialismo[109]. O bien tenemos a William Bundy, otro consejero de Kennedy, que considera que la guerra de Indochina es un esfuerzo valeroso para evitar que el Viento del Este procedente de China haga caer las fichas del dominó. El hecho de que los chinos estén misteriosamente ausentes de este drama no parece molestarle lo más mínimo. El gran problema es éste: «¿Usará China *una vez más* la amenaza de la presión y la subversión?» (la cursiva es mía). Y Bundy sospecha que no lo hará, porque «Mao y sus colegas han quedado impresionados durante los últimos cinco años por el evidente deseo de los Estados Unidos de evitar la guerra con China; toda la experiencia [del Vietnam] es uno de los elementos que puede producir un relajamiento de la tensión y un incremento de la comunicación, ambos ahora posibles[110]». Este eminente comentarista, que había sido Secretario de Estado adjunto para los asuntos del Extremo Oriente, deja que el lector saque la conclusión oportuna para conseguir el mejoramiento de las relaciones ruso-norteamericanas. Según esta lógica, deberíamos bombardear Hungría hasta su arrasamiento para que los rusos apreciaran mejor nuestro evidente deseo de evitar una guerra nuclear y colaboraran entonces en el relajamiento de la tensión y en el aumento de las comunicaciones.

A pesar de tales ejemplos, que llenarían una larga lista, es de justicia reconocer que el sistema de creencias que ha venido amortiguando el debate político durante veinte años ya no se sostiene. Hay poca gente no analfabeta dispuesta a creer que los comunistas autóctonos son una amenaza para la libertad de Estados Unidos o que existe una conspiración monolítica dirigida desde Moscú o Pekín y destinada a reducir los Estados Unidos al papel de Finlandia o Polonia si abandona sus esfuerzos militares a lo largo y ancho del globo. Por desgracia, estos pasos hacia la sensatez todavía no son acompañados, por lo general, de una disponibilidad a aplicar a la política norteamericana las pautas intelectuales que en todas partes se dan por descontadas.

La erosión de la ideología de la guerra fría es una cuestión seria. Esta ideología dio buenos resultados como técnica para movilizar la población norteamericana en apoyo de la política nacional. Los programas interiores de producción ampliamente militarizada e inducida por el gobierno y de la

correspondiente investigación (que daba empleo a cerca de los dos tercios de los científicos e ingenieros del país y a una parte importante de la mano de obra) han sido sin duda alguna un factor de peso en el mantenimiento de la «salud económica». Fueron tolerados por el contribuyente en parte porque sus dirigentes lograron mantenerle aterrorizado, aunque fuera a un costo social espantoso. El espectro del comunismo también correspondía a la necesidad de movilizar al pueblo norteamericano en apoyo de objetivos internacionales a largo plazo y, particularmente, «abrir las puertas de todos los países más débiles a una invasión de capitales y empresas norteamericanos», según palabras del Secretario de Estado de Woodrow Wilson, en 1914, al fijar la política oficial de la administración[111].

Estos objetivos no han cambiado. No parece haber ninguna tendencia seria hacia el desmantelamiento del sistema de capitalismo de estado militarizado ni hacia el abandono del esfuerzo por «contener», allí donde sea posible, el desarrollo independiente por parte de países que tratan de desembarazarse del sistema internacional que está dominado principalmente por los Estados Unidos. Puesto que la ideología del anticomunismo ya no sirve para seguir movilizando la población, es fácil predecir que se buscará alguna nueva técnica de control social, quizás un esfuerzo continuado por substituir la amenaza comunista desprovista ya de crédito por alguna imagen aterradora de los estudiantes de izquierdas aliados con revolucionarios de las minorías étnicas y del Tercer Mundo, que amenazan con destruir los pilares de la sociedad civilizada. No tiene nada de sorprendente que algunas de las personas que contribuyeron a transformar una oposición justificada al totalitarismo «comunista» en una cruzada anticomunista paranoica estén ahora atacando el movimiento estudiantil con las técnicas del falseamiento, la insinuación y la exageración, y con cierto éxito.

De hecho, el activismo estudiantil se ha ligado prevalentemente a las cuestiones del racismo y la guerra. Respecto a este último punto, los informes y comisiones presidenciales han sido unánimes —y desde luego veraces— al relacionar el activismo estudiantil con la guerra de Vietnam. La reacción a estas conclusiones por parte del poder ejecutivo y sus portavoces es muy interesante: ha sido un intento de disociar la protesta universitaria de la guerra. La lógica de esto es clara. La administración abriga la esperanza de

poder llevar a cabo en Indochina un esfuerzo duradero y poco costoso, que pueda prolongarse indefinidamente. Por consiguiente, es necesario reducir el costo. Pero uno de los costos importantes es la acritud y la oposición de la juventud. Esto está ligado a la guerra del Vietnam y no puede resolverse mientras la guerra continúe. Por tanto, hay que negar que esto sea uno de los costos de la guerra. El desasosiego estudiantil no está causado por esto sino por las drogas, los profesores extremistas, el doctor Spock, los administradores blandos o la permisividad social. La tentativa de disociar la protesta estudiantil de su contexto social corre parejas con el esfuerzo por conjurar algún nuevo demonio que asuste a la población y la retrotraiga a la deseable pasividad de los años cincuenta.

Para los pueblos de Indochina todo esto no es ningún juego, sino una cuestión de supervivencia. Fuera del movimiento estudiantil no hay ningún grupo substancial que haya adoptado una postura fundamentada sobre la guerra. Quiero decir con esto una oposición que no se base en sus costos, ni en su fracaso, ni en el hecho de ser ajena al interés nacional y ni siquiera en su salvajismo, sino en las mismas consideraciones que suscitaron una reprobación universal por la invasión rusa de Checoslovaquia; ésta resultó rápida, relativamente incruenta, fue tolerada por una parte de la población y tuvo éxito en imponer el control de colaboracionistas checos, de tal modo que las tropas rusas pudieron ser retiradas, dando así un ejemplo paradigmático de «vietnamización» lograda. Quiero decir oposición basada en el principio de que ninguna gran potencia —ni siquiera una tan altruista y benéfica como los Estados Unidos— tiene la autoridad ni la competencia para imponer por la fuerza la estructura social y política del Vietnam ni de cualquier otro país, ni el derecho a actuar como juez y verdugo internacional.

La actuación de la comunidad intelectual, como ya he dicho, no ha sido demasiado digna, Telford Taylor, que encabezó el grupo de magistrados norteamericanos del tribunal de Nuremberg y que ahora es profesor de Derecho en la universidad de Columbia, tiene toda la razón al decir que «la guerra, en las dimensiones masivas y letales que adquirió después de 1964 [y aun mucho antes, aunque él no lo reconozca], fue obra de universitarios y gobernantes altamente educados, la mayoría de los cuales encajarían bastante fácilmente en la noción de ‘snob decadente’ formulada por el actual

vicepresidente. Eran… los Rusk, los McNamara, los Bundy y los Rostow… los que deben sobrellevar la responsabilidad principal de la guerra y del curso que adoptó». Éstos son los hombres responsables por las «alocadas cerebraciones» que han conducido' a la destrucción de Indochina, y que debieran ser juzgados según los principios de Nuremberg —da por supuesto este autor— si queremos ser honestos con nosotros mismos[112]. No se puede no estar de acuerdo con el juicio de Townsend Hoopes de que los artífices de la tragedia vietnamita son «los que cuando accedieron a sus cargos eran considerados por todo el mundo como algunos de los hombres más capaces, mejores, más humanos y liberales que pudieran encontrarse para otorgarles la confianza pública[113]». Y como advierte Taylor, son destacados universitarios liberales los que describen el éxodo hacia las ciudades «estimulado por las asolaciones y ataques aéreos con el consiguiente hacinamiento miserable en campos de refugiados y hospitales, como ‘urbanización provocada y modernización’… eufemismo que supera todo lo imaginable, y que podría expresarse con el juicio, no tan elegante, atribuido a un general norteamericano: ‘Si se les agarra por las pelotas, los corazones y las mentes vendrán detrás’»[114].

Bajo la administración Kennedy fue cuando se desarrollaron los principales programas antiinsurreccionales, cuando las tropas norteamericanas (llamadas «consejeros») se vieron directamente implicadas en gran escala en los bombardeos y represalias y cuando se emprendieron la defoliación, la deportación masiva de la población y el «control de la población». La intensificación de estos programas en tiempos de Johnson, el bombardeo masivo de Vietnam del Sur, así como la invasión directa por tierra y la enorme extensión de la guerra aérea a Laos y Vietnam del Norte, fueron iniciados y dirigidos por consejeros de Kennedy, algunos de los cuales, en años posteriores, se pusieron en contra de la guerra —a causa de su costo y de su fracaso, como subrayaron la mayor parte de ellos—. Pero sería un error grosero y autojustificativo hablar sólo de la conducta atroz de «algunos de los hombres más capaces, mejores, más humanos y liberales que podían encontrarse para otorgarles la confianza pública» o de los intelectuales liberales norteamericanos que les ayudaron y aconsejaron. ¿Cuántos son los que pueden escapar al siguiente juicio expresado por Jan Myrdal?

> … el inconsciente no traiciona. Camina seguro por la senda de la vida. Pero los que pertenecemos a la tradición —los europeos— y hacemos avanzar la tradición hemos traicionado a sabiendas, con comprensión y consciencia, hemos analizado cuidadosamente todas las guerras antes de que estallen. Pero no las hemos detenido. (Y muchos de nosotros nos hemos hecho propagandistas de las guerras tan pronto fueron declaradas.) Describimos cómo los ricos explotan a los pobres. Vivimos entre los ricos. Vivimos de la explotación y vendemos ideas a los ricos. Hemos descrito la tortura y hemos puesto nuestros nombres al pie de peticiones contra la tortura, pero no la hemos detenido. (Y nosotros mismos nos hicimos torturadores cuando lo exigían intereses superiores y nos convertimos en los ideólogos de la tortura.) Ahora una vez más podemos analizar la situación mundial, describir las guerras y explicar por qué la mayoría son pobres y pasan hambre. Pero no hacemos más.
>
> No somos los portadores de la consciencia. Somos Tas prostitutas de la razón[115].

Hay sin duda excepciones. Los hermanos Berrigan, por ejemplo, que ahora están en prisión esperando nuevas inculpaciones, han tratado de no contentarse con la mera exposición y explicación de los hechos de la guerra de Indochina. Pero en su mayor parte, los que no aceptan la ideología oficial ni la contribución al ejercicio del poder del estado están deseando acumular notas a pie de página para los libros de historia, mientras permiten que el estado democrático asesine y destruya a su antojo. «*Razona* cuanto quieras y sobre lo que quieras, pero *¡obedece!*». Esta era la política de Federico el Grande, tal como la describía Kant. Los campesinos de indochina podrían preguntarnos con razón qué es lo que han ganado ellos con el triunfo de la democracia en Occidente.

El último engendro de los teóricos de la contrainsurgencia es la solución de los problemas de las zonas septentrionales de Vietnam del Sur, donde la población se niega a aceptar la autoridad gubernamental incluso en provincias que han sido virtualmente destruidas por las fuerzas norteamericanas[116], mediante «el mayor movimiento planificado de campesinos en la historia del

Vietnam». «Funcionarios sudvietnamitas… confirman que el movimiento podría afectar a una cantidad de campesinos situada entre los dos y los tres millones». Pero, dado que «son como ovejas», según nos asegura un ministro de Saigón, no es necesario preocuparse por su disposición a trasladarse[117]. Habría podido añadir, además, que al ser la mayoría ya refugiados, no se produce ningún cambio real en su condición. Y ¿quién pondría objeciones al abandono de condiciones como éstas?

> Los refugiados han llegado de diversas maneras. Se han producido, por ejemplo, importantes flujos allí donde las tropas estadounidenses y sud-vietnamitas han penetrado en un pueblo, han reunido a todos sus moradores y se los han llevado como refugiados. A la gente que se escapa les disparan como si fueran vietcongs, y la que se *resiste* a seguir es, por supuesto, vietcong también, y se la mata. En las zonas donde no pueden reunir fuerza suficiente para llegar con helicópteros y llevarse a la gente, se contentan con destruir totalmente la zona. Destruyen las cosechas de arroz con defoliantes. Han estado bombardeando duramente estas zonas durante por lo menos cinco años, y han estado castigando la tierra con fuego «H - f - I», es decir, con fuego de «hostigamiento y prohibición» («harassment and interdiction»), que consiste en disparar al azar por toda la región, sin objetivos precisos. Cuando la situación se pone tan fea que ya no se puede comer, uno ha de marcharse si no quiere morirse de hambre.
>
> Sé por algunos amigos que la gente que vive en la parte occidental de estas provincias tiene que vivir literalmente bajo tierra. Y esto sin interrupción. Viven en cuevas y subterráneos, y salen durante la noche a cultivar en los cráteres de las bombas. Han aprendido que ciertos tipos de plantas crecen muy bien en los cráteres de las bombas de fósforo; y las bombas con TNT tienen mucho nitrógeno, que resulta muy bueno para el cultivo de otros tipos de plantas. Así es como sobreviven. Hacen sus cultivos en los cráteres de las bombas porque no queda gran cosa aparte de los cráteres de bombas.

Después que la población ha sido desplazada, la zona será sin duda saneada

con bombas y artillería. Hostetter predice que «toda la población de esta zona será completamente aniquilada. Todo el que se quede allí será destruido[118]».

¿Cuál será la reacción en los estados democráticos de Occidente al anuncio oficial de esta nueva atrocidad o a los pasos sucesivos para llevarla a cabo? Como es de suponer, el gobierno norteamericano seguirá represaliando supuestas conspiraciones contra sus crímenes, olvidando oportunamente el juicio de Nuremberg.

Bertrand Russell formó parte de la selecta minoría de los verdaderos portadores de la consciencia. Sus esfuerzos para alertar al pueblo norteamericano respecto a la barbarie de la guerra norteamericana suscitó amplias denuncias. Un editorial del *New York Times* lamentó su «irreflexiva receptividad a la más transparente propaganda comunista», es decir, a informes directos que, por lo que sabemos, eran perfectamente veraces. El *Times* seguía hablando de los «consejeros e instructores norteamericanos, cuya compostura, moderación y sensatez han hecho mucho bien». Por aquel tiempo, en 1963, el corresponsal de guerra estadounidense Richard Tregaskis, que no era ninguna «paloma», entrevistó a un piloto norteamericano de helicóptero, que dijo:

> Allí abajo tienes zonas vietcong muy compactas, donde puedes suponer que todos son enemigos. Los del 362 [el 362.º Escuadrón, que había precedido a la unidad del piloto en Vietnam], sabes, eran unos salvajes. Primero pasaba un aparato, y cuando la gente salía huyendo el segundo aparato los rociaba bien[119].

Entre las demás formas de «hacer mucho bien» figuraba el uso de defoliantes a partir de 1961 o 1962 para empujar a los campesinos hacia los campamentos controlados por el gobierno, donde imperaban el hambre y la muerte, pero con escasa publicidad[120]. Las pruebas aportadas por el Tribunal Russell fueron eficazmente ocultadas a la opinión norteamericana y británica; el extenso testimonio ofrecido por estas pruebas es, en la medida de lo sabido, sumamente preciso[121]. En conjunto no ofrecen precisamente el más glorioso capítulo de los anales de la «relación especial».

A mi juicio, no cabría conmemoración más adecuada a Russell que la

restauración del Tribunal que inició. Lo que el Tribunal expuso no es ahora ningún secreto. Pero los crímenes de guerra continúan, mientras que los criminales aderezan fantásticas «conspiraciones» dirigidas por sacerdotes pacifistas que están en la cárcel. Cuando el Tribunal llegó a su término, su presidente advirtió que además de dedicar todos los esfuerzos posibles para salvar esta «pequeña nación de campesinos… que se han visto sometidos a la furia de la máquina militar perteneciente a la potencia más fuerte del mundo», sería necesario para los hombres de conciencia salir en defensa de los resistentes norteamericanos a la guerra, «los defensores de cuanto hay de mejor en la tradición de su país[122]». La interminable guerra de los Estados Unidos en Asia exige pasividad en el país y tolerancia o apatía entre los aliados de Norteamérica. Si no hay nadie con la estatura de Bertrand Russell para continuar su obra, no se sigue de ahí que la tarea deba ser abandonada.

Los que tengan gusto por lo grotesco pueden darle pasto pasando revista a los diversos mecanismos que han sido empleados para impedir la toma de consciencia, a medida que progresaba la guerra de Indochina. Tal vez sea injusto examinar los esfuerzos hechos por los propagandistas del estado para explicar los beneficios que aportamos a los vietnamitas destruyendo sus tierras y urbanizando su sociedad. Un equipo investigador de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia, llegó recientemente a la conclusión de que la defoliación ha causado «un daño extremadamente grave» en Vietnam; por ejemplo, quizás la mitad de los árboles de los espesos bosques de madera dura del norte y oeste de Saigón han muerto, y una invasión masiva de un bambú aparentemente sin valor alguno amenaza con ocupar esta zona durante las próximas décadas[123]. Pero el Pentágono replica: «algunas partes de la economia del Vietnam del Sur, particularmente la industria forestal y los pequeños granjeros, pueden salir beneficiados con la defoliación[124]». «Algunas partes de los bosques de madera dura han sido destruidas y ahora pueden ser explotadas. La defoliación permite un acceso más fácil, de modo que las brigadas de trabajadores pueden entrar y sacar la madera». Este portavoz habría podido añadir que estas ventajas aumentarán durante muchos años, ya que según estimaciones del equipo de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia 2000 millones de metros de tabla de madera aprovechable han sido eliminados por los herbicidas, cantidad que

representa el equivalente de las necesidades interiores de madera de Vietnam del Sur durante treinta y un años, a los niveles corrientes. Según la misma lógica, debiéramos agradecer a Hitler sus contribuciones a la planificación urbana de Rotterdam.

Otros prefieren señalar las culpas de los que son presentados como enemigos nuestros. Por ejemplo, el Vietminh recurrió al terror selectivo cuando empezó a reorganizarse a finales de la década de los cincuenta, aunque evidentemente no en la escala en que lo hizo el régimen impuesto por los Estados Unidos. Así, Joseph Buttinger escribe:

> En junio de 1956 Diem organizó dos expediciones masivas a las regiones que estaban controladas por los comunistas sin el más mínimo empleo de la fuerza. Sus soldados detuvieron a decenas de miles de personas… Centenares, tal vez miles de campesinos fueron muertos. Pueblos enteros cuyas poblaciones no simpatizaron con el gobierno fueron destruidos por la artillería[125].

Se ha censurado mucho el terrorismo del Vietminh, cuando trataba de reorganizarse tras el asalto del gobierno protegido por los Estados Unidos. No tengo acceso a las fuentes, pero no me sorprendería descubrir que muchos japoneses cultos reaccionaron del mismo modo ante el terrorismo de los chinos nacionalistas a fines de la década de 1930, cuando «los comandos de ejecución de los nacionalistas chinos empezaron a eliminar, en las zonas costeras ocupadas, a colaboracionistas notorios o sospechosos de serlo de muy variadas maneras destinadas a aterrorizar a quienes cooperaran con el enemigo[126]». Pero el terrorismo de la resistencia china (o de la francesa, por ejemplo) no suscitó en Occidente la exigencia de bombardeos masivos de las fuerzas resistentes.

También otras incorrecciones de «nuestros enemigos» reciben una atención generalizada. Por ejemplo, un universitario norteamericano se refiere a ciertos supuestos «fracasos» del Pathet Lao: «Las afirmaciones sobre progresos substanciales no resultan confirmados por el testimonio de refugiados ni de observadores simpatizantes», escribe[127]. Como única prueba, este estudioso de la *RAND Corporation* cita los informes de Jacques

Decornoy, que visitó las zonas liberadas de Laos en 1968 y describió la vida de los campesinos ocultos en cuevas bajo los incesantes bombardeos de las fuerzas aéreas norteamericanas que habían destruido sus ciudades, pueblos y haciendas. (Los informes de Decornoy, por cierto, no entraron en la categoría de las «noticias para ser difundidas», por lo menos en la prensa estadounidense; no sé si la prensa británica opinó de otra manera.) Este investigador no presenta el «testimonio de los refugiados», que explican cómo a menudo no podían trabajar la tierra ni siquiera de noche debido a los ataques terroristas desencadenados por la organización que patrocinaba el estudio en el cual él refiere el fracaso de los esfuerzos del Pathet Lao por un desarrollo social y económico. Esto recuerda los comentarios de Russell a propósito de las actitudes occidentales hacia los fracasos bolcheviques durante la «amarga e incierta guerra civil y exterior, lastrada por la constante amenaza dé los enemigos interiores»:

> Todo fracaso en la industria, toda regulación tiránica provocada por la situación desesperada, eran enarboladas por la Entente como justificación de su política. Si a un ser humano se le priva de comida y bebida, se debilitará, perderá la razón y finalmente morirá. Esto no se considera habitualmente una buena razón para infligir la muerte por consunción. Pero por lo que atañe a las naciones, la debilidad y las luchas se consideran moralmente culpables y se emplean para justificar ulteriores castigos… ¿Es pues sorprendente que las profesiones de sentimiento humanitario por parte del pueblo inglés sean recibidas algo fríamente en la Rusia soviética[128]?

Sin embargo, no quiero insistir en esta analogía, que está lejos de ser exacta. La Entente era físicamente, e incluso tal vez moralmente, incapaz de tanto salvajismo como el del ataque norteamericano a Indochina.

Otra técnica eficaz de mixtificación ha sido la de formular los «problemas» de la guerra en términos puramente técnicos. Dos expertos en contrainsurgencia, uno norteamericano y otro británico, explican que «todos los dilemas [de la contrainsurgencia] son prácticos y tan neutrales desde el punto de vista ético como las leyes de la física[129]». La situación es sencilla.

Tenemos el objetivo de implantar el gobierno de grupos sociales selectos en la sociedad elegida para el experimento de la contrainsurgencia. Hay una serie de métodos disponibles, que van desde el desarrollo rural y los programas de importación de mercancías hasta los B-52 y la destrucción de cosechas, y el político se enfrenta con la tarea de combinar estos métodos de tal manera que resulte maximizada la probabilidad de éxito. Evidentemente, sólo un moralista histérico o masoquista vería en ello un problema ético. La terminología universitaria puede adaptarse a un buen uso. El hecho de obligar a la gente a concentrarse en ciudades controladas por el gobierno mediante el fuego de artillería y la destrucción química se conoce como «urbanización», que es un índice de modernización de la sociedad. Efectuamos «experimentos con medidas de control de la población». Dejamos a un lado nociones místicas tales como «actitudes», y «controlamos la conducta» mediante medidas apropiadas de refuerzo positivo y negativo, tales como «confiscación de aves de corral, arrasamiento de viviendas o destrucción de pueblos[130]». O considérese «la oferta de alimentos a cambio de ciertos servicios». «Si éste ha sido en el pasado un estímulo fuerte, puede debilitarse probablemente con el aumento de la producción agrícola local. Si ha sido en cambio un estímulo débil o neutro, puede probablemente ser fortalecido mediante el incendio de las cosechas[131]».

Admitiendo que los problemas son sólo técnicos, es fácil explicar las atrocidades en términos de estupidez y error más que en función de intenciones criminales. Para apreciar el alcance y la efectividad de este planteamiento, puede efectuarse el fructífero ejercicio siguiente. Imagínese que la Unión Soviética ha soltado cerca de seis millones de toneladas de bombas en un lejano país donde la población no se comportaba con la debida obediencia. Elíjase entonces algún comentario de alguna «paloma» occidental acerca de la guerra de Indochina, y procédase a las oportunas substituciones: poniendo «URSS» allí donde dice «Estados Unidos» y así sucesivamente. Imagínese la lectura de un relato de cómo la guerra se había convertido desgraciadamente en «la solución de una serie de problemas técnicos» que habían llevado a los «jefes superiores, caracterizados por su genialidad, eficiencia y modestia» a planificar operaciones mediante las cuales los campesinos habían sido expulsados de sus aldeas por los bombardeos aéreos

y obligados a vivir en cuevas, donde habían vivido durante doce meses, «saliendo sólo con ropas oscuras o por la noche para labrar sus campos» atemorizados por unos bombardeos ininterrumpidos y tan intensos que los aviones «bombardearían incluso un perro si vieran algo que se moviera», con bombas de fósforo que queman las casas y los árboles frutales, los campos y las colinas, hasta que «por último, incluso los arroyos estuvieran en llamas»; bombas de fragmentación, «recipientes metálicos llenos de bolas mortíferas, cada una de las cuales contiene centenares de pequeñísimos cojinetes que desgarran la carne humana cuando estallan»; y así sucesivamente. Por último, la conclusión: sería erróneo confundir la «estupidez e ignorancia» de los perpetradores de tales actos con la «malignidad»; y tampoco convendría dejarse llevar por ello a una «antipatía no razonable» hacia la URSS o hacia hombres que no son «monstruos militares» sino seres reflexivos e incluso compasivos, aunque «institucionalizados» por las exigencias técnicas de una política equivocada[132]. ¿Cómo reaccionaríamos ante un relato así de algún periódico moderadamente pro-ruso? Si reflexionamos sobre este ejercicio quizás podamos aprender algo interesante sobre el estado de la civilización occidental.

Otra técnica ha sido descrita por C. P. Fitzgerald: «La trampa mental consistente en describir a la víctima de un ataque en el papel del agresor cruel y peligroso es un mecanismo típico para disminuir el sentimiento de culpabilidad[133]». Ningún occidental culto tendrá dificultades para aportar ejemplos corrientes.

Una variante eficaz consiste en condenar a las víctimas por la ferocidad del ataque. El subsecretario de la Fuerza Aérea escribe que los rebeldes de Indochina están «incitando al Occidente, que está en posesión de un poder militar inapelable, a llevar su lógica estratégica hacia la conclusión final, que es el genocidio[134]». El contexto de la afirmación, tal como yo la interpreto, refuerza la impresión de que en cierto modo los rebeldes son condenables por suscitar este terror sobre sus cabezas. Algunos son más explícitos. Un destacado corresponsal de guerra, fuertemente opuesto a la guerra, resumía recientemente sus sentimientos tras una larga estancia en Vietnam. La guerra, escribe, es una horrible equivocación:

> Los Estados Unidos nunca han aceptado la peculiaridad fundamental del Vietnam, es decir, aquellos aspectos de esta sociedad que permiten, por ejemplo, que los funcionarios públicos mientan a diario y con toda desvergüenza a sus aliados norteamericanos, o que mueven a los pordioseros a comprar o alquilar niños de pecho para ofrecer una imagen más patética en las esquinas de los mugrientos barrios bajos de Saigon… Es demasiado fácil olvidar o ignorar la sorprendente venalidad de la sociedad sudvietnamita, el egoísmo del vietnamita corriente, la carencia casi total de espíritu cívico en esa sociedad… El básico optimismo norteamericano sobre la naturaleza humana es puesto severamente a prueba en esa sociedad… el carácter vietnamita… puede… impedir el éxito de los esfuerzos que los Estados Unidos despliegan aquí[135].

Y así sucesivamente.

Primero destruimos y deshacemos la sociedad rural del Vietnam v concentramos a millones de campesinos en miserables suburbios. Luego los condenamos porque hay pordioseros que compran y roban bebés para ofrecer una imagen más patética de su miseria. Es su egoísmo lo que pone tan severamente a prueba nuestro básico optimismo sobre la naturaleza humana, la falta de espíritu cívico de un pueblo que ha estado luchando durante veinticinco años contra todos los horrores que la imaginación occidental puede imaginar.

Pero la predisposición a dejarse engañar sigue siendo, sin duda alguna, el principal factor que explica la notable falta de consciencia respecto al Vietnam. Esta afirmación puede parecer extraña, e incluso perversa, dada la extensa oposición a la guerra que se da en los Estados Unidos. Pero yo creo que de hecho el gobierno norteamericano ha ganado una notable victoria propagandística, aun careciendo de razón a propósito del Vietnam. Ha conseguido determinar el terreno dentro del cual son objeto de debate las cuestiones de la guerra. El libro de Telford Taylor antes mencionado es un buen ejemplo de ello. Este libro no puede conceptuarse como «progubernamental»; de hecho, llega casi a proponer la celebración de juicios por crímenes de guerra contra los dirigentes militares y civiles de los Estados

Unidos. No obstante, su polémica queda enteramente encerrada en el marco de los supuestos de la administración. La guerra, según él la percibe, enfrenta Vietnam del Norte con Vietnam del Sur. De entrada resulta evidente que los norvietnamitas son los agresores, dado que:

> sin duda alguna la lucha en tierra ha tenido toda ella lugar en el Vietnam del Sur; son los norvietnamitas quienes se han unido al Vietcong «al sur de la frontera» y están tratando de derrocar el gobierno del Vietnam del Sur[136].

Pero la cuestión de si fue el Norte o el Sur el que atacó el primero puede no ser significativa, dice, y un tribunal norteamericano que emprendiera la tarea de juzgar la legalidad de nuestras acciones en Vietnam debería determinar, por ejemplo, si los norvietnamitas tenían alguna justificación para intervenir en apoyo del Vietcong, dados los hechos que siguieron a los acuerdos de Ginebra. Lo que resulta sorprendente en esta discusión es que evita de un modo estricto lo que parecería ser la pregunta obvia: ¿Están los Estados Unidos cometiendo una agresión en Vietnam *del Sur*, han violado su obligación legal de evitar la amenaza o el empleo de la fuerza en los asuntos exteriores con su intervención en el Vietnam del Sur y Laos desde 1954 (si no antes)? Al fin y al cabo, los combates en tierra han tenido lugar en el Vietnam del Sur, no en los Estados Unidos; de modo que hay una primera evidencia de que los norteamericanos son los agresores. Es el Vietnam del Sur el que ha sido sometido a toda la intensidad del ataque norteamericano: bombardeo, defoliación, deportación forzada de la población, operaciones de «búsqueda y destrucción», zonas de tiro libre, el programa Phoenix de asesinato político y «neutralización», etcétera. Es el Vietnam del Sur lo que los Estados Unidos han visto primordialmente «como un territorio enemigo que se puede devastar a voluntad», donde «el equilibrio de la naturaleza… ha sido destruido por varias décadas», donde «el despiadado bombardeo de supuestas posiciones comunistas ha devastado pueblos y redes de irrigación, que constituyen el capital esencial de la comunidad campesina». Es principalmente en Vietnam del Sur donde «no es exagerado comparar la situación con la perversidad con que los alemanes penetraron en la Unión

Soviética durante la segunda guerra mundial o con la destrucción causada por los aliados antinazis en Alemania al producirse la derrota final del Tercer Reich[137]». Es en Vietnam del Sur y Laos donde los norteamericanos llegaron a la conclusión

> de que podría ser ventajoso… el éxodo causado por los bombardeos de las zonas rurales y las ocupaciones de ciudades. Dedujeron, con acierto o sin él, que su acción salvaje y sus resultados les permitirían destruir las estructuras socioeconómicas tradicionales de ambos países y que podrían así poner fin a una rebelión estrechamente ligada con estas estructuras, cosa más discutible[138].

Además, es sabido por fuentes del propio gobierno de los Estados Unidos que la intervención militar norteamericana en el Sur fue muy anterior y, por supuesto, de dimensiones mucho más vastas que la del Norte (por no hablar de la cuestión de la legitimidad). El Pentágono y el senador Mansfield han revelado que las primeras tropas regulares norvietnamitas —un batallón de entre 400 y 500 hombres— fueron detectadas en Vietnam del Sur a fines de abril de 1965, dos meses y medio después del inicio de los bombardeos intensivos del Sur y el Norte del país, más de ocho meses después del potente bombardeo que siguió al imaginario incidente en el golfo de Tonkin. Chester Cooper confirma esto una vez más en sus recientes memorias:

> Hacia fines de abril [1965] se creía que había en Vietnam del Sur 100 000 soldados irregulares del Vietcong y entre 38 000 y 46 000 hombres de las unidades regulares enemigas, incluyendo en éstos un batallón entero de tropas regulares norvietnamitas. Entretanto las fuerzas norteamericanas de combate se iban trasladando a Vietnam del Sur a un ritmo veloz; a fines de abril habían sido desplegados más de 35 000 hombres y hacia primeros de mayo la cifra de tropas norteamericanas había subido a 45 000.

Cuando se inició el bombardeo intensivo del Sur y del Norte a comienzos de febrero, el Departamento de Estado trató de justificarse mediante un Libro

Blanco en el que se denunciaba la agresión del Norte. Éste resultó «una funesta decepción», como reconoce Cooper. El problema principal era que «las pruebas reales relativas a la supuesta agresión parecían muy frágiles». Por ejemplo, «se habían capturado tres rifles sin retroceso de 75 milímetros fabricados en la China comunista, cuarenta y seis rifles de fabricación soviética, cuarenta ametralladoras y una pistola automática de origen checo», en comparación con los 860 millones de dólares de asistencia militar dada por los Estados Unidos al gobierno de Saigón desde 1961. Tampoco parecía demasiado elevado el número de infiltrados en comparación con los 23 000 soldados norteamericanos (los cuales habían estado participando directamente en operaciones militares durante varios años, aunque él no lo diga). De hecho, el Libro Blanco no podía aportar virtualmente ninguna prueba de infiltración, salvo el caso de los sudvietnamitas que volvieron a sus hogares años después de la violación de los acuerdos de Ginebra[139]. (Cooper no menciona que, según el muy bien informado Bernard Fall, la «infiltración» de comandos del ejército de Saigón al Norte había comenzado varios años antes que la supuesta infiltración al Sur, ni registra tampoco el número de sud-vietnamitas «infiltrados» en el Sur tras haber recibido adiestramiento militar en los Estados Unidos o en otras partes.) De hecho, los funcionarios estadounidenses en Saigón estimaban en 1962 que la mitad aproximadamente de la población apoyaba al Frente Nacional de Liberación, y se admite de un modo general que una provincia tras otra había pasado al control de las fuerzas indígenas en la época de la intervención norteamericana abierta; de hecho ésta fue la razón por la que parecieron necesarios la invasión y el bombardeo regular e intensivo del Sur. Es más, hay amplios testimonios que explican por qué el FLN tuvo tanto éxito; la principal razón es que sus programas atraían a la población rural[140]. Las pruebas en este sentido son muy escasamente ambiguas, y muchas de ellas provienen de fuentes muy favorables al gobierno de los Estados Unidos. Sin embargo, frente a ellas Taylor no ve necesidad alguna de poner en entredicho la pretensión del gobierno de que la guerra es una guerra entre el Norte y el Sur, y tampoco ve ninguna razón para plantear la cuestión de la agresión norteamericana en el Sur. Está lejos de ser el único en aceptar el marco de las suposiciones gubernamentales, pese a rechazar algunas de las conclusiones

alcanzadas dentro de este marco de fantasía oficial. Se pueden citar muchos ejemplos semejantes en relación con Laos y Camboya, así como con otros aspectos de la guerra en Vietnam mismo. Lo que demuestran es la potencia sorprendente de la propaganda estatal, incluso en una sociedad relativamente abierta, en la que el acceso a la información no está limitado, por lo menos para la élite intelectual.

En los últimos años de su vida Russell se dedicó con una energía notable a combatir la propaganda estatal respecto al Vietnam, las posibilidades de desastre nuclear y otras cuestiones. Estos esfuerzos no llegaron a tener mucho impacto. Los mitos oficiales prevalecen todavía en una gran medida. Para cerrar esta discusión, citaré un último caso: la crisis de los cohetes de 1962, en el Caribe. Jruschov, tomando una decisión indescriptiblemente temeraria, instaló secretamente cohetes en Cuba, probablemente como reacción al substancial avance de que gozaban los Estados Unidos en armamento ofensivo. La réplica del gobierno de los Estados Unidos fue de lo más sorprendente. Reflexionando sobre esta crisis, Robert Kennedy observó que las catorce personas responsables de decidir la respuesta norteamericana eran

> personas brillantes, capaces, dedicadas, henchidas todas ellas del mayor afecto por los Estados Unidos; constituían probablemente uno de los grupos más brillantes que cabía reunir en aquellas circunstancias. Si seis de ellos hubieran sido presidente de los Estados Unidos, creo que el mundo hubiera podido saltar en pedazos[141].

Estas catorce personas se negaron a contestar oficialmente a una oferta de Jrushov de retirar los cohetes de Cuba, poniendo así fin a la crisis, porque esta oferta iba acompañada de la petición de que los cohetes norteamericanos fueran retirados de Turquía e Italia (se trataba de cohetes anticuados, para cuya retirada había sido cursada ya una orden por parte del presidente). Según las memorias de Sorensen, el presidente creyó que durante la crisis de los cohetes la probabilidad de guerra se situó entre un tercio y una mitad. No obstante, catorce personas brillantes y capaces estaban dispuestas a aceptar una alta probabilidad de guerra nuclear en defensa del principio de que sólo los Estados Unidos tienen el derecho a tener cohetes junto a la frontera de un

enemigo potencial. Adam Yarmolinsky, que era entonces asistente especial del Secretario de Defensa, cuenta que

> el Comité Ejecutivo del Consejo Nacional de Seguridad pasó por lo menos el 90% de su tiempo estudiando usos alternativos de tropas, bombarderos y buques de guerra. Aunque la posibilidad de conseguir la retirada de los cohetes por la negociación diplomática directa mereció alguna consideración en el Departamento de Estado, parece ser que retuvo muy escasa atención de parte del presidente[142].

En el calor de la crisis, cabe esperar decisiones irracionales. (No por esto la idea es tranquilizadora.) Pero considérese la respuesta en momentos más tranquilos. Creo que la mayoría de los comentaristas estarían de acuerdo con el historiador Thomas A. Bailey en que la crisis de los cohetes fue «el mejor de los momentos que tuvo Kennedy», en el cual «jugó el juego del guiso nuclear con frialdad y pericia, compensando así en gran medida la mancha de la Bahía de los Cochinos[143]». El presidente del Comité de Relaciones Internacionales de la Universidad de Chicago, profesor Morton A. Kaplan, coincide con esto:

> La manera de tratar la crisis cubana de los cohetes fue para John F. Kennedy una acción brillante. Los que le hacen críticas abominables por la solución de aquella crisis necesitarían un examen de sus cabezas y de sus corazones[144].

Kaplan está denunciando específicamente la sugerencia de que la política interior desempeñó un papel en la decisión de Kennedy[145], aunque él mismo admite que así fue en realidad:

> No hay duda de que Kennedy pensó en las elecciones. Él era un político, tenía problemas de control del régimen, y las motivaciones siempre se entremezclan.

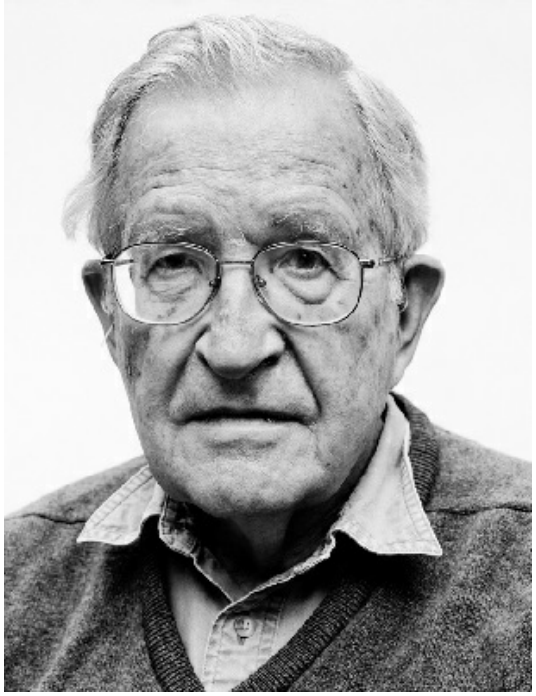
Refiriéndose a la crisis de los cohetes, Ronald Steel señala, muy correctamente, que lo que ocurrió muestra «cuán tenue es el hilo de nuestra supervivencia». Ésta conclusión queda acentuada cuando se considera la respuesta subsiguiente, como queda tipificada por las afirmaciones que acabo de citar (que, a mi juicio, son típicas de un sector muy amplio de la opinión seria). Se ha dicho, en realidad, que aquel mismo año la administración Kennedy pudo haber considerado también la posibilidad del uso de armas nucleares en el Sudeste asiático después de la derrota de las fuerzas laosianas patrocinadas por la CIA, que habían violado el alto el fuego de Ginebra, suscitando falsos rumores de una intervención extranjera (posiblemente china)[146]. Estos ejemplos bastan para demostrar que la preocupación de Russell por la amenaza de guerra nuclear eran propias de una persona razonable.

La amenaza persiste, por supuesto. Hay sólidas razones para creer que la «doctrina Nixon» tiende a reducir el umbral nuclear[147]. En Vietnam el presidente Nixon no ha ofrecido al «enemigo» más alternativa que la rendición. Si optan por seguir la lucha para liberar el Vietnam del Sur (o conquistar el Vietnam del Sur, según la óptica de Nixon), la réplica será masiva[148] y puede incluir armas nucleares tácticas, con consecuencias que son imprevisibles. Las dos grandes causas a las que Bertrand Russell dedicó sus últimos años —prevención de la guerra nuclear y fin de la atrocidad del Vietnam— pueden convertirse, a la postre, en una sola causa.

Las esperanzas de Russell por una transformación radical de las sociedades industriales avanzadas de Occidente en alguna forma de socialismo libertario están tan lejos de realizarse como lo estaban cuando él escribía extensamente sobre estas cuestiones, en el curso de la primera guerra mundial. Lo que nos ha obsesionado a nosotros es el problema de la supervivencia, no la revolución: en los años recientes, la supervivencia para las víctimas de la opresión y para la humanidad entera, por cuanto el estado arriesga la destrucción total para asegurar su prestigio y su dominio. Es justo y necesario que sea así. Russell estaba plenamente justificado al dedicar sus energías, en los últimos años de su vida, a frenar la carrera armamentística y a impedir que Occidente llevara hasta sus últimas consecuencias su lógica estratégica en el Sudeste asiático. Resistir las depredaciones de las grandes

potencias en Asia, Europa oriental y en todas partes, y resistir a la amenaza que representan para la supervivencia: he aquí las tareas más urgentes e imperiosas. Sin embargo, sería trágico que quienes son lo bastante afortunados para vivir en las sociedades avanzadas de Occidente olvidaran o abandonaran la esperanza de que nuestro mundo puede ser transformado en «un mundo en el cual esté despierto el espíritu creativo, en el cual la vida sea una aventura llena de esperanza y alegría, fundada más en el impulso por construir que en el deseo de retener lo que poseemos o de apropiarnos de lo que poseen los demás». Ya he citado la visión que tenía Russell del mundo al que debemos aspirar. Terminaré reproduciendo la conclusión de estas observaciones:

> Entretanto, el mundo en el que existimos tiene otros fines. Pero pasará, consumido en el fuego de sus propias pasiones ardientes; y de sus cenizas surgirá un mundo nuevo y más joven, henchido de una lozana esperanza, con la luz del amanecer en su mirada.



NOAM CHOMSKY (Filadelfia, 1928), lingüista, filósofo, activista, autor y analista político estadounidense. Estudió en la Universidad de Pensilvania, donde se doctoró en 1955 con una tesis sobre el análisis transformacional, elaborada a partir de las teorías de Z. Harris, de quien fue discípulo. Entró entonces a formar parte como docente del Massachusetts Institute of Technology, del que es profesor desde 1961.

Es autor de una aportación fundamental a la lingüística moderna, con la formulación teórica y el desarrollo del concepto de gramática transformacional, o generativa, cuya principal novedad radica en la distinción de dos niveles diferentes en el análisis de las oraciones: por un lado, la «estructura profunda», conjunto de reglas de gran generalidad a partir de las cuales se «genera», mediante una serie de reglas de transformación, la «estructura superficial» de la frase. Este método permite dar razón de la identidad estructural profunda entre oraciones superficialmente distintas, como sucede entre el modo activo y el pasivo de una oración. En el nivel profundo, la persona posee un conocimiento tácito de las estructuras fundamentales de la gramática, que Chomsky consideró en gran medida innato; basándose en la dificultad de explicar la competencia adquirida por

los hablantes nativos de una lengua a partir de la experiencia deficitaria recibida de sus padres, consideró que la única forma de entender el aprendizaje de una lengua era postular una serie de estructuras gramaticales innatas las cuales serían comunes, por tanto, a toda la humanidad.

Aparte de su actividad en el terreno lingüístico, ha intervenido a menudo en el político, provocando frecuentes polémicas con sus denuncias del imperialismo estadounidense desde el comienzo de la guerra de Vietnam y sus reiteradas críticas al sistema político y económico de Estados Unidos.

Notas

[1] Parece significativo que la Introducción de Bertrand Russell a John Duffet (ed.), *Against the crime of silence. Proceedings of the Russell International War Crimes Tribunal, Stockholm-Copenhagen*, Nueva York/Londres (O'Hare Books), 1968 (Bertrand Russell Peace Foundation) aparezca precedida por un Prefacio de Noam Chomsky dos años después: Nueva York, (Simon fie Schuster), 1970; Prefacio que sirve de epílogo a su libro *At war with Asia*, Nueva York (Pantheon Books), 1970 [cuya traducción española publicará Ariel]. Sobre el tema de los crímenes de guerra en Indochina vuelve Chomsky en el libro que el lector tiene en la mano (véanse las notas 46-48 del capítulo dos), y de nuevo en «The rule of force in international law» [Review Symposium on War Crimes], *The Yale Law Journal* 80 (1971), pp. 1456-1491. Véase además su ensayo «Vietnam: How government became wolves», *New York Review of Books* XVIII: 11 (15 de junio de 1972), pp. 23-31, basado en su reciente testimonio ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los EE. UU. <<

[2] Es lógico asumir que la Naturaleza Humana emerge con el lenguaje que define la gramática universal de hoy, que probablemente se remonta por lo menos al Neolítico: cf. Eric H. Lenneberg, *Biological foundations of language*, Nueva York, (Wiley), 1967, esp. pp. 261-264. Recientemente se ha argüido que el hombre de Neanderthal no poseía los prerrequisitos anatómicos que supone la habilidad fonética de un Hablante de nuestro tiempo (Ph. Lieberman & E. S. Crelin, «On the speech of Neanderthal man» *Linguistic Inquiry* 2 (1971), pp. 203-222), pero esto tanto puede indicar un «rápido desarrollo de la cultura en los últimos 30 000 años en contraste con la lentitud de cambio antes de este período» como que el hombre de Neanderthal no es un antecesor directo del hombre de Cro-Magnon. (Monod ha sugerido que el hombre de Neanderthal fue exterminado por nuestro antecesor *Homo Sapiens* —y es de suponer que también *loquens*.) <<

[3] Cf. N. Chomsky, «Language and freedom», *TriQuarterly* 23/24 (1972). <<

[4] Cf. John Lyons, *Noam Chomsky*, Nueva York (The Viking Press), 1970, 4ª ed. 1971 (de la serie «Modern Masters»). La mejor introducción general a la obra de Chomsky sigue siendo su libro *Language and mind* [trad. esp. de Juan Ferrate (Seix Barral)], sobre todo la reciente edición aumentada [Nueva York (Harcourt), 1972], que contiene tres trabajos más, entre ellos el aludido en la nota 9 del capítulo I del presente libro. (El supuesto de un esquematismo biológico innato que hace posible el conocimiento, tan duro de roer para algunos «filósofos», ha sido acogido con admiración por hombres de ciencia tan destacados como el francés Jacques Monod, el norteamericano Joshua Lederberg —también Premio Nobel—, el alemán Konrad Lorenz, el español Joaquín Fuster y el portugués José Antunes Serra, entre otros muchos. Se trata, a la postre, de una impresionante convergencia, poco menos que sincronizada, de investigaciones llevadas a cabo independientemente en campos tan escindidos como la lingüística y la biología —etología, genética, etc.—. Por lo demás, las implicaciones pedagógicas de la concepción chomskiana de la adquisición del lenguaje —en particular, la idea de que los mecanismos innatos muestran especial sensitividad o extrapotencialidad durante un período determinado— parecen robustecer la tesis en favor del desarrollo intelectual temprano de los niños —frente a otras doctrinas desgraciadamente todavía muy en moda—. Se ha sugerido, por ejemplo, que la edad más propicia para aprender a leer es entre los 2 y los 4 años. Cf. W. Ragan Callaway, *Modes of biological adaptation and their role in intellectual development*, Beverly Hills, California (The Gallon Institute), 1970. Para una presentación más técnica de su teoría, véase sus libros *Aspects of the theory of syntax* (M.I.T. Press), 1965 [trad. esp. de C. P. Otero, Aguilar], *Studies on semantics in generative grammar* (Mouton), 1972, y *Conditions on rules* (Mouton), en prensa. Sobre su obra matemática se puede ver, entre otros tratamientos generales, M. Gross & A. Lentin, *Notions sus les grammaires formelles*, París (Gauthier-Villars), 1967; R. J. Nelson, *Introduction to automata*, Nueva York (Wiley), 1968; o J. E. Hopcroft & *f. D.* Ullman, *Formal languages and their relations to automata*, Londres (Addison-

Wesley), 1969. <<

[5] Tampoco lograron soslayar este doble escollo sus discípulos (Wittgenstein, Quine). Cf. N. Chomsky, «Some empirical assumptions in modern philosophy of language», en S. Morgenbesser *et al*. (eds.), *Philosophy, Science, and Method*, Nueva York (St. Martin's Press), 1969, pp. 260-285, que es además un excelente telón de foro para el capítulo I del presente libro. <<

[6] Las raíces de esta tradición «racionalista» (y «libertaria») son, por supuesto, muy anteriores a Descartes. Las más inmediatas hay que buscarlas en la tendencia hacia la síntesis de la «filosofía moral» y especulativa asociada con Platón y una renovada «filosofía natural» cada vez más empírica, de cierto modo asociada con Aristóteles, que alcanza ya un notable esplendor en el renacer del «humanismo» italiano, en particular en Pietro Pomponazzi de Mantua (1482-1525), cuya concepción de la Naturaleza Humana, de base naturalística, pone el acento en la libertad y dignidad del hombre (como Pico della Mirándola). Pomponazzi distingue ya tres facultades de la mente: teórica (o intelectual, «pura» en la terminología de Kant), práctica (moral, social), y productiva (creativa). *Questiones quinque de mente, De libero arbitrio, De hominis dignitate…* son títulos característicos de la época. Casi huelga añadir que nuestros «filósofos naturales» Gómez Pereira (1500-?) y Juan Huarte de San Juan (1529-1589), «cartesianos» *avant la lettre*, son como amenazadas llamaradas de la gran hoguera humanística italiana (como nuestros grandes pintores, dicho sea de paso, de Velázquez para abajo). <<

[7] Cf. N. Chomsky, «Psychology and ideology», *Cognition*, n.º 1 (1972), publicado en parte en *The Neto York Review of Books* XVII: 11 (30 de diciembre de 1971), pp. 18-24, con el título de «The case against B. F. Skinner». <<

[8] No es necesario insistir en que los conocimientos actuales sobre estas cuestiones suelen tener muy poco de «teoría científica» en sentido estricto. Cf. Jerry A. Fodor, *Psychological explanation; an introduction to the philosophy of psychology*, Nueva York (Random House), 1968, y Michael Sherwood, *The logic of explanation in psychoanalysis*, Nueva York/Londres (Academic Press), 1969. En cuanto a los estudios estrictamente «sociales», la cosa parece ir de mal en peor. Obras como *The rise of anthropological theory* de Marvin Harris, Nueva York (Thomas Y. Crowell Co.), 1968, y *The philosophy of the social sciences* de Alan Ryan, Nueva York (Pantheon Books), 1970, presentan un panorama más bien desconsolador si se les aplica el rasero de la «filosofía de la ciencia» chomskiana (las contribuciones de Chomsky en este campo son de primer orden), por muy admirables que resulten en contraste con otras publicaciones. <<

[9] La creatividad de Chomsky resulta poco menos que increíble por cualquier lado que se la mire, y el polígono chomskiano tiene por fortuna muchos lados. (Para una bibliografía casi exhaustiva de los escritos de Chomsky hasta entonces, véase C. P. Otero, *Introducción a la lingüística transformaciones* México (Siglo xxi), 1970, pp. 273-277.) Bastará con hacer notar que a pesar de haber dedicado la mayor parte de sus mejores energías a luchar contra la guerra de Indochina, sin pausa ni desfallecimiento, desde 1965 (dejando inevitablemente una luminosa estela de charlas y artículos, tres libros propios —entre ellos el que los ingleses consideran «el más profundo estudio de lo que hace posible la ininterrumpida obscenidad de los EE. UU. en Vietnam»—, y uno en gran parte ajeno [N. Chomsky & H. Zinn (eds.), *Critical essays on the Pentagon Papers*, Boston (Beacon), 1972]), ha logrado contribuir de todos modos más que nadie al más reciente desarrollo de la lingüística (*cf*. mi nota 4, *supra*), si no más que todos los dedicados exclusivamente a los estudios lingüísticos (lo cual tiene muy poco de hipérbole, por sorprendente que parezca). <<

[10] Una de las menos crueles pero no menos funestas consecuencias de la irresponsabilidad moral de los dirigentes y mandarines norteamericanos es que la mente quizá con más probabilidades de éxito en la empresa tiene que dedicarse de lleno a frenar la destrucción, y no a la creación. Por si esto fuera poco, está siendo víctima también Chomsky de las desaforadas «investigaciones» del Gran Jurado de Boston sobre la publicación de los Documentos del Pentágono (sobre la perversión que implican estas «investigaciones» respecto a la vieja institución anglosajona del «Grand Jury», véase «Memorandum Opinion and Order in the matter of Anthony Russo, Jr., Witness Before the Grand Jury», U. S. District Court, Central District of California, 17 de noviembre de 1971, Mise. N.º 1821 (WF)). Hace sólo unos días ha tenido que pasar otra noche en la cárcel, junto con un centenar de personas prominentes, entre ellos varios Premios Nobel, siendo de notar que sobre ésta y otras muchas noticias la prensa norteamericana está teniendo muy poco que decir (a la libertad de prensa ha sucedido la libertad de autocensura), aparte la mínima excepción de *Newsweek (5* de junio de 1972, p. 54), que en un breve suelto (contiguo por cierto a una foto de J. Edgar Hoover) se limita a citar a Robert J. Lifton, catedrático de psiquiatría en la Universidad de Yale: «Pensad lo que dice de una sociedad el que un número creciente de sus ciudadanos adultos y más responsables concluya que la más responsable forma de conducta es la desobediencia civil». <<

[11] *Power: A New Social Analysis*, Nueva York (W. W. Norton & Company), 1938, p. 305. <<

[12] Bertrand Russell, *Proposed Roads to Freedom-Anarchy, Socialism and Syndicalism*, Nueva York (Henry Holt & Co.), 1919, pp. 186-87. <<

[13] «Prophets and Priests», en A. J, Ayer et al., *Bertrand Russell: Philosopher of the Century*, ed. Ralph Schoenman, Boston (Little Brown and Company), 1968, p. 72. <<

[14] Heinz Brandt, *The Search of a Third Way*, Garden City, N. Y. (Doubleday and Company), 1970, p. 305. <<

[15] *Proposed Roads to Freedom*, p. 212. <<

[16] Traducción de J. Sempere revisada y completada por C. Otero. <<

[17] *Human knowledge: Its scope and limits*, Nueva York (Simon & Schuster), 1948, p. v. [Traducido al español por Antonio Tovar con el título de *El conocimiento humano: Su alcance y sus limitaciones*, Madrid (Revista de Occidente), 1950; 2.ª ed. (Taurus), 1959, p. *7* del vol. I. Un subtítulo más exacto sería: Su *alcance y límites* (aparte de que entre *límites* y *limitaciones* hay un gran techo (cf., e. gr., VI, vi), el *sus* da un sentido distinto a la frase). Tampoco resulta demasiado exacta la traducción que da Tovar de los pasajes citados por Chomsky, de ahí que no haya sido adoptada en esta versión. (*C.O.*)] <<

[18] *Ibid*., pp. 503, 505, 507. [Traducción española citada, vol. II, pp. 348, 350-1, 354, respectivamente (pero es dudoso que el sentido original de los pasajes, sobre todo el del tercero, sea recuperable a partir de esa traducción, por lo demás no demasiado fiel al genio de la lengua). (*C.O.*)] <<

[19] *An enquiry concerning human understanding*, en David Hume, *Enquiries concerning the human understanding and concerning the principles of morals*, ed. L. A. Selfy-Bigge, 2.ª ed., Oxford (Clarendon Press), 1902, p. 108. <<

[20] «Linguistics and philosophy», en Sidney Hook (ed.), *Language and philosophy*, Nueva York (New York University Press), 1969, p. 97. La interpolación es mía. <<

[21] Nelson Goodman, *Fact, fiction and forecast*, Cambridge, Mass. (Harvard University Press), 1955, pp. 89-90. Goodman añade que «no nos concierne describir cómo funciona la mente sino más bien describir o definir la distinción que hace entre proyecciones válidas y no válidas», pero ocasionalmente discute asimismo el «problema genético». <<

[22] *Ibid*., pp. 96, 117. <<

[23] *Ibid*., pp. 97-98. <<

[24] Cf. Nelson Goodman, «The emperor's new ideas», en Hook, ed., *Language and philosophy*, p. 140: «Estoy convencido de que los hablantes acostumbrados a proyectar 'grue' en vez de 'green' estarían igualmente seguros de que los animales usan 'grue' en lugar de 'green' como base para sus generalizaciones». <<

[25] Para una formulación que no da por supuesto lo que se trata de probar, véase mi contribución al mismo volumen, pp. 71-72. *[Language and mind*, 1972, pp. 177-78. (*C.O.*)] <<

[26] «Linguistics and philosophy», pp. 97-98. <<

[27] Immanuel Kant, *A critique of pure reason*, trad. Norman Kemp, Nueva York (Random House, Modern Library), 1958, pp. 110-111. <<

[28] Jacques Monod, *La hasard et la nécessité*, Paris (Éditions du Seuil), 1970, pp. 150-1. *[El azar y la necesidad*; ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna. Trad, de F. Ferrer Lerín, Barcelona, 1971. (*C.O.*)] <<

[29] *Human knowledge*, pp. 72, 67, 65. [Trad. castellana cit., I, pp. 105, 100, 97. (*C.O.*)] <<

[30] Willard V. O. Quine, *Word and Object*, Cambridge, Mass. (The M.I.T. Press), I960, pp. 92-95. <<

[31] Monod, *La hasard et la nécessité*, pp. 167-168. <<

[32] *Human knowledge*, p. 74. [Trad. castellana cit., I, p. 109. (*C.O.*)] <<

[33] David Pears, «Universals», en Anthony Flew, ed., Logic *and language*, Second Series, Nueva York (Philosophical Library), 1953, pp. 63, 64. <<

[34] *Human knowledge*, p. 4. [Trad. castellana cit., I, p. 20. (*C.O.*)] <<

[35] Ludwig Wittgenstein, *Blue and Brown Books* (Harper & Row, Harper Torchbooks), 1958, p. 28. <<

[36] Bertrand Russell, Ar» *inquiry into meaning and truth*, Londres (George Allen & Unwin), 1940, p. 27, entre otras. <<

[37] Russell, *Human knowledge*, pp. 469, 495-496. [Trad. castellana cit., II, pp. 305, 338-339. (*C.O.*)] <<

[38] Véase Roy Edgely, «Innate ideas», en G. N. A. Vesey, ed., *Knowledge and necessity*, Royal Institute of Philosophy Lectures, Nueva York (St. Martin's Press), 1970, para un interesante examen de esta cuestión. <<

[39] El ejemplo es de R. Dougherty. En la discusión subsiguiente, me valdré de las investigaciones de Joan Bresnan, Howard Lasnik, Michael Heike, Paul Postal y otros, sin atribución específica ulterior. <<

[40] Si el ejemplo inglés no resulta meridiano, compárese las oraciones *el gerente de N.A.T.E.S.A. fue denunciado por un robo y el gerente de N.A.T.E.S.A. fue denunciado por un bobo*. La segunda corresponde a *un bobo denunció al gerente de N.A.T.E.S.A.*, pero la primera NO corresponde a *un robo denunció al gerente de N.A.T.E.S.A.*, sino más bien a *(alguien) denunció al gerente de N.A.T.E.S.A. por un robo*. Aunque en una y otra la relación gramatical funcional objeto/verbo media entre *el gerente de N.A.T.E.S.A.* (objeto) y *denunció* (verbo), la relación gramatical funcional sujeto/predicado media en un caso entre *un bobo* y el resto de la oración, y en el otro caso entre un sujeto inexpresado (digamos, *alguien) y denunció al gerente de N.A.T.E.S.A. por un robo*. En otras palabras, entre las «estructuras patentes» de las dos primeras oraciones no hay más diferencia que entre los sonidos iniciales de *robo y bobo*, mientras que por el contrario «las relaciones gramaticales semánticamente representativas» determinadas por la «estructura latente» son muy dispares en uno y otro caso. Para un ejemplo que corresponde mejor, sintácticamente, al ejemplo inglés (pese a la diferencia entre *suele* y *hoce*), piénsese en *el ministro suele permitir malversaciones de los fondos públicos* frente a *el ministro hace permitir malversaciones de los fondos públicos*. En la primera oración es *el ministro* el que permite (la estructura latente de la oración incrustada corresponde a *el ministro permite malversaciones de los fondos públicos*), mientras que en la segunda no es el ministro, sino uno de sus subordinados o compinches, el que permite (i.e. *alguien permite malversaciones de los fondos públicos*, obligado por el ministro). Un ejemplo más característico de las lenguas romances (y en que la identidad en «estructura patente» es casi completa) sería *el ministro hace hurtar a sus compinches* (i.e. *los compinches del ministro hurtan*) frente a *el ministro hace hartar a sus compinches* (i.e. *alguien harta a los compinches del ministro). (C.O.)* <<

[41] Véase Noam Chomsky & Morris Halle, *Sound pattern of English*, Nueva York (Harper & Row), 1968, para una presentación de una teoría-general-de-la-estructura-fónica aplicada al inglés. Véase asimismo las investigaciones más recientes de Steven Anderson, Michael Brame, Joan Bresnan, Charles Kisseberth, y otros. <<

[42] Nótese bien que lo crucial para el autor es que se trata de una operación estrictamente formal, aplicable «a ciegas» (como dirá más adelante), sin tener en cuenta diferencias de otro tipo. Basta que la «secuencia de elementos» tenga además la «estructura» de una Frase Nominal, que podemos simbolizar FN para mayor perspicuidad. Así pues, la operación formal (transformación en este caso) convertirá la cadena [FN *is* X] en la cadena [is FN X] tanto si la «secuencia de elementos» que precede a *is* es *the dog* 'el perro' como si es *the dog (that is) in the corner* 'el perro que está en la esquina' (lo que va entre paréntesis puede ser suprimido en inglés) o *the bird which sang a moment ago* 'el pájaro que cantó hace un momento', pues las tres frases tienen la misma estructura FN exigida por la regla. (*C.O.)* <<

[43] *The philosophical works of Descartes*, trans. E. S. Haldane & G. R. Ross, Nueva York (Dover Publications), 1955, vol. 2, pp. 227-228. Para más discusión y referencias, véase mi *Cartesian linguistics*, Nueva York (Harper & Row), 1966 [traducción castellana (Gredos), 1969; trad. catalana (Seix Barrai), 1970]; *Aspects of the theory of syntax*, Cambridge, Mass. (The M.I.T. Press), 1965 [trad, castellana (Aguilar), 1970], capítulo 1; y *Language and mind*, Nueva York (Harcourt, Brace & World, Inc.), 1968 [trad, castellana (Seix Barral), 1971]. Sobre algunos precursores de Kant en el estudio de la «conformidad de los objetos a nuestro modo de cognición» y del «idealismo racionalístico» en general, véase Arthur Lovejoy, «Kant and the English Platonists», en *Essays philosophical and psychological: In honor of William James*, Nueva York (Longmans, Green & Company), 1908. <<

[44] No es posible esta pasiva en español (SE *cree que el perro está hambriento*, con el SE de SE *vive*, aunque tiene un sentido muy parecido, es una oración activa). Puede ayudar a hacerse idea del ejemplo inglés la oración *tienen el perro por rabioso*, con su correspondiente pasiva *el perro es tenido por rabioso*. Cf. la nota 53. (*C.O.*) <<

[45] Tampoco es posible esta construcción en español: *creo que tu testimonio ha sido prestado bajo coacción* contiene «tiempo» también en la oración subordinada (no un infinitivo como en inglés; cf. la nota º8). Ni, por supuesto, es posible la pasiva en la oración principal (cf. *SE cree que tu testimonio ha sido prestado bajo coacción*). (*C.O.*) <<

[46] Como en otros pasajes de esta obra (cf. la nota º1), «gramaticales» en este sentido no incluye «semánticas»; se refiere más bien a lo que cabría llamar relaciones «gramaticales funcionales»: e. gr. la que media entre un verbo y su objeto o entre una oración y su sujeto. (*C.O.*) <<

[47] Cabría argüir que las dos últimas oraciones son derivadas, no mediante pasivización, sino mediante «reemplazamiento de *it*» a partir de *it was believed [your testimony…]*. Si es así, los mismos comentarios son aplicables a esta regla y las otras requeridas en la derivación. Es preciso observar que las propiedades léxicas de elementos particulares determinan la permisibilidad de las transformaciones y que las reglas de interpretación semántica pueden ser inaplicables en ciertos casos si las transformaciones han sido aplicadas. Este «efecto filtrante» de las transformaciones las hace en realidad inaplicables en ciertos casos. <<

[48] Usando FN como símbolo de Frase Nominal, N como símbolo de Nombre y DET como símbolo de Determinante, el «encorchetamiento rotulado» de la Frase Verbal (FV) *creer tu testimonio* sería $_{FV}[_{V}$ [creer] $_{FN}[_{DET}$ [tu]$_{N}$[testimonio]]]. Pero el rótulo que cuenta para la pasiva tal como ha sido formulada por el autor es FN, siempre que vaya precedido de un V (Verbo). (*C.O.*) <<

[49] Citado por M. H. Abrams en *The mirror and the lamp: Romantic theory and the critical tradition*, Nueva York (Oxford University Press), 1953, p. 100. <<

[50] William Empson, *Seven types of ambiguity*, Nueva York (New Directions Pub. Corp.), 1947, pp. 48, 25. (Cf. Carlos Bousoño, *Teoría de la expresión poética*, Madrid (Gredos), 1952; 5.ª ed., 1970, (*C.O.*)] <<

[51] Para una discusión más cuidadosa de los temas que siguen y cuestiones relacionadas, véase mi «Conditions on transformations», que aparecerá en Steven Anderson & R. P. V. Kiparsky, eds., *Studies presented to Morris Halle*, Nueva York (Holt, Rinehart & Winston), en preparación. [E independientemente como libro, que publicará Mouton con el título de *Conditions on rules* (más exacto). (C.O.)] <<

[52] En español se puede decir *creo estar hambriento*, pero no *creo el perro estar hambriento* (sin «tiempo» en la oración subordinada), y, por supuesto, tampoco es posible la pasiva de esta última oración. Cf. la nota 53. (*C.O.*) <<

[53] Un ejemplo de oración incrustada sin «tiempo» en español es *el pueblo no permitió a los esbirros maltratar a los obreros (los esbirros no fueron permitidos maltratar a los obreros)*, frente a *el pueblo no permitió que los esbirros maltratasen a los obreros* (que no tiene pasiva). (*C.O.)* <<

[54] Ninguno de los ejemplos de este párrafo tiene correspondencia exacta en español (las glosas castellanas corresponden más bien a *each of the candidates…*, excepto en el segundo ejemplo). Véase R. C. Dougherty, *Language 46* (1970), 850-98. (*C.O.*) <<

[55] El uso del término «sujeto» requiere explicación. Para una definición apropiada y una explicación de por qué es propio considerar que *John* ‘Juan’ es el «sujeto» de *denounce* ‘denunciar’, *denunciation* ‘denuncia (acción de denunciar)’, *picture* ‘foto’ en *John denounced Bill* ‘Juan denunció a Guillermo’, *John’s denunciation of Bill* ‘la-denuncia-de-Juan de Guillermo’, *John’s picture of Bill* ‘la-foto-de-Juan de Guillermo’, respectivamente, véase mi «Remarks on nominalization», en R. A. Jacobs & P. S. Rosenbaum, eds., *Readings in English transformational grammar*, Boston (Ginn & Co.), 1970. El lector cuidadoso notará que estoy usando el término «sujeto de» con una ligera ambigüedad. Así que en *John denounces Bill* me refiero a *John* como sujeto de *denounces* y también como sujeto de *denounces Bill*. Análogamente en *John’s denunciation of Bill*. <<

[56] Tampoco tienen correspondencia sintáctica en español estos ejemplos (*sus fotos* ‘his pictures’ puede dar idea de *Johns pictures*). La sintaxis de las glosas no corresponde punto por punto a la del original inglés. (*C.O.*) <<

[57] Es decir, tienen algún referente en común (el referente de *yo* —el individuo al que hace referencia *yo*— está siempre incluido en el de *nosotros* para el que habla, pero el referente de *tú* o de *vosotros* puede estarlo o no, de ahí la ambigüedad de *nosotros*, que puede tener sentido inclusivo, equivalente a *nosotros y vosotros*, y sentido exclusivo, en cuyo caso la referencia de *nosotros* no se intersecciona con la de *vosotros*; en otras palabras, el *nosotros* exclusivo y *vosotros* son nombres de conjuntos disyuntas —porque no tienen ningún miembro en común—, sin intersección —o, si se quiere, con intersección nula o vacía). (*C.O.*) <<

[58] Quizá resulte todo esto más claro poniendo el abarque de la negación entre ángulos: *vi NO [muchas de las fotos], pues sólo vi tres* (primera interpretación), frente a *NO [vi muchas de las fotos], pero vi muchas otras* (segunda interpretación); *vi fotos de NO [muchos de los niños] pues sólo vi las de tres* (primera), frente a *NO [vi fotos de muchos de los niños*], *pero sí de muchos otros* (segunda). Obsérvese que sería contradictorio decir *vi no muchas de las fotos, pero vi muchas otras,* mientras que *no vi muchas de las fotos, pero vi muchas otras* no lo es. Lo curioso es que se entiende lo primero (asociando la negación con el cuantificante) aun cuando se dice lo segundo (como se entiende *NO* [*todo lo que reluce] es oro* cuando se dice *NO* [*es oro] todo lo que reluce*).

Procediendo de igual manera con el ejemplo que el autor da a continuación, resulta: *vi las fotos que Juan tiene de NO [muchos de los niños*] (que no corresponde a la primera interpretación) y *NO* [*vi las fotos que Juan tiene de muchos de los* niños] (que sí corresponde a la segunda). (*C.O.*) <<

[59] *What* ‘lo que’ es un ejemplo de «palabra interrogante» en el sentido del texto; la construcción *for… to* no tiene correspondencia sintáctica en español (suele corresponder a *[que* ORACION DE SUBJUNTIVO], como en la glosa del ejemplo inglés). (*C.O.*) <<

[60] Omito aquí algunos detalles técnicos, e. gr., las reglas que opcionalmente dan a la posición del complementante la forma fonética *that* ‘que’. <<

[61] Véase George K. Zipf, *The psycho-biology of language: An introduction to dynamic philology*, Cambridge, Mass. (The M.I.T. Press), 1965 [1.ª ed. Boston (Houghton Mifflin Company), 1935]. Para discusión, véase G. A. Miller & Noam Chomsky, «Finitary models of language users», en Robert D. Luce, Robert R. Bush & Eugene Galanter, eds., *Handbook of mathematical psychology*, Nueva York (John Wiley & Sons), 1963, vol. 2. <<

[62] Sampson Reed, *Observations on the growth of the mind*, 5.ª ed., Boston (Crosby, Nichols & Company), 1859, p. 45. Debo esta referencia a Howard Zinn. <<

[63] «The logic of abduction», en Vincent Tomas, ed., *Peirce's essays in the philosophy of science*, Nueva York (Liberal Arts Press), 1957, pp. 238, 244. Para más discusión, véase mi *Language and mind*. [Enlarged edition, 1972.] <<

[64] Bertrand Russell, in collaboration with Dora Russell, *The prospects of industrial civilization*, Nueva York y Londres (The Century Company), 1923, pp. 40-41. <<

[65] *Ibid*., pp. 274-275. <<

[66] Traducción de J. Sempere <<

[67] Bertrand Russell, *Principles of Social Reconstruction* Londres (George Allen & Unwin), 1916, p. 25. Si no se indica otra cosa, las citas siguientes están sacadas de este libro y otros escritos durante la primera guerra mundial o poco después, en particular de *Proposed Roads to Freedom - Socialism, Anarchism and Syndicalism*, Nueva York (Henry Holt & Co.), 1919; *Political Ideals*, Nueva York y Londres (The Century Company), 1917; *The Practice and Theory of Bolshevism*, Londres (George Allen & Unwin), 1920 [trad. castellana: *Teoría y práctica del bolchevismo*, Barcelona (Ariel), 1969] y *The Prospects of Industrial Civilization*, Nueva York y Londres (The Century Company), 1923. <<

[68] Wilhelm von Humboldt, *The Limits of State Action*, ed. por J. W. Burrow, Cambridge Studies in the History and Theory of Politics, Cambridge (Cambridge University Press), 1969, pp. 76, 63, 28. <<

[69] *Ibid*., p. 27. <<

[70] «Anarchist Communism», citado por Bertrand Russell en *Proposed Roads to Freedom*, p. 100. <<

[71] Humboldt, *Limits of State Action*, ρ. 69. <<

[72] Bertrand Russell, «What desires are politically important?», en Horts Frenz, ed., *Nobel Lectures: Literature 1901-1967*, Amsterdam, Londres, Nueva York (Elsevier Publishing Company), 1969, p. 463. <<

[73] Anthony Crosland, «The Anti-growth Heresy», *New Statesman*, 8 de enero de 1971, p. 39. <<

[74] R. H. Tawney, «The conditions of economic liberty», *The Radical Tradition*, ed. Rita Hinden, Nueva York (Pantheon Books), 1964, p. 103. <<

[75] Hannah Arendt, *On Revolution*, Nueva York (The Viking Press), 1963, p. 253. La autora advierte además que estos procesos espontáneos han sido olvidados, incluso por parte de historiadores simpatizantes con los movimientos revolucionarios. Para observaciones similares, véase Arthur Rosenberg, *A History of Bolshevism from Marx to the First Five Years' Plan*, Nueva York (Russell and Russell Publishers), 1965. Hay que notar que Arendt cree que los consejos debieran dedicarse a la política y no convertirse en consejos de trabajadores. <<

[76] Paul Samuelson, *Economies*, 6.* ed., Nueva York (McGraw-Hill Book Company), 1964, p. 39. <<

[77] Citado por James Weinstein, *The Corporate Ideal in the Liberal State: 1900-1918*, Boston (Beacon Press), 19C8, p. 10. Perkins fue también directivo de la United States Steel y la International Harvester. <<

[78] Citado por Ralph Miliband, *The State in Capitalist Society*, Nueva York (Basic Books), 1969, p. 31 n., entre otras muchas afirmaciones parecidas. <<

[79] Humboldt, *Limits of State Action*, pp. 24, 76, 136. <<

[80] Citado en Moshe Lewin, *Lenins Last Struggle*, Nueva York (Pantheon Books), 1968, p. 4. <<

[81] Tsang K'o-chia, citado por Keith Buchanan, *Transformation of the Chinese Earth*, Nueva York (Praeger Publishers), 1970, p. 98. <<

[82] M. Sergven, «Paths of revolution», *Vol nyi Golos, Truda*, septiembre de 1918. Reimpreso en *Libertarian Analysis*, vol. I, n.º 1 (invierno de 1970). Ha de aparecer en una historia documental del anarquismo ruso, de Paul Avrich. Avrich sugiere que «Sergven» es un pseudónimo de Gregori Maksimov. <<

[83] Senador William Fulbright, citado en el *Boston Globe*, 20 de junio de 1969; resolución del Comité senatorial de Relaciones exteriores, 16 de abril de 1969. <<

[84] Respectivamente: Bertram Gross, *Social Policy*, vol. I, n.º 4 (nov.-dic. 1970); Daniel R. Fusfeld, Conference Reprints, Union of Radical Political Economics, n.º 2. Gross es *distinguished professor* de Asuntos Urbanos en el Hunter College de la ciudad universitaria de Nueva York; Fusfeld es profesor de Economía en la universidad de Michigan. <<

[85] «Asia and the Prospects for World Order», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 390 (julio de 1970), p. 36. Clark es ahora presidente nacional de los Federalistas del Mundo, sección estadounidense, y uno de los vicepresidentes de la Academia. <<

[86] Wilson C. McWilliams, «Democracy, Publics and Protest: The Problem of Foreign Policy», *Journal of International Affairs*, vol. 23, n.º 2 (1969), p. 197. Ver mi *At War with Asia*, Nueva York (Pantheon Books), 1970, cap. I, para otras referencias y discusiones. [Trad. castellana de próxima aparición en Ed. Ariel, Barcelona.] <<

[87] Wolfgang Friedmann, «Interventionism, Liberalism and Power Politics: The Unfinished Revolution in International Thinking», *Political Science Quarterly*, vol. 83, n.º 2 (junio de 1968), p. 188. <<

[88] «Certified Public accountant», *New York Review of Books*, 18 de junio de 1970, p. 23. Weddeburn es profesor de Derecho comercial en la *London School of Economies*, y era *visiting professor* en la Escuela de Derecho de Harvard cuando esto fue escrito. <<

[89] «On the Limited Relevance of Economics», *Public Interest*, otoño de 1970. <<

[90] *Le Monde Weekly Selection*, 22 de julio de 1970. Véase también Eric R. Wolf y Joseph G. Jorgensen, «Anthropology on the Warpath in Thailand», *New York Review of Books*, 19 de noviembre de 1970. Algunos participantes en los programas de Tailandia dicen que estas evaluaciones no son justas. La objeción, naturalmente, no puede evaluarse mientras los materiales sean inaccesibles. <<

[91] Wolf y Jorgensen, «Anthropology on the Warpath in Thailand», p. 32, refiriéndose a un informe de la institución relativo a un período de veinte años. <<

[92] Estos datos sobre la Institución Hoover y el Instituto de Estudios Hispanoamericanos y Lusobrasileños han sido sacados de David Horowitz, «Sinews of Empire», *Ramparts*, oct. 1969, pp. 32-42. <<

[93] Para un examen de este Centro, véase el *Bulletin of Concerned Asian Scholars*, número especial, febrero de 1971. <<

[94] *Southern Illinoisan*, 18 de octubre de 1970. <<

[95] Conyers Read (en 1949), citado por Michael Parenti, *The Anti-Communist Impulse*, Nueva York (Random House), 19Θ9, p. 75. Read se equivocaba, dicho sea de paso, respecto al «comportamiento desapasionado», que ha sido pervertido hasta hacer de él un instrumento ideológico. Ver, más abajo, algunos comentarios al respecto. <<

[96] *Invitation to Sociology: A Humanistic Perspective*, Garden City, N. Y. (Doubleday & Company, Anchor Books), 1963, p. 152. <<

[97] Los comentarios sobre estas posibilidades son demasiado numerosos para ser enumeradas. Véase, por ejemplo, André Gorz, *Stratégie ouvrière et néocapitalisme*, Paris (Seuil), 1966; Alain Touraine, *La sociedad postindustrial*, Barcelona (Ariel), 1970; Norman Birnbaum, *The crisis of Industrial Society*, Nueva York (Oxford University Press), 1969; y otros muchos estudios. <<

[98] «The End of the Republic?», *New York Review of Books*, 24 de septiembre de 1970, pp. 39-40. <<

[99] Weinstein, *The Corporate Ideal*, p. IX. <<

[100] Véase, por ejemplo, *The Debate on Workers' Control*, Institute for Workers' Control, 1970; «The Ambiguities of 'Workers' Control», *Solidarity*, vol. 6, n.º 6 (15 oct. 1970). <<

[101] John T. Dunlop, introducción a la obra de Adolf Sturmthal, *Workers' Councils*, Cambridge, Mass. (Harvard University Press), 1964, p. V. [Existe traducción en castellano, Barcelona (Fontanella), 1971.] <<

[102] Arthur Redford, citado por Adam B. Ulam en las pp. 66-67 de *The Unfinished Revolution: An Essay on the Sources of Influence of Marxism and Communism*, Nueva York (Random House), 1960, donde se desarrolla esta tesis. <<

[103] Seymour Martin Lipset, *Political Man: The Social Bases of Politics*, Garden Citv, N. Y. (Doubledav & Company), 1960, p. 406. <<

[104] Véase, por ejemplo, Adam Yarmolinsky, «The Military Establishment», *Foreign Policy*, invierno 1970-1971, pp. 78-79. El autor sigue reconviniendo a «los revisionistas históricos de la Nueva Izquierda» (sin referencia), siguiendo la convención literaria en artículos de esta clase. <<

[105] «The Large Corporation and American Foreign Policy», en David Horowitz, ed., *Corporations and the Cold War*, Nueva York (Monthly Review Press y Fundación Bertrand Russell), 1969, p. 100. Otra figura que sobresalía por su candidez era Dean Acheson. Hay cierto examen de estas cuestiones en Ronald Steel, «Commissar of the Cold War», *New York Review of Books*, 12 febrero 1970, pp. 15-21. <<

[106] Townsend Hoopes, *The Limits of Intervention*, Nueva York (David McKay Co.), 1969, pp. 15, 16, 8. <<

[107] Townsend Hoopes, «Legacy of the Cold War in Indochina», *Foreign Affairs*, vol. 48, n.º 4 (julio 1970), pp. 802, 601. <<

[108] Sidney Hook, «The Knight of the Double Standard», *The Humanist*, vol. 21, n.º 1 (enero-febrero 1971), p. 32. <<

[109] Eugene Rostow, citado por William Whitworth en «A Reporter at Large: Interview with Eugene V. Rostow», *New Yorker*, *4* de julio de 1970, pp. 30-56. <<

[110] William Bundy, «New Tides in Southern Asia», *Foreign Affairs*, vol. 49, n.º 2 (enero 1971), p. 191. <<

[111] William Jennings Bryan, citado por Williams «The Large Corporation and American Foreign Policy», p. 85. <<

[112] Telford Taylor, *Nuremberg and Vietnam: An American Tragedy*, Chicago (Quadrangle Books), 1970, p. 205. Una afirmación aún más explícita de Taylor puede verse en el *New York Times* del 9 de enero de 1971. Al mismo tiempo, Taylor revela la debilidad moral esencial de las actuaciones de Nuremberg. El bombardeo norteamericano de Vietnam del Norte, dice, no puede considerarse como una violación de las leyes de guerra porque «el bombardeo aéreo se había empleado tan extensa y despiadadamente tanto sobre los aliados como sobre los países del Eje, que ni en Nuremberg ni en Tokio fue tenida en cuenta esta cuestión en los procesos». <<

[113] «The Nuremberg Suggestion», *Washington Monthly*, enero de 1970, pp. 18-21. Para un examen de estas cuestiones, véase mi *At War sith Asia*, cap. 6. <<

[114] Taylor, *Nuremberg and Vietnam*, p. 202. <<

[115] *Confessions of a Disloyal European*, Nueva York (Pantheon Books), 1968, pp. 200-201. <<

[116] Para más detalles, remontándose a tres años atrás, véase Jonathan Schell, *The Military Half*, Nueva York (Random House, Vintage Books), 1968. En aquel tiempo —es decir, antes de la gran expansion de la guerra tecnológica en 1968— varias provincias norteñas fueron destruidas en un 70%, según estimaciones de los periodistas. <<

[117] *New York Times*, 11 de enero de 1971. Añadido en la imprenta: En un artículo titulado «Saigon is said to abandon big refugee resettlement», el *New York Times* del 12 de marzo informa de que «los funcionarios norteamericanos sintieron vergüenza ante las revelaciones del mes de enero» y que «desde este instante, la idea ha sido abandonada» (citando una fuente norteamericana en Saigón). Las cifras de reasentamientos habitualmente citadas —entre 10 000 y 20 000 refugiados— «están muy por debajo de las estimaciones iniciales de los interesados». Los funcionarios americanos aseguran que el cambio de planes fue motivado por una encuesta llevada a cabo entre los refugiados. Si bien es virtualmente imposible confirmar los hechos, pudiera ser que la protesta pública que siguió a la revelación de estos escandalosos planes diera lugar a que el proyecto fuera abandonado o reducido. Si así fue, la lección es clara. El mismo informe señala que cerca de un millón de vietnamitas están viviendo «en condiciones consideradas oficialmente como insoportables» en la región del norte.

Aunque los informes publicados son insuficientes, es evidente que el éxodo forzado de la población sigue produciéndose en Indochina. Tad Szulc dice que el número de refugiados de guerra de Vietnam del Sur ha aumentado dramáticamente, quizás hasta multiplicarse la tasa mensual por cinco entre octubre de 1970 y febrero de 1971, como consecuencia de nuevas acciones militares de las fuerzas norteamericano-sud-vietnamitas. Entre ellos figuran 40 000 habitantes de las zonas montañesas y 38 000 refugiados de la zona forestal de U Minh, «expulsados como consecuencia de los ataques de los B-52 y de las operaciones de las tropas sudvietnamitas» (*New York Times*, 13 de marzo). El Subcomité Kennedy sobre refugiados estima que se han «generado» tres millones de refugiados en el curso de los dos últimos años, y esta estimación es confirmada por otras fuentes gubernamentales (Herbert Mitgang, *New York Times*, 15 de marzo). Mientras la nación se rasga las vestiduras por lo del juicio del teniente Calley, una nueva operación en la zona de My Lai «quizá llegue a expulsar de sus hogares a unas 16 000 personas» (Henry Kamm, *New York Times*, 1 de abril). Las tribus de las

colinas laosianas han sido deportadas por la fuerza por las tropas sudvietnamitas en retirada, en proporciones desconocidas (*New York Times*, 29 de marzo). Respecto a la envergadura de estas operaciones, sólo cabe la especulación. <<

[118] Doug Hostetter, entrevista en CRV *Newsletter*, enero de 1971, 840 West Oakdale Avenue, Chicago. Hostetter, un pacifista religioso, trabajó como voluntario de 1966 a 1969 en la provincia de Quang Tin y volvió allí recientemente en una breve visita. Habla vietnamita y conoce bien la región. Considera que la población rural es favorable al FLN en un *95*% y la población de la capital de la provincia (según informes vietnamitas) en un 80%. La gente es tan opuesta al gobierno, dice, que cuando el vicepresidente Ky fue a visitar el pueblo en el que había vivido, toda la población (salvo los funcionarios) fue confinada en sus casas: «podían disparar contra las personas por el mero hecho de estar en la calle. Ése es el amor de que goza el gobierno de Saigon». <<

[119] *Vietnam Diary*, Nueva York (Holt, Rinehart & Winston), 1963, p. 108. Para los primeros esfuerzos hechos por Russell, véase su obra *War Crimes in Vietnam*, Nueva York (Monthly Review Press), 1967 [trad. castellana: *Crímenes de guerra en Vietnam*, Madrid (Aguilar), 1967]. <<

[120] Para algunas referencias, véase mi *At War with Asia*, cap. 2. Acerca de la intervención norteamericana en Laos en este período, véase N. Adams y A. McCoy, eds., Laos: War and *Revolution*, Nueva York (Harper & Row), 1970. Respecto a este tema, es interesante la lectura del artículo de Coral Bell, «How guilty are American liberals?», *New Society*, 9 de abril de 1970, artículo que ignora enteramente la naturaleza de la intervención militar norteamericana en Vietnam y Laos bajo el gobierno de Kennedy, así como el hecho de que fueron los mismos consejeros liberales y un presidente con credenciales liberales frente a las de su predecesor quienes iniciaron la escalada de la guerra. <<

[121] Uno de los libros que no hallaron ninguna empresa importante de edición que los publicara y que no fueron objeto prácticamente de ningún comentario es la colección documental titulada *In the Name of America*, editado por Seymour Melman y otros, Annandale, Va. (Turnpike Press), 1968. <<

[122] Vladimir Dedijer, *The Battle Stalin Lost*, Nueva York (The Viking Press), 1971, p. 331. <<

[123] La última frase procede del informe de *Science*, 8 de enero de 1971. <<

[124] *New York Times*, 9 de enero de 1971. Las dos frases siguientes son del portavoz del Pentágono Jerry Friedheim. <<

[125] Traducido de «Lösung für Vietnam», *Neues Forum* (Viena), agosto-septiembre 1966, por Edward S. Hermann, en su obra *Atrocities in Vietnam*, Filadelfia (Pilgrim Press), 1970, p. 22. Buttinger fue uno de los primeros que apoyó a Diem, aunque más tarde le retiró su apoyo. Buttinger califica el Frente de Liberación Nacional de «Vietminh renacido». <<

[126] John H. Boyle, «The Road to Sino-Japanese Collaboration», *Monumenta Nipponica*, vol. 25 (1970), pp. 3-4. <<

[127] Paul F. Langer, *Laos: Preparing for a Settlement in Vietnam*, P-4024, RAND Corporation, febrero de 1969. <<

[128] Russell, *Practice and Theory of Bolshevism*, pp. 68, 55. <<

[129] George K. Tanham y Dermis J. Duneanson, «Some Dilemmas of Counterinsurgency», *Foreign Affairs*, vol. 48, núm. 1 (octubre 1969), pp. 113-22. <<

[130] Para las referencias, véase mi *American Power and the New Mandarins*, Nueva York (Pantheon Books), 1969, cap. I. [Hay una versión castellana (no completa) titulada *La responsabilidad de los intelectuales*, Barcelona (Ariel), 1969.] <<

[131] Citado por Wolf y Jorgensen, «Anthropology in the Warpath in Thailand», del trabajo de los Institutos Americanos para la Investigación titulado «Counter-insurgency in Thailand, a Research and Development Proposal» (Pittsburgh, 1967). El informe señala que la aplicación de los hallazgos en los Estados Unidos «constituye una contribución al proyecto potencialmente muy significativa». <<

[132] Citas y paráfrasis de Ian Wright. «US in Asia - Mad or Bad?» Review of Proceedings of the Bertrand Russell War Crimes Tribunal, *The Guardian*, 29 de enero de 1971 (con observaciones marginales en mi *At War with Asia*). <<

[133] *The Nation*, 23 de mayo de 1966. Citada por Parenti, *Anti-communist Impulse*, pp. 167-68. <<

[134] Hoopes, *Limits of Intervention*, p. 129. <<

[135] Robert G. Kaiser, *Boston Globe-Washington Post*, 30 de agosto de 1970.
<<

[136] Taylor, *Nuremberg and Vietnam*, p. 101. <<

[137] «The Rape of Indochina», *Far Eastern Economic Redete*, 16 de julio de 1970, p. 22. <<

[138] Jean-Claude Pomonti, *Le Monde Weekly Selection*, 23 de septiembre de 1970. <<

[139] *The Lost Crusade: America in Vietnam*, Nueva York (Dodd, Mead & Company), 1970, pp. 277, 264, 265. <<

[140] Para conseguir pruebas sobre estas cuestiones, ver, por ejemplo, Robert Sansom, *The Economics of Insurgency in the Mekong Delta*, Cambridge, Mass. (The M.I.T, Press), 1970; William Nighswonger, *Rural Pacification in Vietnam*, Nueva York (Praeger Publishers), 1967; Jeffrey Race, «How They Won», *Asian Survey*, agosto de 1970 (y su excelente estudio sobre la provincia de Long An, de próxima aparición); Douglas Pike, *Viet Cong*, Cambridge, Mass. (The M.I.T. Press), 1966; y otras muchas fuentes. En algunas de ellas (por ejemplo, Pike) hay que distinguir cuidadosamente entre pruebas y conclusiones. <<

[141] Entrevista efectuada dos días antes de su asesinato, reproducida en la crítica del libro de Kennedy *Thirteen Days*, hecha por Ronald Steel, titulada «Endgame», *New York Review of Books*, 13 de marzo de 1969, p. 22. <<

[142] Yarmolinsky, «The Military Establishment», p. 91. <<

[143] «Johnson and Kennedy: The Two Thousand Days», *New York Times Magazine*, 6 de noviembre de 1966, p. 139. Los vietnamitas, dicho sea de paso, tienen pocas razones para estar agradecidos por esta victoria. Como dice Cooper, el dramático éxito cosechado por Kennedy dio «un estímulo adicional» a su actitud en política exterior. Esto le empujó a seguirse introduciendo en el Sudeste de Asia, donde «Vietnam proporcionaba tanto un reto cuanto una oportunidad para poner a prueba las nuevas doctrinas» de la contra-insurgencia. <<

[144] Crítica de *Thirteen Days*, de Robert Kennedy, en *Political Science Quarterly*, vol. 85, n.º 4 (diciembre de 1970), pp. 654-56. <<

[145] Las pruebas en favor de esto son resumidas por Ronald Steel en su crítica del mismo libro (ver nota 75). Menciona comentarios al respecto de Roger Hilsman, Dwight Eisenhower, Theodore Sorensen, John Kenneth Galbraith y otros. Kaplan, siguiendo el principio de atacar al portador de malas noticias, comenta que esta idea «corresponde a la actitud paranoica que cabe esperar de la *New York Review of Books*», dejando de mencionar que la idea no ha sido sugerida por Steel, sino por las fuentes citadas. Para redondear el absurdo, admite unas líneas más abajo, en la cita reproducida aquí, que Kennedy estaba pensando sin ninguna duda en las elecciones de 1962. Kaplan se diferencia de Steel en creer que el interés político de Kennedy y el interés nacional coinciden.

Dicho sea de paso, puesto que Kaplan no llega a identificar al hombre que a su juicio ha difamado de tal manera a su líder, sólo me cabe la posibilidad de suponer que se refiere a la crítica hecha por Steel del mismo libro en la *New York Review of Books*. <<

[146] Véase Jonathan Mirsky y Stephen E. Stonefield, «The United States in Laos, *1945-1962*», en la obra editada por Edward Friedman y Mark Seiden, *Americas Asia*, Nueva York (Pantheon Books), 1971, pp. 253-323. <<

[147] Véase Earl C. Ravenal, «The Nixon Doctrine and Our Asian Commitments», *Foreign Affairs*, vol. 49, n.º 2 (enero de 1971), pp. 201-17. Ravenal fue el director de la División Asiática (Análisis de sistemas) en los servicios de la Secretaría de Defensa, entre 1967 y 1969. Véase también Daniel Lang, «A Reporter at Large: The Supreme Option», *New Yorker*, 9 de enero de 1971, pp. 52-61. <<

[148] Para un debate reciente, véase Morton H. Halperin, «Vietnam: Options», *New York Times*, 7 de noviembre de 1970 (Halperin dimitió recientemente del Comité superior del Consejo Nacional de Seguridad); Michael Malloy, «Vietnam: Prelude to Brute Force», *Far Eastern Economic Review*, 26 de diciembre de 1970. El empleo de armas nucleares tácticas ha sido examinado por Cyrus Sulzberger, *New York Times*, 15 de noviembre de 1970. Una reunión reciente de la NATO examinó la utilidad de las minas atómicas terrestres para bloquear pasos de montaña y rutas de invasión, con referencia a las fronteras de Turquía, pero en términos que sugerían una aplicación al Sudeste asiático. (Véase William Beecher, *New York Times*, 28 de octubre de 1970.) Marineros del portaviones U.S.S. *Oriskany*, que opera en el golfo de Tonkin, han contado a algunos periodistas que efectúan regularmente ejercicios prácticos durante los cuales cargan armas nucleares tácticas en los A-4 Skyhawks, pequeños aviones a reacción no supersónicos empleados habitualmente para bombardear Indochina pero que no serían probablemente usados en una guerra contra una potencia importante (Fred Branfman, Dispatch News Service International, Saigón, 3 de diciembre de 1970). <<